
SEPTIEMBRE PUEDE ESPERAR

**SUSANA
FORTES**



se

Lectulandia

El 8 de mayo de 1955 la escritora Emily J. Parker desaparece en Londres mientras la ciudad celebra el décimo aniversario del final de la II Guerra Mundial. Nunca más vuelve a saberse nada de ella.

Años más tarde, Rebeca, una estudiante española de filología, decide trasladarse a Londres para preparar su tesis doctoral sobre la misteriosa escritora. Durante la investigación, la infancia y la vida familiar de Rebeca se van trenzando con el pasado de Emily en el Londres del Blitz y de la posguerra en un entramado de espionaje y relaciones sentimentales que forman un extraño puzle tan sugerente como difícil de interpretar.

Lectulandia

Susana Fortes

Septiembre puede esperar

ePub r1.0

Titivillus 17-04-2018

Susana Fortes, 2017

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Nina, Lola y Laura, las capitanas

PRIMERA PARTE

Capítulo I

Hay dos lugares en el mundo en los que una persona puede desaparecer por completo: Londres y los mares del Sur. La frase es de Herman Melville, un tipo de fiar teniendo en cuenta lo que hay por ahí. Entre los dos destinos no hay la menor duda. La capital del Támesis es una ciudad contaminada, indiferente, narcisista y con un clima de mil demonios. Los mares del Sur, por el contrario, son un auténtico paraíso. Yo elegí Londres, naturalmente.

Atrás dejaba las clases particulares de inglés a treinta euros la hora y los intrincados misterios del genitivo sajón, un apartamento de estudiante en un cuarto piso sin ascensor en el ensanche de Santiago de Compostela, un futuro prometedor como funcionaria si algún día volvían a convocar oposiciones a la enseñanza pública, y un novio, Álex, al que le encantaban los pájaros. Las aves son gente de paso, decía con una sonrisita misteriosa, igual que vienen, se van. Probablemente no lo decía con segundas. Era sólo su manera de reflexionar sobre el curso de la vida.

Cuando yo era niña, el curso de la vida seguía una secuencia lógica, más o menos. Aparecía por el extremo de la calle un hombre en bicicleta que arreglaba las varillas rotas de los paraguas y, acto seguido, llegaba el invierno, como si hubiera venido pedaleando por la carretera vieja; veías asomar por encima de los tejados una nube pequeña de color verde azufre con pinta de no haber roto un plato en su vida, contabas hasta veinte, y empezaba el diluvio. Mi hermana Bea salía corriendo del colegio como la atleta de un reino olímpico perdido y le daba el tiempo justo para llegar a casa y recoger las sábanas tendidas en la terraza, de una manera perfectamente cronometrada. Cuando se vive en el país de las tormentas, hay que aprender a mirar el cielo. Había otra época del año en que nos metían en el coche en pijama, todavía de noche, con el maletero cargado de bultos, y si al amanecer estábamos rodeados de caballos salvajes, quería decir que habían empezado las vacaciones de verano.

En la escuela también regían los mismos principios universales: si doña Laura, la maestra de primaria, en lugar de dirigirse a ti por tu nombre, lo hacía llamándote señorita y con los brazos en jarras, como si te fuera a cantar una ranchera, mal asunto. Oías a los mayores hablar entre ellos en voz baja y soltar la famosa sentencia «ley de vida» y sabías que alguien acababa de morir irremisiblemente. Y así todo. Los

acontecimientos seguían un orden, por así decirlo. Una pauta. Luego todo se fue haciendo más complicado, pero de alguna manera yo seguí pensando que en la vida debe haber siempre una secuencia que responde a alguna clase de lógica, aunque no siempre sea fácil descifrar el código de señales.

Nada sucede así porque así. No me refiero a los grandes enigmas de la naturaleza que nadie ha conseguido desentrañar hasta el día de hoy, sino a los asuntos de andar por casa, como enamorarse, tener miedo a la oscuridad o escribir una novela. Esas cosas responden a algo, tienen un porqué. Lo mismo puede decirse de otros hechos aparentemente inexplicables. Nadie puede desaparecer de la faz de la tierra en pleno día sin dejar rastro, por ejemplo.

Ese era el misterio que yo tenía en la cabeza. Un misterio con nombre y apellidos. Se llamaba Emily J. Parker. Una escritora inglesa de posguerra, desconocida para el gran público pero considerada como una de las novelistas más enigmáticas y prometedoras de su época, que se perdió en la primavera de 1955 en pleno centro de Londres, en la esquina de Charing Cross con Trafalgar Square, sin que nadie volviera a saber nada de ella. Eso no podía ser ley de vida. Tenía que tratarse de otra cosa más complicada si cabe.

Una mujer no se evapora así como así, en medio de una fiesta nacional, sin que nadie a su alrededor se dé cuenta. Ni sus parientes, ni su marido, ni su mejor amiga, ni una ancianita de abrigo negro que pasaba por allí, ni la chica de uniforme blanco que vendía caramelos en la puerta de St. Martin-in-the-Fields, ni un soldado con las manos embadurnadas que intentaba poner en marcha una vieja moto Triumph, ni el panadero asomado a la puerta de su establecimiento, ni la adolescente rubia que agitaba alegremente una bengala en las escalinatas de la National Gallery. Ni siquiera los *bobbies* con silbato y capelina que patrullaban las calles por parejas. Era imposible. Nadie podía hacer mutis por el foro a las doce y media de la mañana en un día tan señalado.

Desde que me había matriculado en el curso de doctorado, llevaba meses intentando convencer a alguno de los profesores del Departamento de Filología Inglesa para que me dirigieran la tesis sobre la autora desaparecida, pero ninguno parecía dispuesto a arriesgarse con una escritora de la que se sabía tan poco y que apenas había tenido tiempo de escribir un par de novelas y algunos relatos. Probablemente pensaban que mi empeñamiento en el tema era más propio de una detective aficionada que de una especialista en literatura inglesa contemporánea. Los catedráticos de universidad no son personas que crean en el sentido de la secuencia ni nada parecido.

El único que había mostrado cierto interés en el asunto era un profesor británico ya jubilado llamado Robert Whelan, que muy amablemente había contestado a mi petición ofreciéndose a ayudarme si finalmente decidía ir a Londres.

¡Londres! Como quien dice a la vuelta de la esquina.

Por entonces la ciudad del Támesis estaba tan lejos de mi presupuesto como las

islas Marquesas, por poner un ejemplo. Cierto que en esta vida no siempre he tomado decisiones sensatas, pero cuando una ha traspasado la barrera de los treinta, va aprendiendo que no se puede vivir del aire. Por eso, cuando llamó el cartero a la puerta de mi apartamento y me entregó el sobre de la Fundación Barrié para proyectos culturales con mi nombre y apellido, Rebeca Aldán, en letras impresas, lo primero que hice fue asomarme a la ventana a ver si había pájaros volando.

No me van a creer, pero los había. Cientos de pájaros. Cada cual tiene sus tratos con la suerte. Yo tengo los míos.

En aquel momento supe que aquello respondía a alguna clase de señal, pero estaba demasiado ocupada con los trámites del viaje para ponerme a pensar en ello a fondo.

Durante los días siguientes, ordené mis libros, empaqueté los bártulos, tiré a la basura un montón de cajas llenas de apuntes, calcetines viejos y periódicos atrasados, hablé mucho rato por teléfono, le prometí a mi hermana Bea una *tea cup* con el perfil del Tower Bridge para su colección, tuve una cena de despedida con Álex en un restaurante italiano del casco histórico con velas y pocas palabras. Él esperaba que yo me quedara y yo esperaba que él estuviera dispuesto a dejarlo todo por seguirme al fin del mundo, así que nos pasamos la velada mirándonos a hurtadillas como dos pasajeros que se cruzan en la puerta de un tren, uno entrando y otro saliendo. Al final, como no tenía mucho sentido brindar por nosotros, conseguí reunir el valor suficiente para alzar la copa y rescatar el viejo lema de las sufragistas.

—¡Por las libertades! —dije haciéndome la mujer de mundo.

Él sonrió de medio lado con un codo apoyado en la mesa y un ojo casi cerrado, a lo Matthew McConaughey. Tenía cierto parecido con el actor americano, en más bajito y con acento de Lugo, pero por lo demás daba bastante el pego. Parco, taciturno, jersey marinero y botas de cordones, encantadoramente egoísta, con el rostro afilado. De los que las mata callando, vaya. Regresamos a casa caminando por detrás de la catedral, cada uno pensando en sus cosas. Se despidió así, en mitad de la calle, con el paraguas en una mano y el cigarrillo mojado en la otra.

A la mañana siguiente, cerré el apartamento de la calle Rosalía de Castro de un portazo con la determinación de quien da por terminado un capítulo de su vida y se larga a la tierra prometida. A veces me gusta tomar decisiones definitivas —aunque se trate de cosas de las que no estoy segura en absoluto—, como si mi comportamiento respondiera a alguna causa de fuerza mayor.

Nevaba cuando llegué a Londres. Era febrero. El mío fue uno de los pocos vuelos que no resultó cancelado por el temporal. El caos aéreo provocado por la ola de frío siberiano que afectaba a toda Europa ocupaba gran parte de la portada del *Daily News* junto a una fotografía pequeña de Barak Obama durante su primer discurso ante el pleno del congreso estadounidense. Entre la meteorología o la política, la prioridad informativa estaba clara. Carreteras colapsadas, kilómetros de atascos, cientos de camiones atrapados en la nieve, líneas de metro suspendidas y el tráfico ferroviario

funcionando con grandes retrasos. El primer ministro, Gordon Brown, aseguraba que se estaba trabajando contrarreloj para restablecer el servicio lo antes posible. Decidí tomármelo con calma. Estaba en Londres, una ciudad lacónica de cielos grises, donde lo único que puede provocar alguna exaltación son las carreras de caballos, como todo el mundo sabe.

A media mañana conseguí tomar un tren desde el aeropuerto de Heathrow a Paddington. El trayecto, que normalmente dura veinticinco minutos, se demoró casi dos horas con paradas interminables en todas las estaciones y apagones constantes. Osterley, Manor, Northfields, South Ealing, Hammersmith... Con nombres así, una puede llegar a pensar que el paraíso está a la vuelta de la esquina. Eso pasa mucho en Londres. Durante el recorrido fui releendo la primera novela de Emily J. Parker, una historia con tintes góticos titulada *Quite at Home in the Night*.

Ver nevar desde la ventanilla de un tren es un espectáculo fascinante y altamente literario. Me acordé de Anna Karenina atravesando la noche rusa en un vagón de tren y leyendo una novelita inglesa a la luz de una pequeña linterna engarzada al brazo de su butaca mientras fuera nevaba. Me encanta esa escena. En un vagón contiguo viajaba también el conde Vronsky, pero ella no podía saberlo todavía, porque la novela acababa apenas de empezar. Yo no tenía ni idea de quién podía viajar en el compartimento de al lado en mi tren ni me importaba. Mi historia también acababa de comenzar.

Para mí Londres era el hogar de la literatura. Tenía una beca de postgrado de la Fundación Barrié de la Maza y seis meses por delante para desarrollar una investigación, que sería el prelude perfecto para mi tesis doctoral. Una monografía sobre una escritora prácticamente desconocida, una mujer guapa, pelirroja y de naturaleza dubitativa que un día escribió: «He visto mi cabeza servida en bandeja a la hora del té...»; una de las novelistas más individuales y sutiles de su generación, que desapareció sin dejar rastro el 8 de mayo de 1955, cuando contaba apenas treinta y dos años, en medio de una inmensa marea de confeti, banderines y exhibiciones aéreas cuando Londres, al igual que otras capitales europeas, celebraba el décimo aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial.

Una fecha histórica.

Capítulo II

Buscar apartamento en una ciudad extranjera requiere conocimiento, paciencia e ideas claras. Yo no tenía ninguna de las tres cosas. Menos mal que contaba con la ayuda inestimable de mi hermana Bea, que siempre ha sabido a ciencia cierta qué es lo más conveniente en cualquier circunstancia de la vida. Fue ella quien se encargó de alquilar por internet una habitación con baño propio y derecho a cocina en pleno corazón de Notting Hill por doscientas cuarenta libras a la semana. Un dineral para mi economía de guerra, pero una auténtica ganga tratándose de Londres. Sólo por eso deberían concederle un título *honoris causa* en ciencias inmobiliarias.

El ojo clínico de Bea no sólo se limita al sector de la vivienda, también domina los transportes, el álgebra, la meteorología, la lógica aplicada y, por supuesto, el instinto de supervivencia. De niña pensaba que su superioridad intelectual se debía a los tres años largos que me lleva. Pero con el tiempo he llegado a la conclusión de que nuestras diferencias se deben a razones más profundas. Ella es rubia y yo morena. Ella tiene los ojos azules y yo castaños, como casi todo el mundo. Ella sabe comportarse y yo, según la opinión general, estoy por civilizar. Ella, por supuesto, es mucho más lista que yo y, por si fuera poco, como sentencia mi madre cuando desciende a las aguas turbulentas de las comparaciones familiares, ella siempre ha hecho lo correcto y yo, bueno..., de mí no se puede decir lo mismo.

Pero aquella mañana era la primera mañana del resto de mi vida. Todo Londres estaba cubierto por un manto de nieve y no había lugar para los sentimientos de agravio. El mundo y yo estábamos en paz.

Salí a la estación de Paddington arrastrando mi maleta bajo el baile de los copos en un estado cercano al embeleso. Aquel imponente edificio ferroviario, viejo, con sus marquesinas de cristal filtrando una luz agrisada como el humo de los tiempos, parecía agazapado todavía bajo un bombardeo de la Luftwaffe.

Dadas las circunstancias, decidí tomar un taxi hacia el nuevo domicilio situado en la parte oeste de la colina.

Notting Hill, más que un barrio de Londres, es un universo en sí mismo. Tiene un mercadillo famoso que sale en una película de Hugh Grant y Julia Roberts, innumerables academias de idiomas para extranjeros, casas de empeño de dudosa reputación, un palacio real, librerías de viajes, calles enteras con olor a *curry*,

mendigos muy altos, dandis vestidos a lo Sherlock Holmes con botas de media caña, abrigo de cuadros y gorra de doble visera, dentistas australianos carísimos con un acento del infierno, restaurantes *trendy* y cuchitriles peligrosos donde uno puede encontrar desde azafrán puro iraní hasta la partida de nacimiento de Winston Churchill.

Mi futuro hogar estaba en una especie de callejón trasero de una recóndita transversal del laberinto de calles que circundan Portobello Road. Había un pequeño jardincito con un coche achatarrado a la entrada. No parecía la mansión sureña de Tara con avenida de robles que una podía imaginar por la descripción de la página web, pero yo tampoco era Escarlata O'Hara, para qué nos vamos a engañar. El edificio tenía dos plantas y una especie de buhardilla a la que se ascendía desde el interior a través de una estrecha escalera de caracol por la que tuve que hacer auténticos malabarismos para subir el equipaje. En la parte de abajo vivían la señora Bartholomew, mi casera, y su gato. Mi reino estaba en los tejados; constaba de un cuarto habilitado como estudio con conexión a internet, una ventanita que daba a las chimeneas de enfrente y un baño minúsculo con moqueta y las paredes empapeladas de color rosa fresa, seguramente de la época de los Beatles.

En conjunto, una delicia. Treinta metros cuadrados donde cabían todos mis sueños apretándolos un poco. En un lugar así cualquiera podría escribir sus obras completas. El novelista Martin Amis, sin ir más lejos, empezó su carrera literaria en un cuchitril del barrio y desde entonces su prestigio literario ha ido *in crescendo* hasta el punto de que en la actualidad el escritor ocupa la mejor mansión de Notting Hill. ¿Quién podría asegurar que a mí no fuera a ocurrirme lo mismo? Y si no, al menos podía presumir de codearme con la alta literatura inglesa contemporánea, lo cual siempre es un aliciente en esta vida.

Así que nada más deshacer el equipaje, me puse manos a la obra. Ordené mi material de trabajo, colgué el corcho con fotografías y recortes en la pared, puse mis libros en las estanterías, habilité la red de conexión al portátil y me planté delante de la pantalla con la actitud decidida de quien tiene una misión en la vida.

Antes de mi partida había grabado en un *pendrive* todos los archivos recopilados durante meses sobre Emily J. Parker. Leí todo cuanto cayó en mis manos sobre la batalla de Inglaterra; rastree información sobre sus influencias literarias; repasé la obra de sus contemporáneos, especialmente la del poeta T. S. Eliot —hacia quien la escritora parecía sentir una admiración especial, como prueba el hecho de que hubiera tomado uno de sus versos para el título de su primera novela—. Pero en cuanto a ella particularmente, no contaba con gran cosa: una crítica literaria publicada en el *Times Literary Supplement* y firmada por Leonard Woolf. Imagino que la reseña debió de llenar de orgullo a la escritora, que siempre había manifestado su reconocimiento hacia el histórico grupo de Bloomsbury del que se consideraba en cierta manera continuadora. El influyente crítico y editor señalaba a Emily J. Parker como una firme promesa de las letras inglesas destacando su «originalidad poética y escabrosa

profundidad psicológica» (me llamó la atención la palabra «escabrosa», que resaltaba en el texto como una amapola solitaria en medio del asfalto). Había recopilado también unos cuantos recortes de prensa de la época, un perfil biográfico más bien parco en detalles y algunas fotografías y viñetas propagandísticas publicadas por la Oficina de Guerra durante el invierno de 1940, cuando llovía metralla sobre los tejados de la City.

En resumidas cuentas, Emily Jane Parker había nacido en Brighton en 1923 en el seno de una familia acomodada. Su padre, médico militar y naturalista, fue un héroe de la batalla del Somme y murió a resultas de una antigua herida de guerra cuando ella contaba apenas cuatro años. La niña quedó bajo la tutela de su madre y de tres tías escocesas y luteranas que la enseñaron a interpretar los evangelios a su manera, a jugar al críquet y a cocinar el budín de Yorkshire tostado, crujiente y hueco por dentro como Dios manda. A los dieciséis años obtuvo una beca para ingresar en el Queen's College de Oxford. Allí conoció en una conferencia a su futuro marido, Alan Pearson, un eminente profesor de matemáticas, discípulo de Bertrand Russell y quince años mayor que ella que resultó ser un auténtico cerebro en el cálculo de probabilidades. El estallido de la guerra la obligó a interrumpir sus estudios, aunque continuó su formación de manera autodidacta compaginando la escritura con su servicio en la base de comunicaciones de Bletchley Park. Allí trabajaban más mujeres que hombres, realizando todo tipo de labores de taquigrafía y transcripción. Me imaginaba a la escritora como una de aquellas secretarias tenaces y diligentes con los dedos medio entumecidos que se calentaban las manos con su propio aliento. En 1939, Emily ganó su primer concurso de poesía. Un certamen convocado por la BBC en el que obtuvo el primer premio con un poema titulado *Saturday Evening*. A partir de ahí fue construyéndose una cierta reputación literaria publicando cuentos en revistas o vendiéndolos para la radio. Posteriormente algunos de estos relatos fueron recopilados en un libro titulado *Historias del Blitz*, que años más tarde fue traducido a varios idiomas y publicado en España por la editorial Seix Barral.

Después de la guerra, en la primavera de 1947, publicó su primera novela, *Quite at Home in the Night*, que se convirtió en un libro de culto entre los admiradores del grupo de Bloomsbury gracias a la elogiosa crítica que le dedicó Leonard Woolf, a pesar de la cual sólo se vendieron 332 ejemplares. Otra muestra más del signo de los tiempos. El libro, editado por el sello Secker & Warburg, estaba dedicado a alguien cuya identidad, por alguna razón, ella no quiso revelar, limitándose a nombrarlo con una simple y escueta inicial: B. «For B., whenever he may find me».^[1]

Y, por último, en 1950, *The Guardian* publicó un reportaje sobre la autora en el que se anunciaba que estaba trabajando en una nueva novela titulada *The Bridge*, que lamentablemente no se ha conservado.

Desde entonces no volvió a escribir nada. Dejó de frecuentar los ambientes literarios y se negó a conceder entrevistas como una actriz que hubiera decidido abandonar el escenario.

Finalmente, su rastro se perdía en medio de la multitud un día en que todo Londres se vistió de fiesta, con las calles tomadas por bandas de música que desfilaban al son de *Rule, Britannia!*: aceras atestadas de gente, familias enteras sentadas en el pedestal del monumento a Nelson, críos montados a horcajadas sobre los leones, y miles de hombres y mujeres llenando Trafalgar Square y levantando los brazos al cielo con el signo de la victoria bajo el rugido de los aviones de la RAF. Una despedida por todo lo alto, como quien dice.

Hasta aquí los datos biográficos o empíricos, que diría mi hermana Bea. Todo lo demás era naufragio. O sea, puras incógnitas, elucubraciones, interrogantes sin respuesta.

¿Qué motivos podía tener una escritora para querer desaparecer del mapa de una forma tan repentina? En caso, claro, de que hubiera sido una decisión voluntaria.

Lo truculento de su prosa estaba fuera de toda duda, pero ¿era sólo ficción o había que leerla en clave autobiográfica como otros pasajes de su obra?

¿Qué demonios quería decir que alguien había servido su cabeza en bandeja?

Y finalmente, ¿por qué abandonó la escritura cuando era sabido que ya estaba trabajando en una nueva novela sobre la que se habían creado ciertas expectativas?

Estas y otras preguntas las tenía yo apuntadas en una libretita de bolsillo que llevaba siempre conmigo como quien lleva un mapa de carreteras. Nunca entenderé a la gente que viaja sin saber adónde va. El destino no es nada comparado con la sima de oscuridad que nos acecha en el día a día. Tener una carretera por delante es tener mucho en la vida, un camino concreto del que una se puede fiar, al menos hasta donde alcanza la vista.

De niña también acostumbraba a ir a todas partes con un bloc de gusanillo en el que escribía mis cosas. Cada noche lo ocultaba en un escondrijo distinto: el hueco de la escalera, el cajón de las herramientas, debajo de la cómoda..., hasta que un día me armé de valor y salí del armario.

—De mayor voy a ser escritora —dije, y tras un momento de reflexión añadí—: como Tarzán.

Mi abuela se santiguó tres veces y exclamó:

—Dios no lo quiera.

Mi carrera nunca ha estado libre de obstáculos ni de descalificaciones de todo tipo, pero no por ello cejé yo en mi empeño. Claro que yo esto no lo recuerdo, pero así consta en el anecdotario infantil de grabaciones que mi familia saca a relucir en las grandes ocasiones. De lo que sí me acuerdo es de que iba a todas partes con mi cuaderno y que escribía en él las grandes preguntas sin respuesta que atormentan el alma de las niñas detectives: ¿Por qué los hombres cuando iban a la iglesia se arrodillaban sólo con una rodilla y las mujeres lo hacían con las dos? ¿Por qué unos niños se podían bañar en la playa después de comer y otros, como nosotras, teníamos que esperar a hacer la digestión? ¿Por qué siempre había que perseverar? ¿Cómo conseguía Bea acabarse todo lo que tenía en el plato, hacer divisiones por cuatro

cifras, no decir palabrotas y llegar al final del día sin un rasguño? Me preocupaban esos misterios. Me preocupaba el futuro. Yo era alguien que estaba en la cuerda floja, una niña arisca, de pelo corto, con *shorts* y camiseta de tirantes manchada de helado de chocolate. Una niña arbitraria, confiada, ilusa, insoportable, que subrayaba como loca en los libros palabras como «cosaco», «jinete» o «lóbrego». Mi vocación de escritora, supongo, estaba clara, por lo menos hasta los quince años, que es la edad perfecta para fracasar. Después llega el futuro con sus segundas oportunidades y al final, con un poco de suerte, una acaba presentando una tesis doctoral en lugar de escribir *lanoveladesuvida*.

Fuera seguía nevando, y la ventana enmarcada de blanco creaba un ambiente interior iluminado y vagamente navideño como la ilustración del cuento de la cerillera de Andersen, que fue mi primera guía espiritual.

El silencio permite oír de lejos todos los ruidos de la cocina: el sonido de una cuchara al caer, el tintineo de la porcelana, el silbido de una tetera al fuego... Cuando la señora Bartholomew llamó con los nudillos a la puerta de mi habitación, me encontré sumida en estas cavilaciones poéticas.

Era una mujer regordeta de mejillas coloradas con una chaqueta de lana y el mismo peinado de la reina madre, con la que guardaba un curioso parecido. Una persona amable, pensé, de las que no deja llegar a nadie en medio de una tormenta de nieve sin ofrecerle una taza humeante de té, según las viejas leyes de hospitalidad vigentes en la isla.

Bueno, hay que decir que la señora Bartholomew tenía sus propias ideas respecto a la hospitalidad y a muchas otras cosas. Se presentó ante mí armada de paciencia y con un maletín de herramientas como para atracar el Citibank. Antes de que yo pudiera decir nada, se arrellanó debajo del lavabo del baño con palancas y destornilladores y empezó a cambiar caños y a encajar piezas a martillazo limpio. Yo estaba completamente fascinada ante aquella bravura metalúrgica. Por un momento llegué a pensar que íbamos a saltar por los aires. Aquella mujer era una fuerza de la naturaleza, una virtuosa del Black & Decker, una artificiera furtiva capaz de hacer volar su propia casa por los aires cual comando terrorista. De vez en cuando se tomaba un respiro, sacaba la cabeza sudorosa hacia un lado de la pila y soltaba tres blasfemias seguidas que, según pude entender, incluían no sólo a la *Holy Trinity*, sino a toda la familia real británica hasta la última generación, como corresponde a la fe anglicana. Después volvía a la carga con un entusiasmo fanático. Comprendí que mi presencia en la buhardilla era puramente testimonial, el resto del mundo no contaba. Lo que se estaba librando allí era un asunto estrictamente personal entre aquella tubería y la señora Bartholomew.

Ganó ella, por descontado, a pesar de los daños colaterales. Y lo celebré invitándome a un chupito de ginebra Gordon's, que por lo visto era también la marca favorita de la Queen Mother. Se lo agradecí de corazón, porque después de aquella experiencia de guerra necesitaba un trago urgentemente.

Mientras mi casera se sacudía el polvo de la batalla, mantuvimos una interesante conversación acerca de juntas, filtros, bombas de agua y todo tipo de desatascadores. Por la puerta asomó la cabeza un gato negro de considerables dimensiones y andares aristocráticos, al que me presentó como Timothy Gordon. Esa es otra de las cosas que me subyugan de los británicos. Los animales tienen nombre y apellido, pertenecen a un estatus privilegiado y son un elemento fundamental en las relaciones vecinales. Si no fuera por sus mascotas, los ingleses pasarían años sin dirigirse la palabra.

A Timothy Gordon le encantó mi edredón de plumas de pato y se aposentó a los pies de mi cama con la naturalidad de un rey que toma posesión de sus dominios. He de reconocer que al principio no me hizo mucha gracia, aunque por supuesto me abstuve de manifestarlo. En Londres hubiera resultado poco apropiado. A mí siempre me han gustado los perros, no los gatos, pero en cuestión de amores casi nunca se puede elegir. Al final, como el roce hace el cariño, acabamos por llegar a una entente cordial y terminó convirtiéndose en mi compañero inseparable de fatigas durante las confusas y acechantes tardes de invierno que me esperaban.

Capítulo III

La chica, según detallaba la descripción, llevaba un vestido de verano de color crema con lunares azul marino y un sombrero del mismo color prendido con un alfiler. Pelirroja, de un metro setenta aproximadamente. Estaba de pie en las escaleras de la entrada de un edificio de ladrillo que podría ser un hotel o tal vez una consulta médica, no se especificaba. Su actitud era la de alguien que espera. La cabeza alta y los pies calzados con unos finos zapatos de puntera abierta a la última moda. Miraba de vez en cuando hacia el extremo izquierdo de la calle escrutando si asomaba alguien por la esquina de Fieldgate Street: alerta, dueña de sí misma, los hombros erguidos, los brazos flexionados, sujetando el bolso y los guantes. Un taxi se detuvo ante la puerta a las 12.45. Se subió a él y miró hacia atrás por el cristal sin cambiar de expresión hasta que el automóvil hubo doblado la esquina.

El informe estaba escrito a mano, pero llevaba un sello oficial del Security Service y tenía fecha de abril de 1950, el mismo año en que se publicó el reportaje de *The Guardian*. Pero había otros anteriores fechados en 1940 y 1941, cuando trabajaba en la Central de Comunicaciones, y también en el 43 y el 45. Y un par de ellos posteriores, aunque incompletos. Eso quería decir que por algún motivo alguien había estado vigilando de cerca a Emily J. Parker durante más de diez años, prácticamente desde que era una cría hasta el momento de su desaparición o de su muerte. Me quedé de una pieza.

Cuando una persona desaparece sin dejar rastro, sólo caben tres posibilidades: una, que lo haya hecho voluntariamente y permanezca escondida en algún lugar, hipótesis poco probable ya que tarde o temprano habría acabado por aparecer; dos, que haya sido víctima de un secuestro, lo que tampoco parecía demasiado plausible por las mismas razones; y tres, que la hayan asesinado.

La caligrafía era siempre la misma: rápida, picuda, inclinada. Me preguntaba para qué demonios podría alguien haber seguido de una manera tan continuada a una escritora prácticamente desconocida que trabajaba como simple secretaria y que no pertenecía a las altas esferas, que no era nadie.

Los documentos escaneados habían llegado a mis manos por gentileza de Robert Whelan, lo que tampoco dejaba de sorprenderme. Digamos que no era precisamente la clase de información que una podría esperar de un entorno académico tan poco

dado a los sobresaltos en general. Desde que supo de mi viaje, el profesor Whelan no había dejado de enviarme correos con informes e indicaciones bibliográficas, por no hablar de su invitación a visitarlo en su casa de Londres, una molestia que ningún director de tesis español se hubiera tomado jamás de los jamases, estadísticamente hablando.

La visita tuvo que esperar porque mi llegada coincidió con un viaje del profesor a un Congreso de historiadores que se celebraba en Edimburgo. Pero entretanto con aquellos textos me fui haciendo yo una idea bastante aproximada del mundo en el que estaba a punto de ingresar.

Nunca me resultó difícil cambiar de escenario ni viajar en el tiempo, no lo digo como mérito propio. Es una habilidad que me vino dada por herencia.

Mi bisabuelo paterno era jefe de estación en Órdenes y conocía a gente de otras partes lejanas del mundo como A Fonsagrada, Viana do Castelo o Zamora. Según mis fuentes, era un hombre apuesto con tendencia a la ensoñación que sabía escribir y pescar truchas con la mano. Además, en el interior le ardía algo, nadie supo explicarme muy bien qué. Creo que tenía un don para la transmigración, que es lo mismo que tener vocación de emigrante, pero por otros motivos. Le gustaba cambiar de aires. No era un hombre de domicilio fijo, al menos eso es lo que contaban las malas lenguas. Un día se largó a Portugal en el expreso de Lisboa —al que todo el mundo llamaba irónicamente «el tren foguete» por la velocidad a la que cruzaba la frontera— y nunca más volvió. Desde entonces sus descendientes fuimos bautizados con el nombre de Fogueteiros en honor a esa querencia de lejanías. Gente de paso, como muy bien había sentenciado mi novio Álex. Con un pie aquí y otro allá. Amantes de las largas distancias. La nuestra era una imaginación trazada a raíl como las vías del tren.

La familia de mi madre, sin embargo, era todo lo contrario. Campesinos tenaces y obsesivos anclados como las raíces a la profundidad de la tierra. En Galicia, la tierra siempre fue un campo abonado al matriarcado. Mujeres trabajadoras, constantes, ahorradoras, con los pies bien plantados sobre el suelo, como mi hermana Bea. Gente de fiar. Yo me imaginaba a aquellas mujeres primeras de la familia, que respondían al apodo de las Capitanas, rubias, espigadas, tirando siempre del carro como las pioneras de las películas del Oeste, empuñando el rifle por la ventana para ahuyentar a los ladrones de ganado.

Lo que sigue siendo un misterio hasta hoy es cómo dos linajes tan opuestos pudieron coincidir genéticamente en un cruce de vías. Pero las leyes de Mendel son inescrutables.

—¿Tú crees en el destino? —le preguntaba yo a mi hermana Bea cuando hacíamos los deberes escolares en la mesa de la cocina, sentadas una enfrente de la otra apenas a unos centímetros de distancia, pero separadas por el abismo infranqueable de la genética.

—Pues claro que no, Rebeca —me replicaba ella con el pelo perfectamente

recogido en una cinta de color cereza—, pero hay que aprender a aceptarlo. No puedes pasarte la vida tratando de detener el curso de las cosas.

Pero yo en mi fuero interno seguía creyendo que sí podía. A mí, de niña, lo que más me gustaba al salir del colegio era subir en bicicleta al Alto de los Postes con una rebanada de pan con Nocilla y saludar con la mano al tren expreso que salía a esa hora camino de Lisboa. La llamada de la sangre, supongo. En ese sentido, no cabía la menor duda, yo había salido *fogueteira* total. No había nada que hacerle.

Los de esa rama de la familia nos sugestionamos con facilidad y tenemos recursos suficientes para transformar la realidad a nuestro antojo cuando nos conviene. Por descontado, aquel invierno londinense a mí me convenía. Así que, después de prepararme un suculento *english breakfast* en el hornillo de la cocina, subía con una taza de café a mi buhardilla de los cielos y sin darme cuenta, en cuestión de segundos, irrumpía el pasado y se abría ante mí el palpitante Londres de la Segunda Guerra Mundial.

Una capital amenazada que resistía en solitario mientras toda Europa había caído bajo el poder de los nazis y de cuyas tiendas destruidas por las bombas colgaban letreros que decían «Business as usual», «Seguimos abiertos». ¡Qué ciudad!

Como pasaporte de entrada me bastaba una simple dirección de correo, un informe escaneado de mi director de tesis o el titular del *Times*. Lo que quiero decir es que no me costaba ningún esfuerzo deslizarme por el cable del ordenador hasta la boca de metro más cercana y salir al exterior en una calle envuelta en llamas.

Bomberos con sus cascos de acero conectando las bocas de riego a una manguera y rociando los edificios en llamas, humo por todas partes; una anciana con la cabeza entre las manos sentada a la puerta de una mansión victoriana; colas de hombres y mujeres con críos de la mano entrando en los refugios con mantas y máscaras antigás; los arcos del túnel de Oxford Circus adornados con ramitas de muérdago; un anciano empujando un carrito lleno de enseres; gente escuchando la radio entre los escombros de un edificio en ruinas; enfermeras jóvenes con sus capas azules trasladando camillas desde un cráter enorme en el centro de Fieldgate Street; una hilera de casas derruidas sobre las que ondeaba orgullosamente la bandera del Reino Unido; un niño con gorra y pantalón corto corriendo con un ganso bajo el brazo como un fantasma huido de la Navidad de 1940. Y en medio de todo eso una mujer muy joven, casi una niña, con los labios pintados de un *rouge* demasiado intenso para su edad, mirando a un lado y a otro como si buscara a alguien, caminando con bastante dificultad entre los cascotes con unos preciosos zapatitos de tacón de puntera abierta. ¡Por el amor de Dios! ¿A quién se le habría ocurrido semejante moda de calzado para el peor invierno de la guerra?

Ese era el mundo por el que yo transitaba cuando me sentaba a trabajar en mi buhardilla vigía pertrechada con unos calcetines gruesos de andar por casa y un forro

polar con capucha porque la señora Bartholomew les tenía la guerra declarada a las compañías eléctricas. Ahorrar en calefacción no era para ella una cuestión económica, sino de principios. En eso me recordaba a las capitanas de mi familia, que siempre mantuvieron una cruzada contra las luces encendidas en mitad de la noche debido a un viejo litigio campesino con la condesa de Fenosa, que era la principal propietaria de las Fuerzas Eléctricas del Noroeste, Sociedad Anónima.

—¡Esa luz! —rezongaba mi abuela cuando emprendía su ronda nocturna contra el Gran Capital. Bea y yo nos acostubramos a leer agazapadas con una linternita escondida bajo las sábanas como agentes infiltradas.

No es que la señora Bartholomew apagara la calefacción por tacañería, pero la batalla era la batalla, había que entenderlo. Quejarse de la temperatura ante una venerable anciana antisistema carecía totalmente de sentido. Más valía acostumbrarse a aquella Laponia en versión doméstica, lo que no dejaba de tener su punto épico.

La atmósfera vibraba levemente en los cristales como un pentagrama sobre la noche. Tic-tic-tic... La vibración formaba parte del misterio. Yo intentaba concentrarme. Adiestrar el oído. Solfear. No sabía aún lo que buscaba en la vida de Emily J. Parker, pero sabía que era algo fundamental. Algo que me importaba personalmente. Que tenía que ver con mi propia existencia, con las cosas leves que ocurren en tu mismo radio de acción, como el frío, las galletas de nata o las lecturas que se convierten en parte de tu vida.

Supongo que veía en la escritora un ejemplo de mujer comprometida con su tiempo, capaz de sacrificarse por los demás, alguien que no se escaqueaba a las primeras de cambio como cualquier ave de paso. Desde pequeña he intentado modelar mi carácter —inútilmente— poniendo el listón demasiado alto, me temo.

Pero, por encima de todo, creo que había algo dentro de mí que se resistía a que la vida y la obra de Emily J. Parker fuera pasto del olvido. Siempre he sentido una profunda melancolía por las cosas que desaparecen sin más, de buenas a primeras: un plumier azul con su escuadra y cartabón que dejé olvidado en clase de Dibujo y nunca más volví a ver; el libro con el que aprendí a leer y que se quedó bajo la lluvia en un banco del parque; la armónica que me regaló mi abuelo y que seguro tenía que estar en la guantera del coche, pero no estaba; una escritora empujada fuera de la historia en un cruce de calles, y si te he visto no me acuerdo...

En el fondo, las motivaciones más profundas son inexplicables. Aquella buhardilla iluminada a altas horas de la madrugada tenía algo de oficina de objetos perdidos, de fisura con el mundo. Allí me las apañaba yo como podía, preguntándome la diferencia entre personajes de carácter y personajes de destino, estilo directo e indirecto, realidad o ficción. Vida y literatura.

Capítulo IV

Hay escritores de nacimiento y escritores por necesidad. Marcel Proust, por ejemplo, era de los primeros: un tipo que empieza a tejer una crisálida en su cabeza porque su madre no le ha dado un beso de buenas noches, ya me dirán. Emily J. Parker, en cambio, era de los segundos. Para ella vivir y escribir eran dos caras de la misma moneda. Sólo dependía de en qué lado de la barrera se situara. La realidad era inexplicable, imperfecta, peligrosa e inmanejable, y ella trataba de organizarla para darle un orden. O sea, un sentido de la secuencia. Eso la tranquilizaba.

Tampoco disponía de una habitación propia, que era el requisito que ponía Virginia Woolf para que una mujer pudiera desempeñar el oficio con un mínimo de condiciones. Emily escribía en la mesa de la cocina, como cuenta en una de las páginas más autobiográficas de *Quite al Home in the Night*, y cuando alguien entraba con una jarra de leche o un cesto de legumbres ella se apartaba a un lado y escondía su cuaderno debajo del mantel como si estuviera haciendo algo censurable. La suya era una escritura silenciosa, de supervivencia.

Probablemente le viniera de familia. Su padre mientras estuvo en el frente llevaba un diario que le permitió soportar las duras condiciones de vida en las trincheras. Luego, cuando acabó la guerra, se refugió en la naturaleza. El único recuerdo que la escritora conservaba de su progenitor, según sus propias palabras, era el de un señor alto con un cazamariposas que un día la llevó a ver la guarida del zorro. Seguramente se trataba de un recuerdo falso, ya que era demasiado pequeña para acordarse. Lo más probable es que la escena fuera incorporada a su memoria posteriormente, a partir de las numerosas ocasiones en que oyó contarla como parte de la mitología doméstica. Cada familia tiene su propia manera de hacer historia. En cualquier caso, el asunto le pareció lo suficientemente importante como para mencionarlo en su novela.

El mayor Parker conocía el nombre de todos los arbustos y plantas de la campiña inglesa —del mismo modo que Ulises recordaba, uno por uno, todos los árboles que su padre le había nombrado en su infancia en la huerta de Ítaca— y por alguna razón consideraba que aquel conocimiento formaba parte indisoluble del patrimonio familiar. Desde el nacimiento de Emily, se habían instalado en Brighton por su clima más benigno. Un día, previendo quizá que no le quedaba mucho tiempo, se llevó a la

niña de excursión más lejos que de costumbre. Caminaron un buen trecho por una ladera frondosa. Era un terreno irregular con agujeros profundos e imprevistos, por lo que tuvo que cargar a la cría en brazos. En cierto momento volvió a depositarla en el suelo y se entretuvo observando una mariposa cebra, que es una de las especies de lepidóptero más difíciles de encontrar en Gran Bretaña. Para cuando quiso darse cuenta la había perdido de vista. A la niña, no a la mariposa. Debió de llevarse un susto de campeonato porque los bosques de los Downs son auténticos laberintos de ramas llenos de peligros. No la encontró hasta un buen rato después. Estaba dormida entre unos arbustos, completamente agotada. Sin duda la chiquilla había elegido aquel lugar porque lo encontró confortable con la hierba apelmazada formando un lecho suave y todavía caliente. Entonces levantó la cabeza y descubrió al animal, un majestuoso zorro rojo que los observaba impasible. Debió de sentirse emparentada con él por el color del pelaje, si bien mostraba una actitud extrañamente estática, allí plantado, solitario entre los arbustos como un centinela.

Cuando llegaron a casa, lo primero que preguntaron sus tías fue si la niña había visto al zorro.

—Lo vio —respondió el mayor—. Ya lo creo que lo vio.

—¡Alabado sea Dios! —fue todo lo que aquellas mujeres fueron capaces de decir.

En algunos países, el zorro es un animal que no tiene muy buena fama, que digamos. Se le considera sinónimo de traición o engaño e incluso señal de mal agüero. En Galicia, por ejemplo, ni siquiera se menta su nombre por si acaso, y los campesinos que son muy supersticiosos se refieren a él como *aqueloutro*. Pero ya sabemos que esas cosas no van con los ingleses. Ellos conducen por el otro lado.

Ignoro el significado que Emily J. Parker le daba a esa historia, ni sé si sintió en algún momento el miedo de los niños perdidos, pero la anécdota está narrada en el mismo capítulo en que la escritora cuenta su experiencia en la estación de metro de Picadilly el 25 de diciembre de 1940, lo cual permite pensar que para ella ambas escenas estaban cortadas por el mismo patrón.

Aquel día, el alto mando británico se temía el peor ataque de la aviación alemana como regalo sorpresa de Navidad. El riesgo era máximo y toda la población había sido alertada. Los andenes del suburbano estaban atestados de familias enteras con cestas de picnic y gorros de Papá Noel que se habían dispuesto en torno a un largo mantel de rayas. Ella llevaba una bolsa de Harrods con los regalos que le habían hecho las chicas de la oficina: una pastilla de jabón de lavanda dentro de un saquito cosido a mano, una primera edición en rústica, bastante manoseada, del libro de poemas *The Waste Land*, la obra cumbre de T. S. Eliot, y un pequeño *red fox* de peluche. En contra de cualquier superstición, la mascota le sirvió de amuleto de la suerte. Por fortuna, aquella noche no sonaron las alarmas.

Es una de mis escenas favoritas porque yo también había tenido mi infancia

campestre con caballos salvajes y esas cosas y creía comprender el alma de la autora. Durante las vacaciones de verano mis padres nos dejaban a mi hermana Bea y a mí en medio del monte al cuidado de mi abuela Lola, que ejercía sus funciones de mando con una zapatilla. Esa era nuestra frontera, un mundo primigenio, salvaje. Tierra incógnita. Allí me creía yo un personaje de carácter matando búfalos en pijama desde primera hora de la mañana poco más o menos. La aldea para las niñas que veníamos de la ciudad era una aventura, sobre todo si pasaba algo anormal como que te picara una gallina con el consiguiente tremendismo. Ahí se vio claramente que yo no iba a ser Juana de Arco.

En aquella época Bea era muy aficionada a leer libros del estilo de *Cuando las grandes heroínas eran niñas* y así. Yo prefería *Peter Pan*, pero no estaba dispuesta a quedar como una cobarde por nada del mundo. En la vida, tarde o temprano, todo el mundo tiene que plantarle cara al lobo. Yo lo hice a los siete años acompañada por un pastor de Aguas Santas llamado Balbino de Josefa que no estaba muy bien de la cabeza.

Se ponía a correr y a dar alaridos por el campo sin el menor motivo. Un día se paró ante unos arbustos como si lo hubiera detenido un rayo divino, se arrodilló y empezó a palpar frenéticamente la tierra con sus manos.

—Aquí es, aquí es.

Yo asomé la nariz bastante aterrorizada, aunque tratando de mantener la compostura, y de repente contemplé con mis propios ojos uno de esos misterios de la naturaleza que te dejan con la boca abierta: cuatro lobeznos recién nacidos, apenas unos bebés que aún no se sostenían sobre sus patas traseras, comenzando a dar los primeros pasos en la hierba.

Fue mi bautismo de fuego, igual que debió de ser para Emily Parker dormirse en la madriguera del zorro. Recuerdo que me quedé muy quieta. Me vino a la cabeza un pensamiento extraño de temporalidad que seguramente aún no tenía edad para comprender. El suelo estaba un poco inclinado y formaba un ángulo raro con el verde de los prados. Sentí un poco de vértigo, como si estuviera asomada al precipicio del mundo. Ni siquiera se me ocurrió que el lobo podía andar rondando por allí cerca. No tuve sensación de peligro, sino todo lo contrario. Me dio por pensar que yo formaba parte de todo aquello —el sendero, el río, las nubes, los cachorros...— y que ya lo entendería cuando fuera mayor. Era una sensación nueva para mí, que nunca fui dada a los sentimientos místicos. También pensé que debía escribirlo a toda velocidad en mi libretita de los secretos para que no se me olvidara llegado el momento tan esperado en que alcanzara el uso de razón. En el camino de vuelta, oímos las pisadas cercanas de un animal entre la maleza. Apretamos tanto el paso monte abajo que pensé que de pronto tenía ruedas en vez de pies, como sucede en los dibujos animados. Al llegar a la fuente de Antas vimos un par de ojos como ascuas brillando a pocos metros. Entonces Balbino de Josefa, sin soltarme de la mano y como si echara el alma fuera del cuerpo, emitió un *aturuxo* gutural que yo creo que debieron

de oírlo hasta en Pontevedra. Esa manera de gritar a los cuatro vientos es una forma que tienen los pastores de comunicarse a larga distancia con el Séptimo de Caballería en caso de peligro de muerte o si se ha de comulgar. Nos rescató *in extremis* un jeep de la Guardia Civil en el camino del Coto. Después de aquello, Balbino tardó varias semanas en recuperar su voz normal, pero mi madre asegura que yo llegué a casa tan contenta, silbando, como si viniera de una romería.

No me asustaban los lobos, pero me daban miedo las gallinas. Así se podría definir mi personalidad.

Todo esto viene a cuento de la fascinación que generaba en mí aquella escritora inglesa a la que empezaba a considerar como a un alma gemela, guardando las debidas distancias.

Entrar en el mundo de Emily J. Parker era para mí como llamar a la puerta de la casa donde nací. Supongo que leerla significaba eso: regresar a algún lugar. Las palabras hacían saltar chispas al rozarlas, tenían esa electricidad de las zarzas, de los postes de la luz y de algunos animales nocturnos. No sólo encendían mi imaginación, sino que también despertaban en mí un mecanismo obsesivo de búsqueda de indicios, la necesidad imperiosa de encontrar el rastro de miguitas de pan que iba dejando la autora en sus textos como las huellas que deja el amor verdadero o cualquier otra catástrofe por el estilo. A veces, no muchas, con la lectura se da esa clase de reconocimiento. Es casi siempre algo ciego, irracional, instintivo. Un flechazo del que no se puede escapar así como así.

Con aquella actitud de entrega me ponía yo delante de los folios convencida de que estaba recopilando material para una tesis que iba a cambiar la historia de la literatura. Nadie me ha podido acusar nunca de falta de optimismo ni siquiera en las circunstancias más adversas. Y aquellas lo eran.

El termómetro no subía de cuatro grados bajo cero. Según la señora Bartholomew, era el invierno más frío que se recordaba en Londres desde el año 1956, dato que por supuesto yo no pensaba poner en cuestión. Me dolían las articulaciones, no sentía los dedos de los pies. A Timothy Gordon estaban a punto de salirle carámbanos en los bigotes, pero su dueña continuaba inmovible, encendiendo la calefacción sólo de seis y media a ocho de la tarde. Bajo aquellas condiciones extremas hice yo mis primeros paseos de reconocimiento por el barrio.

Notting Hill es uno de esos lugares en los que basta media hora para que una pueda ver pasar la vida por delante como si hubiera dado dos veces la vuelta al mundo.

Cualquiera puede cruzarse de buena mañana con un cabecilla de la guerrilla chechena, comprarle el pan a un príncipe del desierto, cederle el paso a un rastafari de las West Indies británicas con auriculares, tropezarse con un puñado de adolescentes magrebíes con ganas de bronca, admirar el tocado de una mujer oriunda de Yibuti, dar los buenos días a una belleza caribeña, comentar el tiempo con dos simpáticas mamás bengalíes e incluso toparse de vez en cuando con algún londinense blancuzco

y despistado de toda la vida. El día menos pensado hasta podía una encontrarse cara a cara con el mismísimo Martin Amis, y entonces ya veríamos.

El aspecto de las calles y los montones de nieve acumulada en los bordes ponían de manifiesto que las máquinas quitanieves debían de llevar algún tiempo trabajando a destajo. Decidí que si quería sobrevivir a la glaciación tendría que equiparme debidamente. Así que me compré en los almacenes Whiteleys varios juegos de calcetines de lana, unas botas de agua Hunter hasta la rodilla, un par de *leggings* gruesos para llevar debajo de los pantalones, un cárdigan precioso de punto inglés azul de Prusia con grandes bolsillos, que todavía echo de menos, y un buen anorak forrado. De esa guisa, con las katiuskas y un gorro de nieve ribeteado con motivos navideños a juego con las manoplas y la bufanda, me atreví a hacer una incursión en el supermercado ASDA, que quedaba sólo a unos trescientos metros de casa. Llené dos bolsas hasta arriba con los productos básicos: espaguetis, beicon ahumado, huevos, paté, leche, cereales, café y pan de molde.

Ya de vuelta en la cocina eché en falta el gel de baño y el queso de untar. Fuera estaba oscureciendo y el frío empezaba a formar cristalitas de hielo por la parte exterior de la ventana. Era lunes.

Capítulo V

En ocasiones me invadía el desánimo. Echaba de menos a Álex, que en dos semanas no se había dignado a dar señales de vida. Ya he dicho que era de Lugo, y por esas tierras altas no son muy dados a cambiar de opinión. Tampoco le culpaba por ello. Yo misma no entendía muy bien qué hacía en Londres con un gato como única compañía intentando averiguar qué había sido de una antigua promesa de la literatura de la que ya nadie se acordaba, en lugar de estar preparando como Dios manda unas oposiciones a funcionaria del Estado. Todos los propósitos que una se marca tienen sus momentos de botella medio vacía. Probablemente Bea tenía razón, era una absoluta pérdida de tiempo.

Además, Londres no era del todo real y eso aumentaba mi confusión. No había mercerías donde vendieran cinta elástica, agujas de ganchillo o baberos de niño, por ejemplo. Es el problema que tiene irse de los sitios, supongo. Una acaba echando de menos las cosas que antes odiaba: las campanas, el aire provinciano, las fiestas patronales y así. Me acordaba mucho de la biblioteca Ánxel Casal, donde una vez contemplé una borrasca atlántica tan truculenta que parecía manipulada por ordenador, con rayos verdes muy brillantes, limaduras de plata y nubes concéntricas de betún. Luego había escuchado una voz a mi espalda con acento de Radio Lugo, como si con la tormenta se hubiera soltado un cable de alta tensión. Vocales cerradas.

—No está mal —dijo la voz.

Me pareció una sentencia firme, aunque demasiado tibia para el fenómeno meteorológico y crepuscular único al que estábamos asistiendo. Me gusta recordar ese momento. El universo detenido y nosotros dos allí, junto a los ventanales de la segunda planta de la biblioteca, subyugados por la electricidad, fingiendo que la cosa no era para tanto.

En general esa clase de estados melancólicos remitían después del segundo café. Se respira hondo, se aguanta mecha y ya está.

Había pasado a limpio todo el material de trabajo y lo tenía perfectamente organizado en folios de distintos colores que había comprado en mi incursión en los almacenes Whiteleys. El color rojo estaba destinado a los aspectos biográficos de la escritora, el amarillo a las cuestiones puramente literarias y el azul al contexto histórico. Para hacerme una idea clara de los pasos a seguir, colgué en el corcho un

esquema con estructura de árbol genealógico, como los que utilizan los equipos de investigación de la policía, en el que iba abriendo círculos con rotulador en torno a las preguntas clave.

Como complemento a todo este dispositivo detectivesco estaban las dos carpetas con fotocopias de informes y apuntes dispuestos cronológicamente. Había llevado a imprimir todos los archivos del *pendrive*, incluido el último correo que me había mandado Whelan, a un cibercafé paquistaní en la esquina de Talbot Road. No dejaba de sorprenderme la información que me enviaba mi tutor. El contenido del *e-mail* correspondía al formulario que Emily J. Parker había cumplimentado a mano el mismo día en que empezó a trabajar en la base de comunicaciones de Bletchley Park, el 16 de septiembre de 1940. Ni siquiera había cumplido los dieciocho años.

Todo el mundo sabía que la Oficina de Guerra era la tapadera oficial del trabajo de inteligencia. En mi condición de investigadora histórica empezaba a fantasear con la posibilidad de que el verdadero móvil de la desaparición de Emily J. Parker tuviera que ver con su trabajo en la base.

La idea era un poco disparatada e inconsistente, pero encajaba perfectamente en mi visión romántica del mundo de los espías. Hay que considerar que me pasé la adolescencia soñando —inútilmente— con ser Mata Hari. La posibilidad de que la autora de *Quite at Home in the Night*, además de una digna candidata a Premio Nobel, hubiera sido también una agente secreta británica me cautivaba.

Recopilé toda la información que pude sobre Bletchley Park, recurrí a numerosos libros, artículos y publicaciones sobre el tema y completé el dossier con el interesante testimonio que Robert Whelan me envió en dos archivos adjuntos relativos a la clase de trabajo que se desempeñaba en ese lugar.

Bletchley Park no fue sólo el cuartel general de la inteligencia aliada, sino el secreto de guerra mejor guardado por el Gobierno británico.

Para empezar, nadie se refería a ese lugar por su nombre, todos decían BP o, sencillamente, el Parque. Se trataba de una mansión victoriana situada en plena campiña a unos noventa kilómetros al norte de Londres. Allí se alojaban un puñado de criptógrafos especialistas reclutados entre los mejores cerebros de Cambridge. Su objetivo era descifrar el inextricable sistema de códigos secretos que Alemania utilizaba para sus comunicaciones militares, especialmente los mensajes de los submarinos que operaban en el Atlántico Norte.

Trabajaban por turnos, contra reloj, eran muy jóvenes y un poco excéntricos, vestían con gorras de cheviot, chaquetas con coderas y calcetines agujereados, dormían poco, fumaban mucho, comían mal por el racionamiento de los tiempos de guerra, bebían cerveza en el *pub* del pueblo, se gastaban bromas entre ellos y, los días que libraban, se iban de excursión en bicicleta atropellando al primero que se les cruzara por medio, pero eran la única esperanza.

El resto del personal, en su mayoría mujeres, se dedicaba a la transcripción de los mensajes interceptados y se alojaba en los pueblos de los alrededores. Sus habitantes

estaban acogidos a la Ley de Secretos Oficiales y tenían prohibido bajo pena de muerte hablar del asunto con nadie. En 1945 había unas diez mil personas trabajando allí.

Emily Jane Parker era una más de esas jóvenes con falda de *tweed* que se pasaban jornadas enteras buscando pautas y anomalías entre millones de líneas de código. Una abeja laboriosa e insignificante dentro del enjambre.

Los alemanes tenían una máquina endiablada de encriptar mensajes llamada Enigma, que pesaba apenas doce kilos y se podía llevar a todas partes como una máquina de escribir. La había fabricado Telefunken para el servicio secreto de Hitler. Constaba de tres rodillos y un montón de clavijas. Apretabas una letra y se iluminaba otra distinta que era la correcta. Por este sistema enviaban un mensaje de texto absolutamente incomprensible, transmitían ese galimatías por morse y el receptor podía leer el mensaje original.

Para la inteligencia británica descifrar el sistema de claves era más difícil que encontrar una aguja en un pajar. Había ciento cincuenta trillones de combinaciones distintas. La encontraron, naturalmente.

A Hitler le habría dado un pasmo de haber sabido que un tipo flaco, tartamudo, homosexual y autista de apenas veintiséis años llamado Alan Turing iba a destripar su secreto máspreciado.

Si los alemanes hubieran sospechado ni por asomo que el alto mando aliado había conseguido descifrar su código Enigma en Bletchley Park y que, por lo tanto, tenía acceso a sus comunicaciones ultrasecretas, Gran Bretaña habría perdido su ventaja, y en ese caso no está claro quién hubiera ganado la guerra. Esa es la clase de cosas que me fascinan de la historia.

Hay gente que no tiene el menor interés en el pasado. Nunca se les ocurre relacionar los hechos históricos con personas de carne y hueso que se enamoran, cogen el autobús y van al dentista. Qué aburridas tienen que ser las vidas de aquellos que sólo tienen presente.

A mí siempre me ha encantado indagar en los hechos del pasado, aunque a las personas mayores a veces hay que sacarles las cosas con sacacorchos. En mi familia respecto a determinados asuntos regían las mismas leyes del silencio que en Bletchley Park.

Por ejemplo, estaba el caso de mi tío abuelo José de Amada, que se echó al monte para luchar por la República. Eso lo sabía todo el mundo y se tenía muy a gala en la familia. Lo que nadie contaba es que había abandonado a su mujer y a su hijo por una guerrillera de ojos negros llamada María Reinante. De eso me tuve que enterar yo por los vecinos.

Pero la historia que más me gustaba escuchar en los largos veranos de caballos salvajes era la de mi abuelo Francisco, al que todos llamaban el Inglés. Yo lo conocí siendo un hombre callado que leía el periódico y arreglaba relojes. Pero mi abuelo había sido un niño de la guerra. Tenía cuatro años cuando a Franco le dio por sembrar

el país de cruces y ceniza. Una mujer de Pontevedra que tenía un hermano trabajando en los Altos Hornos le colgó al cuello un cartoncito con sus datos personales y se lo llevó en el coche de línea a Bilbao. Allí había otros niños que también lloraban. El comité republicano de evacuación tenía enlaces en todas partes y funcionaba como un servicio de correos especial, mudo, humanitario, transoceánico. En las tierras de emigración la gente está acostumbrada a salir pitando por unas razones o por otras. Se aprende a estar lejos genéticamente como a subir a los árboles. Pero dejar marchar a los niños de aquella manera debió de ser un hueso duro de roer. Los subieron a todos en un barco y tres días después mi abuelo desembarcó en Gran Bretaña como un almirante, con una maletita de cartón en la que llevaba dos mudas limpias y un trompo de madera de boj.

En Inglaterra le enseñaron a leer y a escribir, pero en inglés. Lo llevaron a un caserón del Salvation Army con techos altos y camas alineadas y que olía a lejía. No le gustaba mucho hablar de eso porque allí pasó mucha soledad, aunque cantaban villancicos. Los ingleses no lo trataron ni bien ni mal, como corresponde a su carácter. Pero una noche en Londres fue a visitarlo un hada.

Esa historia no me la he inventado yo, existen pruebas. El hada tenía uniforme de voluntaria, se acercó a su cuna y le dejó debajo de la almohada un avioncito de latón, que todavía se conserva como una reliquia de familia. De hecho, ocupa un lugar de honor en mi estantería con sus alas rojas y la diana de la RAF. Mi abuelo no recuerda las palabras mágicas que el hada le susurró al oído; de lo que sí se acuerda es de que ella era muy joven y de que llevaba prendida a una cadenita de plata que le colgaba del cuello una flor que se movía de un lado a otro como un péndulo. Antes de irse por donde había venido, el hada le dio un beso en la frente y le dejó una pequeña marca de carmín. Mi abuelo no era ningún sentimental ni nada por el estilo. Tenía una manera muy suya de no apearse del caballo, pero ese beso no se le olvidó más.

Al abuelo Francisco yo lo recuerdo fumando tabaco de liar con una ceja enarcada, sin disparar una. Cosa bastante comprensible, por otra parte, si tenemos en cuenta que se casó con mi abuela Lola. En casa la que disparaba era ella. Mi abuela llegó a los ciento dos años y desde los noventa, en que se rompió la cadera, siguió gobernando el mundo desde la cama dando órdenes tajantes y precisas para *mallar* el trigo, llevar la contabilidad y cambiarles el agua a los garbanzos, que para eso era capitana. ¡Qué mujer!

La vida de cualquier familia encierra ciento cincuenta trillones de probabilidades distintas, un auténtico galimatías como el que Emily J. Parker intentaba descifrar en el libro de bigramas cuando se abrió ante ella un agujero en la investigación. Un misterio más grande que cualquier ecuación matemática. A mí nunca se me dieron bien las matemáticas. El profesor de octavo de EGB dijo una vez a voz en grito delante de toda la clase:

—Rebeca Aldán, es más difícil que usted apruebe las matemáticas que un camello entre por el ojo de una aguja.

Me humilló tanto aquella sentencia de muerte que al final saqué matrícula de honor en la asignatura. Pero en casa nadie le dio ninguna importancia a ese hecho porque, según ellos, lo hice sólo por puro orgullo, no como Bea, que sacaba sobresalientes en todo sin el menor motivo. Eso tenía mucho más mérito, claro.

Capítulo VI

Bloomsbury es el corazón de Londres, no lo digo en el sentido sentimental, sino en el literario, que es peor. Siempre he pensado que para los ingleses no hay ni sentimentalismo que valga ni verdades con mayúscula, salvo aquellas que han sido escritas por sus poetas. Algo tiene ese barrio situado en el centro de Londres para haber atraído a tanta gente rara durante siglos. El novelista Charles Dickens vivió en una casita adosada de Doughty Street donde escribió *Oliver Twist*. El lugar también fue elegido por Virginia Woolf y su exquisito círculo de artistas para reinventar la novela del siglo xx, como figura en todos los manuales de literatura. Por si fuera poco, el poeta Dylan Thomas frecuentaba cierta tabernita de los alrededores. Allí se encuentra también la University of London. Además, la zona es sede de la Biblioteca Británica y del British Museum, por lo que también fue testigo de la formulación de la teoría de la evolución de las especies de Charles Darwin. Uno empieza a deslizarse hacia abajo por la cadena evolutiva y ya no sabe dónde podrá detenerse.

No era de extrañar que yo me pasara por ese territorio con pies de plomo. Tanto genio por metro cuadrado infunde respeto. Pero no me podía quejar, después de todo había ido a Londres porque era la patria de la literatura.

Por fin había llegado el momento de conocer en persona a mi director de tesis. Y allí estaba yo, una vez más, apostando todas mis cartas a un tipo al que no había visto en mi vida y en el que, sin embargo, había depositado todas mis esperanzas. Esa era exactamente la clase de cosas que se me daba bien hacer en la vida, según mi hermana. Bajé en la parada de metro de Russell Square. Después de varios días, la nieve se había vuelto gris y resbaladiza. La gente caminaba con prisa, todos parecían dirigirse hacia citas importantes, como una reunión en el Foreign Office, una subasta de bonos del Tesoro y cosas así. El mío, en cambio, era un mundo lejano e incierto de vidas barridas por el viento de la historia. Anduve un poco desorientada, dando vueltas bajo la lluvia embutida en mi anorak, con la capucha calada y las manos en los bolsillos. Mi estado de ánimo podría calificarse de oscilante, a medio camino entre la euforia y la desesperación. Me ocurre siempre que acudo a una cita, aunque sea con el dentista. Pero en aquella ocasión había mucho más en juego.

Pasé por delante del Russell Hotel, el mejor hotel victoriano que queda en Londres, un maravilloso edificio rojo de terracota. T. S. Eliot trabajó muchos años en

la esquina oeste de la plaza, donde estaban las oficinas de la editorial Faber & Faber. Enfilé por la calle que rodea el Museo Británico con sus tiendas de antigüedades iluminadas en pleno día como faros en la tormenta. Dejé atrás la iglesia de Saint George, donde se celebró el funeral por Emily Davison, la famosa sufragista que murió cuando fue atropellada por el caballo del rey durante el Derby de 1913. Atravesé el parque con sus árboles nevados. Con la nieve pasa lo mismo que con los sueños, blanquísima cuando cae, gris en cuanto toca el suelo. Continué un trecho y doblé a la izquierda. Eso era Bedford Place. Robert Whelan vivía en el número 15, una típica casa georgiana con la puerta pintada de rojo, dintel en arco y escalera a la entrada.

Él mismo salió a abrirme. Era tal y como me lo había imaginado, un inglés de huesos largos con abundante pelo blanco ligeramente ondulado como un capitel jónico. Se le veía sorprendentemente vigoroso y ágil para su edad. Vestía pantalones oscuros, camisa blanca impecable y una holgada chaqueta de lana de color verde musgo con coderas. Un ejemplar clásico de esa especie distinguida y exclusivamente británica de erudito.

Había tenido suerte de contar con él. A pesar de que no podía dirigirme la tesis oficialmente por no encontrarse en activo, se ocupó amablemente de agilizar todos los trámites para encargarse de hacerlo a efectos prácticos. Una prerrogativa exclusiva de los profesores eméritos.

—Bienvenida, señorita Aldán —saludó—. Es un verdadero placer conocerla en persona al fin. Espero que haya recibido toda la documentación que le envié por *e-mail*.

—Sí, muchísimas gracias —contesté estrechando efusivamente su mano.

—Pero no se quede ahí en la puerta. Pase, hace un frío de todos los demonios. Le presento a la señora Griffin, la mujer que se ocupa de mantener el orden a bordo.

—Encantada de conocerla —dije.

Ella sonrió afablemente. Era una mujer de baja estatura, firme y saludable, de unos sesenta años. Recogió mi anorak con diligencia y lo colgó en el perchero de la entrada.

—He servido el té arriba en su despacho —dijo dirigiéndose a Whelan—. Espero que le parezca bien, *professor*.

—Gracias, Rose. Allí estaremos más cómodos.

Me dio la impresión de que entre ambos existía una tácita y discreta relación de complicidad fundamentada en no molestarse demasiado mutuamente, lo que explica que en Gran Bretaña el servicio doméstico haya funcionado siempre mucho mejor que cualquier matrimonio.

Seguí a mi director de tesis por las escaleras hasta un cuarto espacioso con las paredes cubiertas de estanterías repletas de libros de arriba abajo. El despacho estaba presidido por una mesa de roble de color oscuro y un sillón giratorio de cuero dispuesto de tal modo que desde él se dominaba toda la habitación. Junto al ventanal

que daba al jardín trasero había un tresillo con una mesita cubierta por un mantel blanco de lino donde la señora Griffin había dispuesto una bandeja con el servicio de té. No pude evitar acordarme de la misteriosa frase de Emily J. Parker que aludía a su cabeza servida en bandeja.

Antes de acudir a la cita había dado por sentado que nuestra primera conversación sobre la escritora versaría en torno a cuestiones literarias: lo psicológico subyacente, la introducción de imágenes propias de la poesía en sus narraciones, la construcción de los personajes y ese tipo de cosas. Pero de alguna manera nuestra charla acabó derivando por otros derroteros.

—Por favor, siéntese por donde pueda, desde que murió mi esposa paso aquí la mayor parte del tiempo —explicó mientras hacía un gesto a modo de invitación para que tomara una silla. Y añadió—: Vaya, no pensé que fuera usted tan joven.

—No soy tan joven —protesté.

—Ya..., perdone. A mi edad todo lo que no sea las ruinas de la Acrópolis resulta de una juventud abrumadora —bromeó—. Y ¿qué? ¿cómo van sus pesquisas?

—Hasta ahora sólo he tenido tiempo de ordenar un poco el material, aunque le confieso que no sé dónde encajan los documentos que me envió —respondí.

—No es fácil ordenar el material de toda una vida. Incluso de una vida tan... breve o precipitada —matizó mirando mecánicamente por la ventana hacia la copa de un árbol que rozaba los cristales—. A veces, cuantas más cosas sabemos de alguien, menos lo entendemos, perdemos la objetividad. Al menos eso es lo que me ocurre a mí cada vez con mayor frecuencia. —Tenía una mirada cálida y acogedora, de esas que hacen sentirse dignas de interés a las personas a quienes va dirigida—. Uno nunca sabe a qué atenerse con la vida de los otros, ni siquiera con la propia. Demasiados acontecimientos y demasiado dispersos, sin un hilo lógico que los engarce. Es difícil hacerse una composición de lugar. —Hablaba con un tono de voz rememorativo y envolvente, como dando vueltas alrededor de un círculo. De repente se quedó callado y bajó la mirada durante un breve momento, ensimismado en sus pensamientos—. Por no hablar de las cosas que no conocemos y permanecen ocultas para los demás en el ángulo ciego del retrovisor —remarcó intencionadamente—. Si se piensa bien, cualquier vida, por insignificante que parezca, está repleta de esas zonas de sombra. —Whelan tomó un sorbo de té y volvió a depositar la taza sobre el platillo con parsimonia—. Resulta conmovedor el esfuerzo humano a lo largo de los siglos por darle un sentido narrativo a algo que no lo tiene. Es una empresa condenadamente inútil, pero quizá por eso también extraordinaria. ¿No le parece?

No sé cómo lo miré, tal vez con connivencia o incertidumbre y profunda curiosidad. Sólo sé que mi mirada debió de gustarle. Sonrió con repentina familiaridad, como le hubiera sonreído a una hija o a una nieta en caso de que la tuviera, y continuó con su circunloquio.

—Muy pocos escritores han puesto tanto empeño como Emily Parker en encontrarle el sentido a la época que les tocó vivir. —Al pronunciar su nombre,

Whelan se quedó otra vez pensativo, como si se ausentara. El suyo era un rostro que se iba desvelando en múltiples matices a cada cambio de expresión—. Apuesto a que todavía no ha visto ninguna foto suya —dijo al cabo de unos segundos con una determinación nueva en la voz.

Se levantó de la butaca apoyándose en el reposabrazos y se encaminó con pasos largos hacia su escritorio. Regresó al cabo de un instante con una fotografía enmarcada en la mano.

—Ahí la tiene.

Realmente, más que una escritora, parecía una actriz de cine, Greta Garbo o Ingrid Bergman. Me refiero a esa clase de belleza. Pómulos altos, nariz recta, pelo de color caoba. Lo llevaba recogido en la nuca, lo que le daba cierto aire misterioso y sofisticado. Sus cejas eran como dos acentos circunflejos finos y distantes. No llevaba adornos a excepción de un colgante en el cuello rematado en un camafeo tallado en marfil. Una camelia, quizá, o una rosa.

—¿Entonces, la conoció usted? —pregunté sin salir de mi asombro. Cuando pensé en Robert Whelan como director de tesis, en ningún momento se me había cruzado por la cabeza la idea de que pudiera haber conocido personalmente a Emily J. Parker e incluso haber compartido con ella acontecimientos históricos, ni siquiera pensé que alguno de sus protagonistas pudiera seguir vivo todavía, como si diera por hecho que cualquier pasado tuviera que ser en sí mismo remoto, aunque estuviera referido a unos hechos ocurridos hacía apenas sesenta años. Ya expliqué antes que mis ideas sobre el tiempo son a menudo confusas.

Whelan soltó una carcajada ante mi perplejidad.

—Ya lo creo que la conocí. —Se le notaba cómodo y deseoso de hablar, con una media sonrisa disimulada de deleite, como suele ocurrirle a la gente mayor cuando recuerda episodios de su juventud—. La conocí en septiembre de 1940, entonces ella sólo tenía diecisiete años. Era una cría pelirroja con la cara lavada y el pelo demasiado encrespado. Se presentó a las pruebas de taquigrafía en las oficinas de comunicación con una falda tableada de colegiala, jersey y zapatos planos con suela de goma. Hablaba con un acento inconfundible del sur de Inglaterra. Tenía las mejillas sonrosadas y todo el aspecto de una chica sana criada en el campo. Estuvimos a punto de rechazar su solicitud por su minoría de edad. Pero demostró ser realmente buena con los crucigramas. Supongo que estará usted al tanto del trabajo que hacíamos allí, creo que le he enviado un par de archivos sobre el tema.

—Desde luego, profesor —asentí, y repasé mentalmente los documentos que me había leído a conciencia. En efecto, según aquellos informes, al principio de la guerra no había suficientes científicos en Cambridge para las labores de encriptado y descodificación de mensajes, por lo que el Ejército se había visto obligado a reclutar egiptólogos, profesores de latín, especialistas en numismática y a cualquiera que tuviera dotes para el ajedrez o los crucigramas.

—Las pruebas no eran sencillas —continuó Whelan—, pero ella las superó sin

dificultades.

—¡Chica lista! —exclamé.

—Mucho —admitió él—. Volví a verla unos meses después y casi no la reconocí. Entonces ya era una mujer que quitaba el aliento. Hasta su voz había cambiado, sin rastro de acento rural. En una ciudad las jóvenes aprenden enseguida a sacarse partido —Whelan se había puesto las gafas y contemplaba ensimismado la imagen.

En la fotografía aparecían también dos hombres flanqueándola, uno a cada lado.

—¿Quiénes son? —pregunté intrigada.

—Este es Alan Pearson —dijo señalando a un tipo de unos treinta años con una gabardina al brazo, chaqueta oscura y corbata de pajarita ligeramente ladeada—. Y el de la izquierda soy yo.

—¿Usted?

—Sí, sé que parece increíble que alguna vez haya sido joven, pero puedo asegurarle que lo fui.

Me fijé en la imagen con atención y eché cuentas mentalmente. Robert Whelan aparentaba poco más de veinte años en la foto. Era un joven rubio y sonriente con chaleco de lana y pantalones de pinzas. Un tipo bastante apuesto, pensé para mis adentros. Todavía continuaba siendo un hombre elegante para su edad.

—En aquella época nos veíamos con frecuencia.

—¿Trabajaban los tres en el mismo departamento?

—No —respondió Whelan—. Emily empezó trabajando en los archivos como la mayoría de las chicas, pero ascendió rápido. Tenía una memoria de elefante. Jamás se le olvidaban ni un nombre ni una cara. Así que pronto pasó al octavo pabellón a las órdenes de Dilly Knox, que dirigía el equipo de investigación. Yo era analista y estaba en el pabellón 14.

Lo miré atónita. Así que Emily J. Parker había trabajado de verdad como espía para los servicios de inteligencia. Ahora no me parece una revelación tan sorprendente, pero en aquel momento fue como si me hubiera caído de un guindo. A pesar de que había fantaseado con la idea de que la escritora pudiera haber sido una espía, en el fondo nunca llegué a tomarme realmente en serio esas elucubraciones mías. Supongo que me parecía una hipótesis demasiado novelesca para ser cierta.

—¿Y Pearson? —pregunté tratando de refrenar mi entusiasmo.

—Pearson formaba parte del grupo de los elegidos. Trabajaba en la mansión con Alan Turing y Alan Ross. Los Tres Alan, les llamábamos. A cada cual más excéntrico. Pearson era el más sensato a pesar de sus manías. Andaba siempre con un lápiz en la oreja como los carpinteros. Le gustaba desmontar las piezas del motor de su automóvil y volverlas a montar una a una, perfectamente encajadas. Se pasaba horas en el garaje entre destornilladores, bielas y cigüeñales. Era un genio de las matemáticas y... un tipo con suerte. Al final se quedó con la chica —sonrió haciendo un gesto de resignación con las palmas de las manos vueltas hacia arriba.

No sólo había deportividad en su comentario, sino cierta ironía que no supe muy

bien cómo interpretar.

Según mis datos, Emily Parker había publicado prácticamente todo lo que escribió antes de su matrimonio, a excepción de su último libro. Hasta aquel momento el dato no me había llamado la atención, pero de pronto se me ocurrió que quizá en determinados ambientes no estuviera bien visto que una mujer felizmente casada se dedicara a escribir. Mientras le daba vueltas a esa idea, me puse a mordisquear inconscientemente una de las galletitas de nata que la señora Griffin había colocado en la bandeja del té. Esa es una cosa que acostumbro a hacer mucho, comer galletitas cuando no sé qué pensar.

Pero mi cabeza hervía y todo empezaba a burbujear en una misma dirección: la clase de trabajo que realizaba la escritora en el octavo pabellón; la vigilancia exhaustiva a la que había sido sometida, como probaban todos aquellos informes escritos a mano con tinta azul y caligrafía picuda; y, por encima de todo, su misteriosa desaparición.

—¿Y siguieron viéndose después de la boda? —pregunté.

—Oh, muy de tarde en tarde. Ya sabe cómo son estas cosas —dijo Whelan con un leve encogimiento de hombros—. Uno empieza por traicionar a los amigos, de ahí pasa a mentir a los desconocidos y faltar a los buenos modales, después deja uno de respetar el descanso dominical y las fiestas de guardar y, en fin..., se acaban dejando las cosas para el día siguiente.

Sonreí con aceptación como si me hubiera hecho partícipe de una travesura sin importancia.

Siempre he pensado que el talento para el humor es una de las grandes ventajas de los ingleses con respecto al viejo continente. El mar, los cielos grises y contar con la democracia más antigua del planeta también ayuda, vale, pero sin ese tanto a favor de la ironía no hubieran llegado tan lejos. Whelan había utilizado a su manera la famosa sentencia de Thomas de Quincey en su *Del asesinato como una de las bellas artes* para disfrazar su desazón. Y yo no pude menos que rendirme ante su ingenio para salirse por la tangente.

Pero también pensé que mi director de tesis no era sólo un viejo profesor simpático, sino un curtido analista que había trabajado en inteligencia militar, ducho en filtrar información con cuentagotas y que contaba con una dilatada experiencia en asuntos tan peliagudos como una guerra. Por lo tanto, además de catedrático jubilado de Literatura Inglesa, debía de ser también un tipo duro de pelar.

No sabía cómo ni cuándo podrían haber llegado a manos de Whelan los informes detallados sobre el seguimiento al que había sido sometida la escritora. Pero no me habría sorprendido que los hubiera robado de los archivos al abandonar el servicio después de la guerra. No veía el momento de plantear la cuestión.

Por un instante me asaltó la duda de si no habría sido del todo casual cuanto había ocurrido desde que estableciera contacto con él. Tal vez estuviese empezando a sugestionarme con el trabajo, pero lo cierto es que algo pasó por mi mente a toda

velocidad como un animal cruzando una carretera nocturna bajo la luz de los faros sin darme tiempo a identificarlo. Un pensamiento a la fuga.

De haber sido por mí, le hubiera preguntado al profesor un par de cosas concretas. Pero los ingleses consideran de pésima educación las preguntas personales o demasiado directas y no me parecía apropiado someter de entrada a mi anfitrión a un interrogatorio, así que dejé que él llevara las riendas. Además, me apetecía oírle hablar de sus cosas. A la gente de cierta edad hay que saber escucharla. Aunque en realidad la postura de Whelan no parecía la de una persona mayor, sino más bien la de un joven de otra época. Tal vez era así cómo se sentía, pensé mientras lo observaba sentado ante mí con aparente despreocupación, las piernas cruzadas en diagonal, los calcetines de rombos, los zapatos relucientes. Durante un buen rato estuvo hablando animadamente de los viejos tiempos, de la literatura de posguerra y del desastre sin paliativos que había supuesto el thatcherismo para el orgullo nacional británico. Se le veía cómodo, como si no le importara lo más mínimo alejarse de la conversación proyectada o como si supiera que en el fondo todos los ríos van a dar al mismo mar. A pesar de los achaques de la edad, pude comprobar que Robert Whelan tenía la cabeza perfectamente lúcida y el corazón situado más bien a la izquierda con natural tendencia al escepticismo. Mientras lo escuchaba, me acordé de mi abuelo Francisco y se me ocurrió pensar que estaba ante un hombre que pertenecía a otro mundo. Un mundo de batallas, de miserias, de canallas y de dioses que estaba a punto de desaparecer por el desagüe de la historia. Me acordé también de la escena de *Blade Runner* en la que Rutger Hauer deja volar a la paloma desde lo alto de un edificio mientras siente resbalar la lluvia sobre su rostro, como lágrimas de mercurio, por la vida que tiene que dejar atrás. Aquel cielo laminado, aquellos carros de fuego, aquellos ojos... Algunas de las cosas más importantes que aprendí acerca de lo que perdemos me las enseñó el cine.

—Aquí llega la comandante en jefe —dijo Whelan de pronto sin perder la sonrisa. La señora Griffin se había acercado a la puerta para anunciar el almuerzo.

Miré el reloj instintivamente. Se me habían pasado dos horas volando.

—No era mi intención robarle tanto tiempo —me excusé poniéndome en pie de forma apresurada.

—No te preocupes, Rebeca —dijo rompiendo por primera vez el trato formal—. ¿Por qué no te quedas a comer? Te aseguro que la señora Griffin es una excelente cocinera.

—No, gracias —rehusé—. No quiero cansarlo más. Prefiero continuar nuestra charla en otra ocasión si no tiene inconveniente, claro.

—Cuando tú quieras... —Whelan encogió los hombros con las palmas levantadas hacia arriba en un gesto que al parecer era muy suyo.

Pero antes de irme, ya en el recibidor con el anorak puesto, todavía tuve tiempo de hacerle una última pregunta.

—Profesor, hay algo que no entiendo muy bien —dije sin poder reprimirme—,

¿cree que la orden de seguir a la escritora pudo partir de dentro de Bletchley Park?

—No. Bueno, no lo sé. No lo creo... No era el procedimiento habitual.

—Ya..., ¿pero entonces cómo llegaron esos documentos a sus manos, si no es indiscreción? —me atreví a indagar.

Whelan se encogió de hombros con desenfado.

—Por pura casualidad —respondió sin ambages—, como se producen la mayor parte de los descubrimientos que uno hace en la vida. Estaba buscando en los archivos el historial clínico de Emily y me encontré de bruces con ellos —«by chance», fue la expresión exacta que empleó.

—¿Historial clínico? —pregunté extrañada—. ¿Para qué quería ver su historial clínico?

—Para nada, en realidad —sonrió como si jugara a intrigarme—. Supongo que por aprensión. En los últimos tiempos Emily estuvo aquejada de algunos problemas de salud. Llegó a estar ingresada en observación en el hospital de Westminster. Pearson estaba bastante preocupado, no se separaba de su lado ni a sol ni a sombra. Quise comprobar si en la ficha de reclutamiento de Emily constaba que padeciese alguna enfermedad previa. En aquella época nos hacían un reconocimiento médico exhaustivo antes de entrar en el servicio. Pero no —dijo Whelan con una sonrisa, elevando las cejas—. Era una mujer fuerte y sana y como un árbol joven. Los hombres solemos alarmarnos sin necesidad ante cualquier indisposición pasajera —sonrió—. Pero ya tendremos ocasión de hablar de ello más adelante si te interesa ese aspecto.

—Sí, claro, faltaría más, cuando usted quiera, profesor —dije. No era el momento de insistir. Aun así, a punto de cruzar el umbral de la puerta y con un pie ya en la calle que daba a la *square*, todavía se me ocurrió lanzar un guante al azar—: ¿Y en todo este tiempo no ha vuelto a tener noticias de Pearson?

Whelan se rascó el pelo a la altura de la nuca. De repente lo vi fatigado, un poco encogido pese a su estatura. Para un hombre de su edad tenía que haber sido una jornada agotadora con tantas idas y vueltas al pasado.

—Me temo que no —dijo moviendo la cabeza hacia los lados—. Aunque en el 65 me llegó la noticia de su muerte. Después de la guerra le perdí el rastro. —A continuación sonrió alzando las cejas—. Entonces todo el mundo tenía suficiente con preocuparse de uno mismo. Tiempos difíciles.

—Sí, tiempos difíciles —repetí.

Capítulo VII

Hay un viejo dicho inglés de la escuela de guerra que dice más o menos así: «De los aliados líbreme Dios que de los enemigos ya me libro yo».

En cierta manera se podría considerar que la antítesis es una de las características de pensamiento más interesantes de los británicos como especie humana digna de estudio y admiración. Había una serie de interrogantes sobre Emily J. Parker que me resultaban cada vez más llamativos a medida que iba profundizando en su obra literaria. No se trataba de grandes descubrimientos sobre su estilo narrativo, que podría encuadrarse dentro del hermetismo poético (insinuar sin hacer nada explícito), sino sobre su manera de hacer avanzar la trama. La acción nunca transcurría de una forma lineal ni circular, sino sesgada, al modo del movimiento del caballo en un tablero de ajedrez, lo que venía a resultar un factor considerable de incertidumbre o sorpresa. Podría decirse que su propia desaparición había sido también, en ese sentido, un salto de caballo.

No me extrañaba que su estilo fuera sinuoso, teniendo en cuenta los avatares a los que tuvo que enfrentarse. En la mayoría de los autores existe una correspondencia entre su obra y su biografía. Digamos que las evasivas y los secretos son armas de supervivencia imprescindibles para cualquiera que tenga algo mínimamente interesante que ocultar. Eso es una cosa que todo el mundo aprende desde la infancia. Pero Emily J. Parker ya era una veterana antes de llegar a la adolescencia. Frecuentaba los refugios antiaéreos con la misma asiduidad que mi generación frecuentaba las discotecas. Se casó con un genio que pensaba en ondas trigonométricas. Tenía estilo propio, talento y cierto sentido de la secuencia, y, por si fuera poco, alguien la seguía de cerca pisándole los talones por un motivo que yo ni siquiera podía imaginar. Digamos que para tener una sola vida no se podía pedir mucho más.

Dejé la taza de café sobre la mesa y me acerqué a la ventana para desentumecer los músculos. Eran las seis y veinte de la tarde y, salvo dos breves incursiones a la cocina a comer galletitas, había estado allí sentada desde las ocho de la mañana. Más de diez horas de reloj. La nieve casi había desaparecido a causa de las lluvias de los últimos días. Sólo quedaba algún resto en los tejados. Me gustaba esa vista del patio trasero con las chimeneas humeando y las fachadas cubiertas de hiedra.

Antiguamente estos callejones adoquinados sin salida, llamados «mews», estaban destinados a las caballerizas o cocheras. En la actualidad se cotizaban muy alto en el mercado inmobiliario, aunque de vez en cuando podía encontrarse alguna ganga con un poco de suerte. Supongo que yo la tuve.

Los ingleses poseen una concepción muy peculiar del urbanismo, contraria a cualquier ordenación normal del territorio. En general, el plano de Londres parece una conspiración tramada para desorientar a los extranjeros incautos. Prueba de ello es que existen muchas avenidas distintas en distritos muy alejados cuyo nombre es idéntico y, por el contrario, una misma calle puede recibir varios nombres diferentes sin venir a cuento, según se tercié. Por si esto no fuera bastante motivo de confusión, en inglés se puede llamar a las calles de más maneras que en ningún otro idioma del mundo: *street, road, way, place, avenue, gate, walk, alley, path*, etc.... En esa maraña de direcciones en la que no hay manera humana de aclararse, los *mews* aportaban su granito de arena a la confusión urbanística general sin dejar de ser encantadores *culs-de-sac* donde una recién llegada sin grandes aspiraciones cosmopolitas podía llegar a encontrar su lugar en el mundo.

A veces creo que las novelas, en cierto sentido, son como las ciudades. Las hay que se explican por sí mismas, como París. Y las hay que se complican por sí solas, como Londres. Supongo que tiene que ver con el carácter de sus habitantes. A mí me interesaba una habitante en particular. Siguiendo con mis cábalas entre literatura y urbanismo, se me ocurrió pensar que la manera compleja de tejer las tramas de sus novelas que había desarrollado Emily Parker podía quizá tener que ver con su trabajo en Bletchley Park.

Durante la guerra, todo Londres era una vasta conspiración para confundir al enemigo. Los periódicos difundían noticias falsas, la BBC emitía con frecuencia mensajes contradictorios, incluso se construían decorados con instalaciones militares de cartón piedra para desorientar a los aviones alemanes de reconocimiento sobre lugares estratégicos. En el escenario de la guerra de inteligencia, el sistema de claves era tan alambicado que no era raro que algunos cayeran en su propia trampa, como le había ocurrido a Mata Hari en la guerra del 14.

Al parecer, durante la Gran Guerra, el imperio alemán decidió quitarse de encima a aquella belleza que iba por libre y empezaba a crearle demasiados quebraderos de cabeza. Para ello le tendieron una trampa: enviaron un mensaje comprometido en clave a sabiendas de que los franceses conocían su método de descifrado, pero ignoraban que los alemanes estaban al tanto de su hallazgo. El mensaje fue captado por la antena de radio de la torre Eiffel. París creyó a pies juntillas la veracidad de la información sin sospechar que el enemigo la había enviado con toda la intención. Como resultado, Mata Hari fue fusilada al amanecer.

Escuché a mis pies un claro maullido sostenido. Timothy Gordon saltó como un rayo a mi regazo en busca de calor humano. Empezaba a oscurecer con una lluvia mansa en los cristales, y tenía puesto de música de fondo a Leonard Cohen, que suena

como un ronroneo muy lento, y su *Your Famous Blue Raincoat*, la canción favorita de Alex. Es curioso cómo al cabo de los años una continúa creyendo a pies juntillas en ciertas cosas intangibles, como la música de ese viejo poeta neoyorquino de adopción con jersey de cuello vuelto y una voz que suena a tropezar siempre en la misma piedra. Continué con mis reflexiones mientras acariciaba el lomo del gato.

Tal vez Emily J. Parker pudiera haber sido víctima de una trampa como Mata Hari. Al fin y al cabo, ella trabajaba en el mismo corazón donde se tejía la tela de araña. Tenía acceso a información privilegiada, podía saber cosas que supusieran un riesgo para el grupo, era posible que se hubiera convertido en una amenaza concreta para alguien. «Fuego amigo», así lo llaman en el lenguaje geopolítico actual, según creo.

La hipótesis tenía lógica, pero había algo que no encajaba, ya que, en el caso de que la escritora hubiera supuesto algún problema, se la habrían quitado de encima en el momento y no habrían esperado diez años para hacerlo una vez finalizada la guerra cuando ya estaba fuera del servicio. Probablemente todo aquello no fueran más que especulaciones sin fundamento. A no ser que estuviéramos hablando de un ajuste de cuentas a largo plazo. El motivo más viejo del mundo. La venganza. Un plato que, según dicen los entendidos, debe servirse frío.

En las Navidades de 1993, a Bea y a mí nos regalaron por Reyes un juego de mesa que se llamaba Spy Game. Consistía en un tablero con dados y cartas como el Trivial referido a distintos períodos históricos: la guerra de Independencia americana, la toma de la Bastilla, la Revolución rusa, la guerra civil española, el desembarco de Normandía o la Guerra Fría. Cada jugador representaba un personaje según la carta que le tocaba: George Washington, Robespierre, la Pimpinela Escarlata, Rasputín, el general Eisenhower, etc., y tenía que llevar a cabo su misión y llegar a la meta evitando caer en las casillas trampa y sorteando los obstáculos interpuestos por el resto de los jugadores.

Solíamos jugar con mi primo Darío y con Olivia Suances, que era una amiga de mi hermana que tenía su misma edad del pavo real. Darío y yo éramos los pequeños oficialmente, de ahí que Olivia nos mirara por encima del hombro como si estuviera haciéndonos un gran favor por dejarnos jugar. Solíamos echar una partida los domingos de lluvia que no podíamos salir a la calle con las bicis. A Bea se le daba muy bien llegar a la meta antes que nadie. De hecho, siempre ha llegado a todas las metas que se ha propuesto en la vida. Pero para mí el juego era un auténtico embrollo, al no tener asentadas todavía algunas nociones históricas que sólo se estudiaban en bachillerato. A veces confundía el Palacio de Invierno con Versalles y el Kremlin con la Casa Blanca, lo que conllevaba ser eliminada automáticamente mientras Olivia, cómo no, me llamaba zopenca. Es muy fácil no ser una zopenca cuando se lleva una ventaja de cuatro cursos. Pero el *fair play* no era un concepto muy desarrollado en aquellas partidas en las que nos medíamos cara a cara con la adversidad.

No sé si fue por mis constantes meteduras de pata o por el simple devenir del río de la vida que el juego fue cayendo en el olvido hasta que un día, en el que mi hermana se estaba alisando el pelo con el secador, mi primo Darío pronunció una frase histórica.

—Bea parece una mujer.

Y era verdad. Su aspecto cambió misteriosamente. Ya no le interesaba hacer de la Pimpinela Escarlata, ni siquiera de María Antonieta. Se convirtió en una especie de sirena más allá del bien y del mal.

—Qué niña tan guapa —decían todas las visitas que venían a casa.

Esta transformación a mi hermana no la cogió por sorpresa, sino que la asumió como algo de lo que era merecedora. Olivia decía que se le habían subido los humos a la cabeza, pero ella respondía echándose la melena rubia hacia atrás con un esguince de menosprecio y se iba caminando por la acera al instituto con un dominio de la situación que ya quisieran para sí muchos jefes de Estado.

Cuando Bea salía de casa, yo iba enseguida a mirarme en el espejo del cuarto de baño.

—¿Qué haces, Rebeca? —me preguntó en una ocasión mi madre.

—Nada, me estaba preguntando si soy tan guapa como Bea.

—Tú tienes una cara con mucha personalidad —respondió mi madre diplomáticamente— y unos ojos muy risueños.

O sea, que no. Estaba clarísimo. Si es que saltaba a la vista. Mi hermana tenía una tez blanca y delicada con un tono rosa en las mejillas, y yo tenía el puente de la nariz cubierto de pecas. Ella tenía unas cejas finas muy claras, y mis cejas eran dos trazos negros e indomables, y para más inri mi ceja izquierda estaba partida por una cicatriz en forma de media luna de cuando me caí del columpio. La boca de Bea era pequeña y bien perfilada y no tenía los dos dientes delanteros separados por una ranurita, de contar tantas mentiras, como yo. Ella se lo tomaba todo con verdadera serenidad y, por si fuera poco, la habían escogido para interpretar a Julieta en la función de fin de curso, mientras que yo sólo había conseguido un papel de pastorcilla en el belén de Navidad. Por más que lo intentara, no podía aspirar a ser como Bea. Así eran las cosas.

No puede decirse que aquel descubrimiento me arruinara la vida por completo, pero digamos que empecé a plantearme las cosas desde otra óptica más posibilista. Si no podía ser guapa, ni una buena espía, por lo menos iba a ser escritora. Entonces cogía mi libreta de gusanillo, me refugiaba de morros en mi cuarto y me ponía a escribir historias heroicas sobre los indios y vaqueros de las praderas, las hechiceras celtas o los cazadores de ballenas, mientras Bea iba alejándose cada vez más de mí, junto con Olivia, Julián Barbero, Guillermo de la Devesa, Quique Santalices y otros chicos mayores del instituto. Las hermanas se alejan, los ríos de Heráclito cambian su curso, los aliados se convierten en enemigos. Estallan las guerras.

Durante la batalla de Inglaterra, el suelo británico estaba plagado de agentes

nazis. Todo Londres estaba empapelado con carteles que advertían del peligro de dar información al enemigo.

Se alertaba a la gente para que estuviera atenta ante cualquiera que se comportara de un modo sospechoso haciendo demasiadas preguntas. La *neighbourhood watch*, o vigilancia vecinal, se convirtió en una piedra angular de la defensa que algunas personas como la señora Bartholomew llevaban hasta sus últimas consecuencias incluso en tiempos de paz. Su curiosidad obsesiva la impulsaba con frecuencia a apostarse tras los visillos de la planta baja a ver lo que se cocía al otro lado del patio. Una costumbre de guerra.

Hay que entenderlo. Toda aquella propaganda sobre el peligro de dar información al enemigo acaba haciendo mella en el carácter de cualquier ancianita insomne. En uno de los carteles que tenía sobre mi mesa de trabajo se veía una viñeta con dos mujeres de cierta edad conversando inocentemente sobre sus achaques en el autobús.

«Desde hace unos días tengo un dolor en la rodilla que me está matando», decía una.

«Deberías visitar al doctor Evans —contestaba la otra—. Mi amiga Nancy trabaja con él como enfermera en St. John's Wood y dice que es una eminencia. No te lo había dicho, pero llamaron a filas a su hijo la semana pasada. Pobres, están muy preocupados porque lo han destinado a la base de Dover, en la costa».

Con eso era suficiente para poner en peligro una operación militar con miles de vidas en juego. En Dover se había emplazado una línea de baterías antiaéreas, y a esa localidad se habían trasladado los globos de barrera desde Londres. «Cierra el pico —rezaban los carteles—. Cuidado con lo que dices. El enemigo acecha. Keep mum! Beware of Spies!».

En Bletchley Park nadie tenía permitido hablar de lo que hacía. Los que trabajaban en un pabellón no sabían lo que se hacía en otro. Pero las palabras se van deslizando sin que apenas uno se dé cuenta, y más aún entre marido y mujer. Emily Jane Parker tenía una voz grave, según había dicho Whelan, sin rastro de su antiguo acento rural. Una de esas voces moduladas y seductoras de locutora de radio.

Eché un vistazo a la pila de folios rojos que tenía sobre la mesa. Luego bajé del corcho el esquema que me había hecho con forma de árbol genealógico. En la segunda rama a la izquierda estaba escrito el nombre de Alan Pearson, con los datos personales que figuraban en la Wikipedia: matemático inglés, especialista en lógica aplicada, que ideó el método de la tabla o matriz para determinar la autenticidad de los aciertos de probabilidad. Cogí un rotulador y tracé un círculo a su alrededor.

—Alan Pearson —dije en voz alta—, creo que me gustaría conocerte un poco mejor.

A algunos les parecerá raro que mantuviera este diálogo de ultratumba con un tipo que, además de estar enterrado en el cementerio de ingleses ilustres, tendía a

expresarse con logaritmos. A mi profesor de matemáticas seguramente se le habrían abierto los ojos como platos. A mí me asombraba ver amanecer cada día; hablar con los muertos me parecía la cosa más normal del mundo.

Capítulo VIII

En uno de los relatos que Emily Parker escribió para la BBC, recopilados más tarde en *Historias del Blitz*, cuenta la historia de una joven enfermera que una noche en el hospital de Saint Stephen se calzó las botas de un soldado al que una explosión le había segado las piernas de cuajo. Eran unas botas militares que estaban sucias de barro y le venían grandes, pero se sentía bien dentro de ellas. En inglés existe la expresión «ponerse en los zapatos de alguien», *to put oneself in someone's shoes*, para decir que te colocas en su lugar. No había nada más que se pudiera hacer por el muchacho, así que la enfermera empezó a caminar con sus botas por el pasillo larguísimo evitando pisar las juntas de las baldosas, como en el juego de la rayuela. Par. Impar. Los destellos de una luz intermitente reptando fuera en la oscuridad. Cada cual anda como puede.

Durante la guerra funcionaban varios hospitales de campaña en Londres para los soldados que regresaban heridos del frente. Además del Saint Stephen, estaba el de St. Mark, el de Croydon, el Saint Bartholomew, el de Padgett y el viejo hospital de Westminster. También se habilitaron camas en algunas mansiones como Mofford House. La reina consorte cortaba una cinta azul cada vez que se inauguraba una sala nueva y se fotografiaba con los heridos para la portada del *Times*. Cuando el Gobierno aconsejó a los reyes abandonar la capital asediada por las bombas e instalarse a cubierto en un lugar más seguro, la reina Isabel pronunció la famosa frase que resultó ser la cumbre más alta de elocuencia a la que llegó monarquía alguna en la Historia, que se sepa:

«Mis hijas no se irán sin mí, yo no me iré sin mi marido, y mi marido, por supuesto, se quedará en Londres».

Algunos no se explican la popularidad inquebrantable de la Queen Mum entre los londinenses, incluidos algunos republicanos. Ahí tienen la respuesta. Hay frases que valen un trono.

Me preguntaba si existiría algún archivo en el que se conservaran los historiales clínicos de la época del Blitz. El final de la conversación con Whelan seguía palpitando en mi cabeza. Los problemas de salud que al parecer había sufrido la escritora en los últimos años, aquella alusión al hospital de Westminster donde estuvo ingresada, me daban que pensar. Era un elemento raro y discordante dentro del

rompecabezas. Sobre todo, tratándose de una mujer joven y saludable, según había confirmado el mismo profesor, con un historial médico intachable, sin patologías previas ni enfermedades hereditarias, aunque ya se sabe que la tensión de una guerra puede desbaratar la resistencia física de cualquiera.

Hice algunas indagaciones sobre el asunto por internet sin muchas esperanzas. Daba por hecho que gran parte de la documentación había sido pasto de las llamas durante los bombardeos, pero, según pude averiguar, en el Hospital Real de Bethlem en Southwark se había reconstruido un pequeño archivo con restos de documentos, informes e historias clínicas que más tarde pasaron a formar parte de los fondos de la British Medical Association.

Efectivamente, la mayor parte de la documentación de esa etapa se había perdido y casi todo el material clasificado pertenecía a los años siguientes, cuando Londres tuvo que enfrentarse al paisaje después de la batalla. Una perspectiva de calles largas con mujeres solitarias mirando por la ventana y las llamas azules de los calentadores de gas titilando en las corrientes de aire, tal y como lo describía Emily J. Parker en *Quite at Home in the Night*. Esa época era justamente la que a mí me interesaba. Su tiempo de descuento.

El local de la Asociación era un edificio moderno de ladrillo y cristales oscuros. Contaba con varias oficinas, una amplia sala de conferencias donde se realizaban congresos y charlas orientadas a los alumnos de Medicina, una biblioteca, una sala de exposiciones con material fotográfico, y una colección de instrumental médico antiguo compuesta por sierras quirúrgicas, fonendoscopios, martillos, bisturís y otra suerte de artefactos bastante inquietantes, la verdad. El archivo se hallaba en la tercera planta. Había varios pasillos de estanterías metálicas separados de la zona de estudio por un mostrador donde un funcionario tecleaba en su ordenador. Era un tipo de mediana edad, pero desgarrado como un adolescente, con los hombros estrechos y las orejas grandes. Saludé con mi mejor sonrisa de ganarme a los desconocidos.

—Quería consultar los fondos procedentes del Hospital de Westminster —dije mientras mostraba mi flamante carné universitario de investigadora.

Lo cierto es que el hombre no les prestó mucha atención a mis credenciales. Los ingleses no son muy exigentes con la burocracia, al contrario que en otros países continentales como el nuestro, donde por una póliza de menos te pueden fusilar. Los británicos son más de facilitar las cosas. Por no tener, no tienen ni carné de identidad.

—¿Y qué busca en concreto?

—Me interesan los historiales clínicos de los años 40 y 50 —dije como quien pide tulipanes en un jardín botánico.

El tipo se levantó, fue hasta un anaquel y volvió con dos carpetas de anillas, una fina correspondiente a los años 40 y otra bastante más gruesa de los 50.

—Mire —dijo abriendo la primera delante de mí—, aquí tiene el listado de pacientes por orden alfabético. Al lado de cada nombre figura el número de expediente. Si quiere consultar alguno, no tiene más que pedírmelo.

Esas son las cosas que me gustan de la isla. Estoy convencida de que si este país funciona, pese a su peligrosa costumbre de conducir por el lado contrario, es gracias a sus *civil servants*, un ejército de profesionales cabales y escépticos que saben que lo más importante en esta vida no es salvar al mundo, sino solucionar sus problemas concretos. Me senté en una de las mesas, acomodé el flexo y empecé a buscar en la primera carpeta alguna Emily J. Parker que hubiera ingresado en el Hospital de Westminster entre 1945 y 1949. Repasé el listado alfabético siguiendo los nombres, uno a uno, con el dedo para no saltarme ningún renglón. Había varios ingresos con el apellido Parker, que es bastante común. La mayoría eran hombres; sólo figuraban cuatro mujeres, pero sus iniciales no se correspondían con las de Emily J. Parker, ni tampoco la edad, ni el lugar de nacimiento. Probé suerte en la carpeta de los años 50, y el resultado fue igualmente desalentador. Más de veinte Parker, pero ninguna era la que yo buscaba. Suspiré alzando la vista de la carpeta. El funcionario seguía tecleando en el ordenador; tenía un aire eficiente de estudiante aplicado, con la espalda demasiado erguida. Más allá de los ventanales se adivinaba el *skyline* de la City en la mañana invernal. No soplaban buenos vientos para la capital financiera. Desde la caída de Lehman Brothers, muchos imperios estaban en suspensión de pagos. La crisis mundial había empezado a apretar sus fauces e iba escupiendo los huesecitos por todas partes. Miles de familias habían perdido su casa por no poder pagar la hipoteca, y la gente empezaba a mirar hacia las alturas con cara de quemar catedrales. Pero mientras el mundo a mi alrededor era una bomba de relojería a punto de estallar, yo seguía empeñada en perseguir mi propia quimera. Una forma como otra cualquiera de ir capeando el temporal. Permanecí un rato embobada mirando en la distancia aquella geometría afilada de hormigón y cristal en la que se podían distinguir la Torre 42, el Lloyd's building —la mayor catedral de las compañías aseguradoras del mundo—, el rascacielos de oficinas de Canary Wharf y el inconfundible edificio de Norman Foster con forma de pepinillo. Pensé que esa parte de la ciudad no existía al final de la guerra. Tampoco existían los MacDonal'd's ni el Eurostar. Y, como asaltada por un repentino desánimo, sentí que andaba perdida en un mundo del que ya no quedaba ningún rastro.

En ese momento entró una mujer de veintipocos años ataviada con un vistoso sari hindú de color rosa fucsia, una estudiante de medicina probablemente. Se dirigió al mostrador y pidió información sobre un fármaco de nombre impronunciable. El tipo de las orejas grandes le entregó un dossier y la saludó con familiaridad dirigiéndose a ella por su apellido, *miss Jalali*, como si ya la conociera de otras ocasiones. Entonces ella bajó la cabeza y lo corrigió:

—*It's not Jalali anymore. It's Thomson now* —dijo sonriendo con timidez y mostrándole el anillo de recién casada que lucía en el dedo.

Un rayo fulminó mi mente a toda velocidad. Y volví a abrir la primera carpeta. Pero, por Dios, cómo no había caído en la cuenta. Emily J. Parker había escrito prácticamente toda su obra antes de casarse, con su apellido paterno. Pero a partir de

la boda, en la primavera del 46, pasó a adoptar oficialmente el de su marido. No era Parker sino Pearson el nombre que debía buscar en los expedientes. A punto estuve de dar una palmada en la mesa como reproche por mi despiste. Pero ¿qué clase de investigadora estaba hecha?

Efectivamente, allí estaba. Emily Pearson. Nacida en Brighton el 15 de enero de 1923. Estado civil: Casada. N.º de expediente: 797. Primera fecha de ingreso: 22 de febrero de 1948, es decir, apenas dos años después de la boda. Sin embargo, la peor época para su salud fue el año 1950. Tres ingresos en apenas dos meses. Estaba claro que el esfuerzo de su última novela, *The Bridge*, le había pasado factura. Tuvo que ser ingresada de nuevo en 1952 y por última vez en 1954, un año antes de su misteriosa desaparición.

Me acerqué al mostrador con una sonrisa triunfal y pedí su expediente, agradeciendo que la ley de confidencialidad de las historias clínicas no afectara a las personas fallecidas. En esta ocasión, el funcionario tuvo que adentrarse en un pasillo interior y se demoró un buen rato, pero regresó con un cartapacio de color sepia, atado con cordoncillo, que me hizo temblar de emoción. Por fin iba a llegar a la médula ósea de Emily J. Parker.

El primer informe de 1948 era escueto. En él figuraba su ingreso en el hospital el domingo 22 de febrero a las doce del mediodía acompañada por su esposo y aquejada de náuseas, vómitos y dificultad para deglutir. Después de descartar un embarazo, el diagnóstico apuntaba a una posible intoxicación alimentaria como causa de los síntomas. La paciente respondió adecuadamente al tratamiento y fue dada de alta al día siguiente. Los tres informes de 1950 —dos correspondientes al mes de septiembre y otro de mediados de octubre— resultaban más difíciles de interpretar. En ellos se repetía el cuadro de náuseas y vómitos, pero acompañados de dolor intenso en el cuadrante inferior derecho y de fiebre alta de origen desconocido. En la historia clínica se hacía alusión a una sobrecarga de esfuerzo y exceso de trabajo como posible causa del malestar, aunque no se mencionaba su actividad ni, mucho menos, que fuera escritora. En total, permaneció hospitalizada siete días, en el transcurso de los cuales —siempre según el informe— no recibió visitas y estuvo en todo momento acompañada por su esposo. Dos años después volvió a ser ingresada, esta vez con síntomas más preocupantes, como parálisis muscular, pérdida de equilibrio y alteración de la coordinación psicomotora. En 1954, por último, el cuadro clínico se había complicado bastante con desvanecimientos y dificultades respiratorias, llegando a tener episodios puntuales de pérdida de consciencia, por lo que se recomendaba su derivación al hospital Real de Bethlem, más conocido como Bedlam, que en inglés significa «casa de locos».

Cuando acabé de leer, sentí una punzada de alacrán a la altura del diafragma como si mi cuerpo hubiese reaccionado ante algo que mi cerebro no alcanzaba a entender muy bien. Los síntomas podían encajar perfectamente con lo que hoy llamaríamos una crisis de pánico. Me parecía que allí había alguna clase de daño

profundo. Un daño difícil de evaluar. Estamos hablando de una mujer a la que se le torcían las piernas al bajar las escaleras como si faltara un peldaño, que escribía a escondidas, que se lastimaba al respirar como otros se lastiman al cortarse con un cuchillo, a la que se le trababa la lengua. Emily J. Parker no lo había dicho de ese modo, claro. No con esas palabras. Las palabras las pongo yo ahora. Ella era una poeta simbolista a la que había que leer entre líneas. Pero escribió algo parecido. Sus palabras iban mucho más allá de lo que decían, tenían una crispación intimidante. Oía martillazos debajo de su propia casa, por el amor de Dios. ¿Era ese el rastro que dejaba una guerra? ¿O se trataba de otra cosa? Las ideas se me agolpaban en la cabeza.

Al otro lado de los cristales, el Támesis dibujaba una línea de plomo bajo un banco de niebla.

¿Cómo era posible que la mujer pelirroja de belleza deslumbrante cuya fotografía había visto en casa del profesor Whelan, con sus hermosas cejas altas, erguida y dueña de sí misma, se hubiera venido abajo como un castillo de arena en tan poco tiempo? Una mujer que había paseado entre los escombros de edificios en ruinas, que había descifrado secretos de Estado, que había escrito novelas y poemas en medio de terribles bombardeos que costaron la vida a más de treinta mil civiles, que había sobrevivido a los peores ataques alemanes con bombas V1 y V2. Una mujer adiestrada para la guerra, fuerte, de las que cuando atacan los indios sacan el rifle y se apostan en la ventana. Una capitana. Esa clase de mujer no se rinde así como así. Algo muy grave tenía que haberle pasado para vencer su resistencia física o psicológica.

Desde luego que una guerra era algo terrible capaz de demoler las fortalezas más altas. Sin embargo, en su caso, los estragos se habían producido no en el momento de la contienda, sino años después. Y ese era un factor importante para tener en cuenta. Como si le hubiera estallado debajo de los pies un misil de efectos retardados.

Tampoco era algo tan insólito, pensándolo bien. Hay gente en las guerras capaz de aguantar los dolores más extremos en las peores condiciones, sin apenas morfina y con los medicamentos racionados, y después, cuando por fin llega la paz, se vienen abajo ante un simple resfriado. La naturaleza humana es muy complicada.

Me acordé de la historia de Shackleton, el tipo que dirigió la expedición al Polo Sur en 1914. Hay que decir que, junto a los espías y a los indios de las praderas, en el olimpo particular de mi estantería infantil figuraban también los relatos de exploradores. Gente bregada en las grandes distancias y esas cosas. Como recordarán, el barco de Shackleton, el *Endurance*, que significa precisamente «resistencia», quedó aplastado como una nuez entre dos inmensos bloques de hielo. Su historia es muy conocida, una de las mayores hazañas de la historia de la navegación. Los treinta tripulantes de la expedición tuvieron que sobrevivir durante casi dos años en condiciones extremas, saltando de iceberg en iceberg, soportando temperaturas inferiores a cuarenta grados bajo cero, sin provisiones, sin abrigo, sin agua potable en

muchas ocasiones, en la situación más dura que una pueda imaginar, sufriendo enfermedades infecciosas, escorbuto, congelaciones, amputaciones terribles, anemia polar con alucinaciones monstruosas bajo las noches eternas del invierno antártico. Pero lo consiguieron. Lograron sobrevivir. La expedición volvió a casa sin haber perdido ni un solo hombre.

Sin embargo, lo que mucha gente no sabe —y aquí radica precisamente el misterio al que me refería— es que la mayoría de estos héroes, una vez pasado el peligro, cuando fueron puestos a salvo en la otra orilla de la civilización, se vinieron abajo. Tras mantenerse enteros en las circunstancias más adversas, no fueron capaces de soportar el regreso a casa. A los pocos meses empezaron a enfermar, a darse a la bebida, se metieron en peleas de taberna, cedieron al desaliento, perdieron la brújula, tiraron la toalla, y muchos acabaron muriendo como mendigos en las calles de Londres.

¿Le habría pasado algo parecido a Emily Jane Parker al final de la guerra?
¿Habría sufrido el síndrome de Shackleton?

Fuera, un sol muy débil empezaba a arrancar relumbres de color naranja sobre las aristas de acero de la Milla Cuadrada.

El cerebro humano es, en efecto, una pequeña nuez aplastada por la presión de unas tenazas gigantescas. Y, en esa guerra, el cuerpo acaba siendo la zona más vulnerable a los miedos y a las batallas interiores. En realidad, el cuerpo se parece a un gran cuadrilátero de boxeo en el que recibimos los golpes que la mente no puede o no sabe encajar. ¿Entre qué clase de hielos había tenido que debatirse la escritora cuando al fin llegó la paz? Eso aún no lo sabía.

Capítulo IX

Yo de cría no era muy consciente de las batallas interiores en las que andaba metida, pero a los doce años tuve que afrontar mi primer combate serio en el *ring* contra una pleuresía de pronóstico reservado. Me duró seis meses de calendario y dos más de convalecencia. No es que no estuviera acostumbrada. Siempre destacué por tener una mala salud de hierro. De bebé superé con éxito el asma infantil, luego una epidemia de sarampión, más tarde el falso crup —que es una especie de garrote vil que oprime la laringe de algunos críos de entre uno y cuatro años—, y, por último, una cruenta operación en la que nos pasaron a cuchillo a todos los niños de la familia para extirparnos las amígdalas menos a mi hermana Bea, que se salvó porque estaba de excursión en Cabeza de Manzaneda.

Algunas enfermedades te dejan dentro un foso oscuro sin agua, como si estuvieras deshidratada. Una escritora deshidratada se puede desvanecer en el aire si no tiene nada a lo que aferrarse. Emily J. Parker no debía de tenerlo. Sin embargo, había que verla caminando entre edificios en ruinas con el mismo aplomo con el que otras se mueven por la cocina de su casa. Quizá lo único que yo debería hacer para comprenderla era ponerme en sus zapatos, igual que la enfermera del Saint Stephen.

Las enfermeras saben más de la vida que muchos filósofos que van por ahí dando conferencias. Saben, por ejemplo, que cuando no te encuentras demasiado bien, hay que agarrarse a un clavo ardiendo. También saben que muchas veces la gente sale de la enfermedad convertida en otra persona.

Yo eso sí que podía atestiguarlo a pies juntillas, aunque mis primeros recuerdos se remontan a la época en la que aún andaba a gatas. Nadie se cree que lo recuerde, pero vaya si me acuerdo. El falso crup no se olvida así como así. Me envolvían la cabeza en una toalla y me ponían a respirar el vapor de una olla de agua hirviendo con hojas de eucalipto hasta que poco a poco recuperaba el aliento. Si no lo recuperaba, entonces empezaba un auténtico *rally* contra reloj en plena noche en el que mi padre conducía como un loco y mi madre iba sacando un pañuelo blanco por la ventanilla, y así entrábamos en el Hospital Provincial pidiendo auxilio a gritos. Cuando aprendí a atarme los cordones de los zapatos, desaparecieron los ataques de falso crup. No creo que exista una razón científica que relacione los dos hechos, pero nunca se sabe. Además de vestirme sola, en aquella época comenzaba también a interesarme por los

tiranosaurios y los cefalópodos, criaturas desesperadas y melancólicas que pueblan el mundo de los niños cuando empiezan a crecer.

La naturaleza humana tiene esa manera de manifestarse por su cuenta, aunque no seas escritora ni nada por el estilo.

Claro que no todas las enfermedades son iguales. Del sarampión apenas recuerdo nada más que la bombilla roja de mi cuarto recubierta con papel de celofán como el farolillo de un sampán chino. Sin embargo, la operación de amigdalitis fue mucho más divertida. Nos montaron en el piso de abajo una habitación con cuatro camitas que compartía con mis primos Darío, Francisco y Victoria. Por las noches nos contábamos historias de miedo en voz baja de una cama a otra como soldados convalecientes de una guerra perdida. Además, podíamos tomar helados, jugar a las cartas y librar batallas de almohadas. Fueron dos semanas de «ancha es Castilla», como decía mi abuela Lola.

Pero la pleuresía me cogió a traición cuando estaba a punto de remontar el vuelo, en un momento en el que creí que ya me había librado de los médicos para siempre y empezaba a hacer mis propios planes. Recuerdo que la intensidad de la fiebre me subía hasta la estratosfera. Volaba alto. De aquellos delirios regresaba a veces en bicicleta como los niños de E. T., pedaleando por delante de la luna con un chándal con capucha. Se ve que la película de Spielberg me llegó hasta lo más hondo de los pulmones. No sé si Emily Jane Parker sufriría también alucinaciones de ese tipo durante sus accesos de fiebre, pero a juzgar por algunos de sus poemas, se diría que sí.

Oía ruidos: martillazos metálicos debajo de su cama, el chasquido de las llaves en la cerradura, pisadas fuertes subiendo por la escalera, los cristales temblando cuando pasaba el camión escandaloso del carbón por la calle hacia Victoria Station, después nada. Sólo su respiración. ¿De dónde procedía aquella amenaza? ¿Quién era ella por aquel entonces?

Había un libro que podía aportar alguna pista sobre la percepción que la escritora tenía de sí misma en sus últimos tiempos, pero no se había llegado a publicar. Si tuviera que trazar el perfil de Emily J. Parker en esa época, me quedaría con la imagen de otro de sus relatos que siempre se me antojó autobiográfico: una mujer asustada de pie en la cocina de su casa con el bol de la masa para rebozar en las manos y mirando hacia la puerta.

Tal vez se le estuvieran desgastando poco a poco los huesos. Quizá hubiera perdido una parte esencial del agua de su cuerpo o del azúcar de su sangre y no tuviera energía para continuar, igual que los tubos fluorescentes de las casas cuando empiezan a parpadear. No es descartable que hubiera cometido un error imperdonable. Puede que tuviera un miedo mayor del que se tiene a la muerte. Según las estadísticas médicas, el miedo a la muerte sólo ocupa el quinto o sexto lugar entre las mujeres después de la lepra, quedarse embarazada, ser acuchillada o que se te derrame la sal.

Mi profesor de matemáticas solía decir que la verdad no está en las palabras, sino en los números. Nunca entendí muy bien qué quería decir con eso, pero quizá tenía razón. Que se te derrame un poco de sal, según la creencia popular, puede traer meses interminables de mala suerte. No digamos si se te vuelca todo el salero.

No sabemos si Emily Jane Parker era supersticiosa, pero es bastante probable que aquel día de pie en la cocina de su casa creyera que algo muy malo iba a sucederle. Estaba en la cuerda floja.

Vivir en vilo a veces puede tener un lado bueno. Para mí, por ejemplo, la pleuresía tuvo sus ventajas: casi un curso entero sin ir al instituto y sin ver a don Marcial (el del camello y la aguja, para que se sitúen). Pero al segundo mes ya estaba tan aburrida que echaba de menos los triángulos equiláteros, las raíces cuadradas y hasta las mismísimas hipotenusas. El aburrimiento desgasta mucho los huesos. Todo el mundo lo sabe.

Recuerdo perfectamente esa sensación de hastío de la enfermedad, como de haber caído en un hoyo. Estaba en otro lado. Esa percepción la tuve claramente una tarde de primavera en la que empezaban a llegar a mi ventana los primeros mirlos. Yo oía perfectamente a mis primos y a mi hermana jugando al escondite en la calle, abriendo y cerrando la puerta del garaje, timbrando con las bicis, persiguiéndose por la acera de aquí para allá, y supe de pronto que la vida era eso y que yo estaba fuera de ella, en otro lado. Quizá esa misma impresión la tuvo la escritora mientras permanecía de pie en la cocina de su casa. Aparentemente no la acechaba ningún peligro. La atmósfera era plácida y debía de tener un olor dulce a canela y ralladura de limón, no había cuchillos sobre la mesa, la puerta estaba bien cerrada. Y sin embargo...

El horror tiene que ver con las proposiciones adversativas. Sobre todo, si no conocemos el motivo. ¿Cuál fue el momento preciso en el que para ella ya nada volvió a ser como antes?

Yo durante la convalecencia notaba esa aspereza del aire al pasar con mucha dificultad entre la boca y mi garganta. Dejé de comer, dejé de hablar, dejé de protestar. Todo el mundo se alarmó, pero creo que aquellos síntomas eran más psicológicos que físicos. Al menos mi abuelo Francisco, que de silencios sabía un rato, debió de entenderlo así y un día llegó a casa con un gran paquete de libros y, sin mediar palabra, como era su costumbre, me los soltó encima de la cama. Allí estaban *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *Mujercitas*, *La cabaña del tío Tom*, *Capitanes intrépidos*, *Alicia en el país de las maravillas*, *El sabueso de Baskerville*, *La isla del tesoro*... A partir de aquel momento todo cambió. Hice nuevos amigos, más íntimos y leales que algunos de carne y hueso. Duendes de andar por casa que llenaron mi cabeza de historias: Josephine March, Tom Sawyer, el perro Buck, Wendy, Edmundo Dantés, Jane Eyre, el indio Joe, Holmes y Watson, *Milady de Winter*... Todos ellos se instalaron en la habitación encendida hasta altas horas de la madrugada sin que nadie apagara la luz ni sacara a relucir el viejo pleito familiar con la condesa de Fenosa. Esa era otra de las ventajas de estar enferma. Si la cosa era suficientemente grave, tenías

bula para saltarte las leyes a la torera. Así fue como el paisaje de la enfermedad se convirtió de pronto para mí en un paisaje de novela de aventuras.

Tal vez Emily J. Parker hubiera tenido también amigos invisibles de los que te ayudan a cruzar fronteras y todo eso. Al fin y al cabo, era escritora. Estaba cualificada, no como yo.

Cuando en junio acabé de leer todos aquellos libros, el médico dijo que ya estaba curada y podía hacer vida normal. Me levanté de la cama un Sábado Santo con veinte centímetros más, pesando treinta y cuatro kilos, con ojeras de mapache y el pelo corto como una niña de reformatorio. Los pantalones del pijama me llegaban por la pantorrilla.

—¡Dios mío, esta niña sólo tiene piernas! —fue lo primero que dijo mi abuela al verme dar los primeros pasos inseguros por el pasillo.

Mientras tanto, Bea no había tenido ni un simple resfriado, crecía sana y fuerte, con las caderas contorneadas y la melena por la cintura como una reina de corazones, pero sin dejar de ser la mejor hermana del mundo. La primavera de fuera me pareció hostil y áspera, con un viento azul celeste cuyo simple roce me ponía la piel de gallina. Tenía miedo de echarme a volar en el momento menos pensado, igual que Mary Poppins. Las rodillas me dolían del estirón, y bajar un peldaño de la escalera me producía el mismo vértigo que asomarme al precipicio del futuro.

El futuro tenía mucha prisa en aquellas noches atlánticas de principios de los noventa y era un mundo extraño lleno de *piercings*, ángeles exterminadores con cazadora de cuero y roqueros de instituto al que no sabía si llegaría a pertenecer algún día. Entonces las cosas pasaban a mi alrededor y yo apenas miraba desde la puerta. Pero con la enfermedad había aprendido algo que nadie iba a poder quitarme nunca. Uno de esos secretos que una guarda para sí dentro de la caja torácica como el cofre de un tesoro. Acababa de cumplir doce años y estaba de pie en el *ring*.

Capítulo X

A veces no llega una vida entera para descifrar los mensajes que nos alcanzan de niños o en estados de máxima debilidad y que tienen que ver con el peligro de estar vivos. Premoniciones. Enigmas que se encuentran fuera del alcance de nuestra razón, como nuestras vértebras o nuestros dientes o los huesecitos del oído medio, por ejemplo, cuya forma o significado nadie comprende muy bien por sí solos y que necesitan ser colocados cada uno en su lugar para obtener una visión de conjunto. Emily Jane Parker era una de las mejores expertas en ordenar series y desentrañar mensajes cifrados.

Antes de abandonar el edificio de la British Medical Association, me asaltó una especie de iluminación. Una idea punzante, invasiva, empezaba a abrirse camino en mi cabeza como por ciencia infusa. Claro que de momento carecía por completo de base empírica, pero de nada sirve la lógica cuando en el corazón ha anidado un mensaje sagrado.

Cuando llegué a casa, la señora Bartholomew estaba tomándose su habitual chupito de ginebra y viendo en la tele un capítulo de *Downton Abbey*. Me ofreció un pedazo del pastel de manzana que había guardado en el horno sin apartar la vista de la apasionante intriga eduardiana que se cocía en la pantalla. Pero la que a mí me ardía en la cabeza tampoco se quedaba atrás.

Me encaminé hacia la escalera de caracol con Timothy Gordon pegado a mis talones. Al llegar a mi cuarto, me faltó tiempo para encender el portátil y teclear en el programa de correo electrónico la dirección de mi director de tesis, Whelanrob@yahoo.co.uk. Escribí una pregunta simple y concisa: «¿Podríamos hablar sobre la enfermedad que padecía Emily Parker?».

Ya sé que el asunto no tenía demasiado que ver con las aportaciones de la escritora a la literatura inglesa contemporánea, pero en aquel momento sus problemas de salud me parecían mucho más importantes que su dominio de las metáforas.

Luego colgué el anorak en el perchero, dejé las botas en el baño, me puse los calcetines de andar por casa y traté de sosegarme un poco. La idea que se había instalado en mi cerebro tampoco era tan descabellada. A fin de cuentas, el envenenamiento no era una práctica inusual en los servicios de espionaje europeos, especialmente durante la Guerra Fría. Los rusos lo utilizaron con frecuencia hasta

fechas muy recientes, y lo mismo podía decirse de los servicios secretos de los países del Este; es más, estaba constatado que el MI5 y el MI6 británicos también habían recurrido a ese método en alguna ocasión. Existía una sección dentro del MI6, la Special Operations Executive (SOE), que se encargaba de esos pormenores, por decirlo de algún modo. Es verdad que después de la guerra el organismo fue desmantelado, pero John le Carré dice que nada de lo que ha existido llega nunca a eliminarse del todo. Supongo que lo dirá por algo. En el año 42, la SOE había perpetrado el atentado contra el líder nazi Richard Heydrich, el hombre del Tercer Reich en Checoslovaquia y al que muchos consideraban el posible sucesor de Hitler. La operación fue coordinada conjuntamente por los servicios secretos británicos y la resistencia checa, pero a pesar de ello el operativo resultó un poco chapuza. Heydrich fue tiroteado cuando salía sin escolta del castillo de Praga en su Mercedes descapotable, pero no fue alcanzado en ningún punto vital. Un caso flagrante de mala puntería. De hecho, se daba por seguro que sobreviviría, sin embargo, no fue así. Murió. Aunque tardó en hacerlo una semana larga en la que tuvo tiempo suficiente para tomarse su venganza. La muerte le sobrevino con efecto retardado por el veneno que llevaban las balas. Al parecer estaban impregnadas con toxina botulínica. Todos los servicios secretos del mundo utilizaron esta sustancia u otras similares en algún momento.

El caso más legendario es el del escritor y disidente búlgaro Georgi Markov. Curiosamente, escritores y científicos siempre fueron los blancos preferidos por los servicios secretos, no hay más que ver las películas de espías. Markov se exilió en Londres para salvar el pellejo, y allí trabajó como periodista. Las cosas parecían pintar bien para él hasta el 7 de septiembre de 1978. Ese día, mientras caminaba hacia su trabajo en la BBC por el puente de Waterloo, un hombre de aspecto despistado que caminaba en sentido opuesto con un paraguas cerrado en la mano tropezó y chocó con él, rozándole apenas con la punta del paraguas en una pierna. El tipo se disculpó apresuradamente, y Markov siguió su camino sin darle mayor importancia. Un traspies lo tiene cualquiera en una calle resbaladiza. Al día siguiente, sin embargo, tuvo que ingresar de urgencia en el Hospital de Saint James con vómitos, fiebre alta de origen desconocido, pulso acelerado y descoordinación muscular, unos síntomas bastante parecidos a los que presentaba Emily J. Parker. Cuatro días después estaba muerto. Los médicos encontraron en su pantorrilla derecha la marca que le había dejado el paraguas y que era idéntica al pinchazo de una aguja hipodérmica. La autopsia demostró que había sido envenenado con ricina, una potente toxina para la que entonces no existía antídoto. Hasta el día de hoy, nadie ha sido acusado oficialmente por aquel asesinato todavía, aunque me parece haber leído hace poco en la prensa que Scotland Yard ha reabierto el caso.

Existen otros venenos todavía más demoledores y difíciles de detectar que la ricina, entre ellos el polonio 210 utilizado por la KGB en el caso del exespía soviético Alexander Litvinenko. Aparte de otras cosas, Litvinenko escribió dos libros, *Blowing*

Up Russia: Terror from Within (Terror desde dentro) y *Lubyanka Criminal Group*, que al presidente Putin no debieron de gustarle demasiado. La noticia es lo bastante reciente para que nadie la haya olvidado. Su imagen de enfermo terminal, con pijama verde, rodeado de monitores dio la vuelta al mundo en los telediarios. Fue en noviembre de 2006. Me acuerdo porque ese día tenía que leer mi proyecto de final de máster. Litvinenko murió veintidós días después de haber ingerido un té radioactivo en la cafetería del Hotel Millennium, en pleno centro de Londres. Otro cuya cabeza había sido servida en bandeja. El caso aún permanece bajo secreto de sumario, como casi todas las cosas que ocurren en la trastienda de la geopolítica. Si a Emily J. Parker la habían envenenado, por algún motivo debieron de hacerlo con una sustancia de efecto muy lento y a lo largo de varios años, a juzgar por su historial clínico.

Fuera, en la tarde, se adensaban el humo y la escarcha junto a un solitario contenedor de basura. La luz de lavanda que envolvía las chimeneas se expandía en rachas difusas hacia el oeste con tonalidades de verde lima y naranja tropical en los bordes, como en una fotografía sobreexpuesta. A veces encuentro una belleza feroz en las cosas que suceden en los patios traseros.

Eché un vistazo a las tres pilas de folios de colores alineadas sobre mi mesa de trabajo. El montón más voluminoso era el de color rojo, donde había tratado de recopilar toda la información biográfica sobre la escritora. Cuando llegué a la ficha de Alan Pearson, sentí una repentina emoción. Cogí los folios, entre los que había numerosos textos bajados de internet, y comencé a revisarlos pacientemente.

Aquel hombre había estado al cargo de misiones de seguridad nacional en el verano de 1940, cuando los ejércitos de Hitler arrasaban Europa y los soldados británicos huían de Dunkerque como de una ratonera. Había compartido con Emily Jane Parker secretos y riesgos profesionales y había convivido con ella durante casi diez años bajo el mismo techo. Era con toda probabilidad la persona que mejor conocía a la escritora. Juntos habían salvado las vidas de cientos de miles de personas seguramente y quizá habían condenado de forma inevitable la de otros.

Tardé algún tiempo en hacerme una composición de lugar. Algunos artículos me parecieron demasiado herméticos dadas mis limitaciones con el lenguaje de los logaritmos. De más utilidad me resultaron las notas publicadas sobre Pearson por otros profesores eruditos, amigos o enemigos. Intenté recomponer la información contradictoria aportada por sus contemporáneos del mismo modo que una antropóloga forense trataría de ordenar los huesecillos del oído medio para obtener la serie completa. Martillo, yunque, lenticular y estribo.

Según los testimonios, aquel matemático cuyo cerebro albergaba infinitos cálculos de probabilidades, discípulo aventajado de Bertrand Russell, exponente máximo del atomismo lógico, ajedrecista imbatible, miembro de la Royal Scientific Society y caballero de la orden del Imperio británico, había abandonado sus principios matemáticos después de la guerra y se había retirado al patio trasero de su vida familiar como un soldado fuera de combate.

Eso me sorprendió un poco. Según constaba en su hoja de servicios, desde 1945 Alan Pearson cobraba una pensión de la Oficina de Guerra. Tal vez me movieran los prejuicios al considerar que un científico de raza no podía jubilarse como otro profesional cualquiera. Un dentista o un sastre, por ejemplo. Probablemente tenía sobrevalorados a los hombres de ciencia, sobre todo a los matemáticos. Desde octavo de EGB sentía hacia ellos un respeto enorme y directamente proporcional a mis problemas con las ecuaciones. Dentro de mi visión romántica no encajaba que un genio de la aritmética regresara a la vida civil y se dedicase a cultivar guisantes en el jardín de su casa como cualquier hijo de vecino.

Sin embargo, eso fue exactamente lo que hizo Alan Pearson a partir del armisticio. Varias versiones confirmaban que en esa etapa había rechazado unas cuantas invitaciones de universidades nacionales y extranjeras para dar conferencias con el argumento incuestionable de cuidar de su esposa. A pesar de todo, parece que siguió conservando algunas de sus viejas costumbres: continuó jugando al ajedrez, largas partidas contra sí mismo, colaboró esporádicamente con el *Times* en la sección de crucigramas, nunca se apeó el lápiz de la oreja, no cesó de buscar distracciones de profundidad en fórmulas interminables que llevaba cosidas al interior del forro de la gabardina. Y vio destruirse a la mujer que amaba.

Yo sabía que la clave de la semiótica estaba en los pequeños detalles. La forma en que la gente lee el periódico, atiende el teléfono o elige sus pasatiempos dice mucho más de una persona de lo que cualquiera estaría dispuesto a admitir. Lo pequeño le gana la batalla a lo grande en cualquier biografía. Así que lo único que tenía que hacer era seguir el reguero de las migas de pan del desayuno desde la cocina hasta el interior del bosque, como Pulgarcito.

Cuando Pearson murió en 1965, fue enterrado con honores académicos en el cementerio de Highgate, al norte de Londres. En su epitafio quiso que figuraran los versos que un día había escrito su esposa:

Down the path which we did not take
Towards the door we never opened
Behind the question that we did not ask
Far away, into the rose garden...^[2]

Timothy Gordon soltó un maullido entrecortado. Yo también empezaba a sentir hambre. Bajé a la cocina a por un sándwich. Le puse al gato un poco de leche en su plato y la tragó en tres lengüetazos. Luego dio un salto hasta los pies de la cama y se enroscó en el edredón sin la menor intención de moverse de allí.

Leer algunos poemas ayuda a reflexionar. Fue un momento apenas. Me sentía como un cruce entre Anna Karenina y Suzanne Vega, la cantautora americana. La ventana salpicada de gotas de lluvia, los tejados negros y relucientes, y aquella pequeña luz abierta al ocaso me hicieron pensar en el dispersarse de los pájaros antes de la noche. ¡Qué cosas! Una nunca sabe por qué se le ocurren algunas ideas al

atardecer como una última luz inesperada. Supongo que la melancolía es como una pizarra que hay que llenar como sea. Pensé en llamar a Álex, claro que lo pensé. Pero luego llegué a la conclusión de que tal vez fuera mejor no hacerlo.

Cuando volví la vista a la pantalla del ordenador, me dio la impresión de que había transcurrido una eternidad. Sin embargo, allí estaba la respuesta de Whelan a mi pregunta en forma de mensaje marcado con prioridad alta: «No soy un experto en cuestiones de salud, pero por supuesto que estaré encantado de tratar cualquier asunto que pueda ayudarte en tu investigación. ¿Te parece bien el sábado por la tarde?».

Perfecto, pensé, *saturday evening*.

Capítulo XI

Down the path which we did not take
Towards the door we never opened
Behind the question that we did not ask
Far away, into the rose garden...

Así, como una adivinanza, empezaba el poema *Saturday Evening* con el que Emily J. Parker había ganado en 1939 el concurso convocado por la BBC. Un comienzo críptico o romántico, según se mire. A mí el poema me hacía pensar más bien en esa escena de *Alicia en el país de las maravillas* cuando Alicia empieza a seguir al conejo blanco que siempre llega tarde. Las ilustraciones de los libros infantiles no se olvidan así como así. Todo viene de algún sitio, aunque no sepamos a ciencia cierta de dónde.

Trataba de ensamblar esos cuatro versos con los datos que tenía y me salía una ecuación extraña. Confiaba en que mi director de tesis pudiera ayudarme a despejar algunos interrogantes. Pero abordar a las bravas el tema de la enfermedad de la escritora me producía cierta aprensión, como mentar la soga en casa del ahorcado.

—Yo creo que la tendencia a lo secreto era su manera de entender el oficio —dijo Whelan dando un rodeo, como si adivinara mi azoramiento, mientras inclinaba ligeramente la tetera sobre mi taza.

—¿Qué oficio? —pregunté inocentemente sin pretender resultar irónica—. Quiero decir, ¿cuál de los dos?

Whelan sonrió. Lucía pajarita y un jersey de pico sin mangas que acentuaba su aire profesoral. Aunque no estábamos en el College, sino en su casa. El estudio me pareció más amplio y acogedor que la primera vez, quizá por efecto del rayo de ámbar que envolvía la atmósfera con el primer sol invernal.

—El literario, por supuesto —respondió—. Creí que ese era el objeto de tu trabajo —me miró de soslayo con una leve expresión burlona—, aunque ya veo que no. O no sólo —matizó como queriendo rebajar el tono de fingida reconvención. Y tras el inciso volvió a retomar el hilo por donde lo había dejado—: Lo secreto... Claro que le interesaba lo secreto. No olvides, Rebeca, que un buen escritor se salva antes por lo que calla que por lo que escribe. Los críticos literarios con su pedantería habitual empezaron a denominar esa característica suya como «lo psicológico subyacente» —continuó, e hizo un gesto con las cejas que dejaba entrever que la

opinión que tenía sobre sus colegas del gremio no era muy entusiasta, que digamos—. En realidad, lo que creo es que ella nunca llegó a asumir de verdad su condición de escritora. Escribía a escondidas. Como si llevara una doble vida. No era nada extraño en aquella época, por otra parte. Tener una habitación propia para escribir, como defendía Virginia Woolf, era privilegio de muy pocas escritoras en los años cincuenta. Recuerda que hasta hace nada la mujer no tenía siquiera potestad jurídica para realizar el menor trámite por su cuenta. Para todo dependía del marido.

Cogí al vuelo la última frase para darle a la conversación el giro que me interesaba.

—Pero en este caso el marido de Emily J. Parker era un hombre de ideas avanzadas, según tengo entendido, un científico, un librepensador, ¿no?

—Desde luego —concedió Whelan mientras removía el azúcar con una cucharilla. Se calló un momento y ladeó la cabeza hacia mí, entonces me miró con una mezcla de curiosidad y duda, como si me tanteara o estuviera calibrando el alcance de mi comentario—. Eres demasiado joven —dijo con cierta infelicidad, o eso me pareció, porque se quedó otra vez mudo mirando el viento en las ramas de los árboles del jardín trasero de forma ensimismada, como también solía hacer a veces mi abuelo Francisco. Luego, volviendo a retomar el hilo, añadió—: Pero no olvides, Rebeca, que ni siquiera los hombres más inteligentes dejan nunca de ser hombres.

Una frase rotunda, solemne, para grabar en mármol. Pero poco concluyente, como todas las tautologías.

Fruncí el ceño e intenté escudriñar su rostro a fondo, de un modo tal vez demasiado intrusivo. Transcurrieron unos segundos de tirantez. Creo que debió de sentirse un poco incómodo. Pero yo sólo intentaba saber qué demonios había querido decir con aquello. Esa era exactamente la pregunta que subyacía en mi mirada.

—Bah, no me hagas caso —respondió él inmediatamente quitándoles solemnidad a sus palabras, e hizo un gesto con la mano como si apartara una mosca—. A mi edad uno tiene demasiado tiempo para pensar. Demasiados recuerdos... —sonrió, y se acomodó cuidadosamente el cojín en la espalda, dando por zanjado el comentario.

Pero la mosca continuaba ahí, revoloteando en la luz del atardecer. En algún punto de la conversación se había producido una pequeña grieta, un silencio quizá sin importancia, como cuando recoges una moneda del suelo.

Me armé de valor y le conté lo que había descubierto en el archivo médico, haciendo una descripción bastante pormenorizada de los síntomas más alarmantes que presentaba Emily J. Parker en los últimos años.

Whelan hizo un gesto leve con la cabeza en señal de asentimiento o resignación. De pronto me pareció muy fatigado, se llevó una mano a la frente y se presionó ligeramente las sienes con los dedos como si le doliera.

—No imaginé ni por asomo que llegara a estar tan grave —dijo.

Seguía en la misma postura, inmóvil, como desfallecido, la tez apagada o mate de repente, los rasgos desdibujados. Pensé que sería mejor cambiar de tema por el

momento para disipar la niebla que se le había agolpado en el semblante.

—Profesor, hay una cosa que no acabo de entender por más vueltas que le doy... —dije midiendo bien cada palabra—. Quizá usted pueda ayudarme, al fin y al cabo, trabajó en Bletchley Park y estaba al tanto de todo lo que se hacía allí dentro...

—Bueno, no de todo, ni mucho menos, no me sobrevalores —dijo destapándose el rostro con gesto lento—. Nadie estaba en todo, ni siquiera Churchill. Pero sí conocía algunos detalles, si es a eso a lo que te refieres.

—¿Sabe si Emily Parker llegó a suponer en algún momento una amenaza para alguien de dentro? No sé..., alguien que le pudiera tener inquina por algún motivo, esas cosas pasan tanto en lo personal como en lo político y más, supongo, en una guerra. Con toda Inglaterra plagada de espías nazis, muchos de ellos británicos, nacidos y educados en Gran Bretaña y fanatizados o comprados por el enemigo. Según tengo entendido, en las guerras las traiciones más dañinas y viles se producen entre gente del mismo bando.

—No había tantos espías como se decía —dijo recobrando poco a poco el tono—. Pero sí que es verdad que existía cierta psicosis. Se recelaba de cualquiera. Ten en cuenta que éramos un país que estaba perdiendo una guerra. Se inculcó a la población la ley del silencio, el miedo al vecino. Llegaron a funcionar listas negras. Pero Emily nunca figuró ni por asomo en ninguna de ellas. Qué barbaridad. ¿Qué te ha llevado a pensar semejante cosa?

—No sé... El misterio de su desaparición, los síntomas de su enfermedad, el aislamiento de ella y su marido después de la guerra como si temieran alguna represalia...

Whelan se llevó la mano a la barbilla como el pensador de Rodin y musitó algo. No pronunció ninguna frase inteligible, sólo una especie de ronroneo: «Mmmm». Ese es el sonido amortiguado del pensamiento no verbal en algunas especies superiores y británicas de doctores *honoris causa*. Luego, afortunadamente, tuvo el detalle de traducir aquel sonido a palabras.

—Sí, la verdad es que yo también me he preguntado lo mismo cientos de veces —dijo—. Ahora que lo mencionas, creo recordar que en una ocasión hubo un pequeño malentendido. Nada importante. Aunque quizá para ella sí que tuvo importancia. Algunos en el Parque creyeron que Emily había tenido algo que ver con una filtración relacionada con unos formularios. Un completo disparate, conociéndola. Por supuesto se demostró que era falso. Ni Pearson ni yo dudamos de ella ni por un segundo. Pero algunos la señalaron con el dedo, ya te puedes imaginar cómo era aquel mundo. Los rumores eran moneda corriente y siempre iban acompañados del correspondiente vacío social. Es posible que a Emily le afectara más de lo que pretendía dar a entender, ahora que lo dices. Ella siempre se mostraba por encima de esa clase de cosas, pero supongo que la procesión iba por dentro —dijo mientras se masajeaba el lóbulo de la oreja en un gesto de reflexión—. El aislamiento de Pearson no me extrañó tanto. Cuando la mente de un hombre alcanza

cierto nivel de abstracción, puede llegar a sufrir algún tipo de descompensaciones, por así decirlo. Les pasa a todos los grandes genios. Supongo que es el precio de enfrentarse cara a cara con determinados enigmas...

—¿A qué se refiere?

—Se volvió un poco maniático —dijo mientras tomaba la taza con sus dedos largos y miraba el fondo, como si buscara algún indicio en los posos del té—. Bueno —sonrió—, supongo que lo raro es que no nos volviéramos todos locos. Pearson empezó a desconfiar de todo el mundo. Estaba obsesionado con encriptar los códigos, de modo que sólo él tuviera acceso a las claves. Como si se negara a entrar en un juego donde todo estaba amañado desde el principio. Es lo que conlleva esta clase de trabajos —sentenció Whelan con la convicción de quien sabe bien de lo que habla—. Una vez que descubres el entramado de los andamios que sostienen el edificio, ya no puedes vivir dentro de él. Es como perder la fe. Algo parecido. Otro día si quieres hablamos de él, de cómo buscaba los cálculos precisos, de cómo despejaba las incógnitas que los demás dejaban por imposibles, sin equivocarse nunca, o equivocándose lo menos posible, por milésimas. Ahí están sus libros. Se refugió en ellos como en un laberinto donde nadie, o muy pocos, podía seguirlo.

La idea del laberinto volvió a recordarme los versos de *Saturday Evening* y las ilustraciones del libro del Lewis Carroll, pero no quería interrumpir al profesor, dado el rumbo que había tomado la conversación, así que esperé a que continuara.

—Pearson siempre andaba detrás de algo —dijo haciendo un gesto envolvente con el índice—. A veces pienso que lo que buscaba sólo estaba dentro de su cabeza. Aunque, claro, ahora es muy fácil decir eso. Otro día hablaremos de él si te parece. Pero Emily no era así. Era una muchacha sociable, divertida y, al mismo tiempo, muy perceptiva, sutil, con un sexto sentido, un poco mitómana también. Una vez, me la encontré sentada con un libro como una colegiala en las escaleras de la catedral de San Pablo, donde predicó John Donne, el gran poeta metafísico del siglo XVII —aclaró convenientemente el profesor por si yo no estaba muy puesta en la materia—. Le gustaba hacer esa clase de homenajes a sus autores favoritos. Cuando me vio acercarme, puso cara de pocos amigos. «Bob Whelan, ¡no me digas que has estado siguiéndome!», dijo enarcando una ceja y apuntándome directamente con el dedo, como si se burlara. Se burlaba. —El rostro del profesor resplandeció fugazmente al recordar—. No le gustaba que descubrieran sus pequeños hábitos secretos —añadió—. Pero no vayas a pensar que era una muchacha que vivía sólo para los libros, todo lo contrario. Le encantaba el ajetreo de Londres. Aunque te parezca extraño, la ciudad se mantenía viva a pesar de las circunstancias. Los soldados de permiso flirteaban en las calles, las revistas de moda seguían vendiéndose en los quioscos. Emily tenía buen gusto, «tener clase», se decía entonces. Suena anticuado ahora, ya lo sé. Pero antes sonaba de otra manera. Podías verla admirando unos guantes en un escaparate de Bond Street, haciendo cálculos con el dinero, como cualquier chica de su edad, o subida al autobús de la línea Picadilly mirando por la ventanilla y hablando

animadamente con el primer desconocido que se sentara a su lado. Le gustaba observar lo que pasaba a su alrededor. No era propio de ella encerrarse en casa a cal y canto. Pero quién sabe... Es complicado saber por qué la gente toma determinadas decisiones, quizá aquel incidente del Parque le afectó más de la cuenta y se fue encerrando en su círculo. Cuando uno es joven, no sabe cómo enfrentarse a las murmuraciones. Ella admiraba muchísimo a Pearson. Estaba enamorada. Las personas cambian cuando se enamoran, renuncian a cosas. No sé... El amor verdadero es un enigma que no hay manera de descifrar —dijo sin énfasis, como quien repite un lugar común—. Dejó de relacionarse con la gente del Parque. Bueno, menos con su amiga Brenda Mulligan. A ella sí que siguió viéndola alguna que otra vez, según creo. Pero Emily se borró del mapa. No sé..., sus razones tendría. En una ocasión me la encontré por casualidad en la sección de librería de los almacenes Townsend Brothers. Fue algún tiempo después de la guerra, un año o más quizá. Estaba desmejorada. Le pregunté si estaba enferma. —Whelan hizo un silencio, parecía experimentar una pausa cada vez que tocábamos ese tema, una especie de obstrucción o tropiezo mental—. Ya sé..., ya sé que te interesa mucho el asunto de su salud, Rebeca, pero me temo que no voy a poder ayudarte gran cosa. No soy médico, y aunque lo fuese me temo que tampoco hubiera servido de mucho. —Whelan resopló vagamente, como a su pesar—. Emily tenía la piel muy tirante en los pómulos y un cerco violeta alrededor de los ojos. Aunque seguía siendo muy hermosa. Llevaba una boina de lana de color beis con un ribete de tela escocesa, me acuerdo perfectamente. Dijo que no se encontraba muy bien. Lo dijo mirándose la punta de los zapatos, como si se avergonzara de ello o pidiera disculpas. Luego supe por unos amigos en común que la habían tenido que ingresar en el hospital de Westminster y que Pearson había abandonado su trabajo para cuidarla —dijo con una mirada ausente, y se detuvo otra vez. Por un momento temí que fuera a poner fin a la conversación, pero continuó—: Fue entonces cuando me decidí a consultar su historial médico, como te conté. No creas que fue fácil, el Parque ya no estaba en funcionamiento en aquella época y tuve que recurrir a un amigo de entonces que aún conservaba sus influencias. Pero como ya te dije, al no encontrar nada en los archivos de Bletchley, concluí que se trataba de una indisposición pasajera. Y eso fue todo. Ya no volví a verla.

—¿Y no se interesó más por ella?

Whelan se encogió de hombros como quien se pregunta: ¿para qué?

—Eran amigos, habían trabajado juntos. No sé... ¿No pensó en ir a visitarla al hospital? —De pronto decidí dejarme de contemplaciones, mi tono era inquisitivo. Había pasado al contraataque.

—Estaba casada —contestó bajando un poco la voz.

—Pero uno se preocupa por las personas independientemente de su estado civil —dije con aspereza. Quería provocarlo deliberadamente. Sabía que aquella era mi única baza si de verdad quería sacar algo en claro.

—Ella me pidió por favor que no lo hiciese —dijo el profesor, y dejó caer la mano a plomo sobre el brazo de la butaca en un gesto que me pareció de autojustificación.

—¿Y usted le hizo caso así sin más? —mi tono continuaba siendo acechante, de leve incredulidad, de censura implícita—. ¿La abandonó a su suerte sin ningún motivo?

—¡No! —soltó Whelan reaccionando ahora enérgicamente, como si le hubiera dado un pisotón. Crispó las manos nudosas contra el brazo del sofá. Le vi tensar las mandíbulas, encajar los dientes—. Sin ningún motivo, no —dijo con un tono de voz fuerte y seco—. Había un motivo.

En ese momento se produjo un punto de fractura en la conversación. Me di perfecta cuenta de que estábamos a punto de entrar en terreno sensible. Me quedé quieta y agucé el oído como un perro perdiguero que olfatea una liebre. No dije nada, seguí quieta esperando que el profesor añadiese algo más.

Entonces Whelan levantó la vista y la fijó bien en mí.

—¿Por qué piensas que estás aquí, Rebeca? No irás a decirme que crees en las casualidades, ¿verdad?

—¿Perdón? —fue todo lo que alcancé a balbucear. Estaba completamente descolocada.

Tragué saliva. ¿Qué demonios estaba pasando allí? ¿Me había perdido algo? Era evidente que sí.

Intenté rebobinar a toda velocidad y recordar la primera vez que me había puesto en contacto con el profesor Whelan: mi proyecto para la beca de la Fundación Barrié; aquel empeño que a todo el mundo le parecía una locura; el informe favorable, no obstante, de Ramón Villares, el rector de la Universidad de Santiago; la conversación con él en su despacho; su mirada de satisfacción cuando le entregué el borrador del proyecto. Había sido él quien me había puesto en contacto directo con Whelan... Y, entonces, en algún lugar de mi cabeza algo hizo clic. Aquella sensación de pensamiento fugaz que llevaba acechándome desde nuestro primer encuentro se desveló de pronto ante mí como si los faros de un coche iluminaran la carrerita de una liebre en medio de una carretera nocturna. De pronto tuve el presentimiento de que tal vez el profesor tuviera algo que ver con la aprobación de mi proyecto. Esas cosas ocurren. Las coincidencias no existen, siempre responden a alguna causa, aunque una no tenga la menor idea de los mimbres que emplea el azar para tejer sus redes.

Notaba una especie de aturdimiento. Recuerdo que una vez me ocurrió algo parecido en el patio del recreo durante un partido de voleibol contra los de 3.º A. De pronto algo me deslumbró y no vi venir la pelota. Hay momentos así, en los que el tiempo transita por tus venas a cámara lenta como si alguien le hubiera dado al botón de ralentizar y una se queda con un palmo de narices.

—Tengo ochenta y muchos años, mi querida niña —continuó Whelan—, todavía

estoy en buena forma y no me preocupa la muerte. Tampoco sufro demencia senil. Pero sé que no me sobra el tiempo. Estoy en esa edad en la que uno debe hacer balance, concluir las cosas que ha dejado a medias y reparar en la medida de lo posible las que haya podido hacer mal. —Su voz sonó firme y clara, pero sus ojos a través de los cristales de las gafas tenían una expresión opaca y velada...

—Pero... ¿cómo? ¿Acaso sugiere que esto ha sido idea suya? —conseguí farfullar incrédula cuando al fin pude salir de mi mutismo.

—¡Por el amor de Dios, Rebeca! ¿Por quién me has tomado? No soy tan maquiavélico —dijo—. Hace mucho tiempo que conozco a Ramón Villares. Cuando me comentó que había una estudiante que quería hacer su tesis sobre Emily J. Parker, me di cuenta de que era exactamente lo que había estado esperando desde siempre aun sin saberlo. Y, como es natural, hice lo que estuvo en mi mano para agilizar los trámites. Nada más. —Se calló un momento como para dejar que se aplacaran mis recelos y luego me miró con una mezcla de complacencia y consideración—. Tiene gracia que ninguno de nuestros estudiantes se haya interesado nunca por una autora como ella y que tenga que venir una becaria extranjera a desenterrar nuestros tesoros.

—Tampoco es tan raro —respondí—. Los mejores ensayos sobre Federico García Lorca, nuestro poeta nacional, los han llevado a cabo investigadores extranjeros, anglosajones concretamente —dije pensando en la excelente biografía del autor de *Romancero gitano* escrita por Ian Gibson.

—Sí... Supongo que tienes razón. Se necesita cierta distancia para tener una perspectiva. Por eso supe que tenías que ser tú. He pedido informes académicos, he leído tu proyecto. Es original y riguroso al mismo tiempo, audaz. Distinto. No, no creas que estoy dándote coba. Soy un perro viejo. No suelo equivocarme en mis apuestas.

Me sentía como un insecto raro observado a través de la lupa de un microscopio. Así que había sido investigada. La Universidad había filtrado datos sobre mi expediente y perfil de estudiante. Una parte de mí estaba furiosa y pugnaba por levantarse y salir airadamente de allí, pero la otra se sentía halagada y me obligaba a permanecer atornillada al sofá. No sabía muy bien si seguir enfadada o darle las gracias. Es una cosa que me pasa a menudo con los hombres.

—¿Y por qué no me contó todo esto antes? ¿Por qué ha esperado hasta ahora? —pregunté tratando de mantenerme en mis trece.

—Necesitaba estar seguro de que ibas a continuar tu trabajo, que no ibas a abandonar la investigación.

—¿Qué le hace pensar que no voy a hacerlo?

Whelan se rio con ligera condescendencia.

—Recuerda, Rebeca, que durante muchos años mi trabajo consistió en reclutar a las personas adecuadas para cada misión.

Sin duda Robert Whelan era un contrincante hábil con muchas horas de vuelo, y yo sólo una aprendiz recién salida del cascarón que me las daba de lista y ni siquiera

parecía dueña de mis propias decisiones.

—Vamos, no te enfades, Rebeca. Ahora que ya están las cartas sobre la mesa, voy a enseñarte algo que te gustará.

Se acercó a la librería y sacó una carpeta del estante inferior. No le costó agacharse, pero al incorporarse de nuevo tuvo que apoyarse en una de las baldas y lo hizo con bastante dificultad.

—Mira —dijo sacando un estuche de un sobre precintado con el logotipo de la BBC—. Hace tiempo que estaba esperándolo. Me ha llegado esta misma mañana a través de un viejo amigo periodista, pero he preferido esperar para verlo contigo. —Era increíble de qué manera se le reavivaba la expresión ante cualquier expectativa—. Son las primeras imágenes en color del Blitz de Londres. Inéditas. Una primicia. No te lo esperabas, ¿eh?

—¿Y de dónde ha salido semejante reliquia? —pregunté con retintín. No me iba a engatusar tan fácilmente. Todavía seguía a la defensiva.

—Al parecer la película fue descubierta en un ático que perteneció a un miembro de la división antiaérea británica muerto en 1957. Un tal Peter Abott. Sus descendientes vendieron el inmueble, y entre sus efectos personales apareció esta grabación. Pero lo extraordinario es que, además de las tomas de los bombardeos, están también los desfiles de la Victoria celebrados posteriormente en todos los aniversarios. Por lo visto, al tipo le encantaban las paradas militares. Se dedicó a grabarlos puntualmente como otros filman los cumpleaños de sus nietos. El laboratorio de la BBC ha digitalizado las imágenes y está preparando un montaje para emitirlo en un programa especial este verano coincidiendo con el 70 aniversario del inicio de la Segunda Guerra Mundial. La grabación completa dura unas cuatro horas, pero han conseguido reducirlas a veinticinco minutos para su emisión —dijo sacando cuidadosamente el disco compacto de su funda de plástico—. Esta copia contiene como valor añadido el anexo de los desfiles, que, por supuesto, no aparecerá en la versión definitiva, sino que será catalogado como material de archivo. Lo equivalente a tres o cuatro rollos de película, para que te hagas una idea —remarcó con tono de admiración—. Un documento histórico de inestimable valor.

Por un momento olvidé mis resquemores. Mi cabeza ya estaba completamente bajo el influjo de la secuencia. A veces tiendo a creer que la realidad es un juego desmontable de piezas que nos ofrece la vida y que nuestro cometido es intentar ordenarlo.

—Si dice que el brigadista murió en 1957 —pensé echando mis cálculos en voz alta—, es posible que haya imágenes de Trafalgar Square del 8 de mayo de 1955. Ningún apasionado de los desfiles se hubiera perdido el décimo aniversario de la Victoria.

Whelan sonrió con indisimulado deleite. Una sonrisa que en algún momento debió de ser peligrosa y que a pesar de los años no había perdido un ápice de su carga irónica y de su punto de malicia, atenuado apenas por esa conmiseración cariñosa que

suelen dedicar los maestros a sus discípulos.

—Muy bien, Rebeca, veo que vas atando cabos.

Capítulo XII

Seguramente Emily Jane Parker no era una mujer feliz el 8 de mayo de 1955. Es posible que algo la mordiera por dentro, no sabemos muy bien qué. Quizá no lo sepamos nunca. Muchos pensamientos crudos una mujer se los lleva a la tumba.

Eso al menos es lo que decía siempre mi abuela Lola. Supongo que lo diría por algo. Algunas veces, mientras mi hermana y yo hacíamos los deberes en la mesa de la cocina, ella se ponía a mirar por la ventana de encima del fregadero, y entonces casi podíamos oír el sonido de su mente renqueando como el motor de un coche un día de invierno.

¿Quién puede conocer a fondo el corazón de nadie? No me refiero a los sentimientos, que afloran superficialmente, aunque nos parezcan muy profundos. Me refiero a lo que hay en el fondo de la cueva.

Ni una misma sabe a veces la verdad. Se toman decisiones, se hacen planes, pero muchas cosas suceden sin que nos demos cuenta. Como si una parte de nuestro cerebro no quisiera enterarse, prefiriera no saber.

A lo mejor Emily J. Parker era también una de esas mujeres que dejan correr el agua del grifo mientras miran por la ventana. De una en una van cayendo las tardes en la ciudad mientras los autobuses pasan haciendo ese ruido tan característico al circular por encima de los charcos, las calles hormiguean, las tiendas abren sin grandes dispendios, modestamente, sin alharacas, como corresponde a un ambiente de posguerra. Y en la cueva, ¿qué ocurre en la cueva mientras tanto?

Esa pregunta me obsesionaba. Conforme me acercaba más al personaje, los motivos de mi interés habían ido cambiando. Ya no se trataba sólo de una cuestión de fascinación literaria. Su obra había pasado a un segundo plano. Se trataba de algo mucho más imperioso. Necesitaba entender. Era una cuestión personal, porque nadie, salvo yo, puede saciar el monstruo de mi curiosidad una vez que ese monstruo se despierta. Tenía que saber qué le había sucedido. A ella. A Emily J. Parker. Fuera como fuese.

Por supuesto que era perfectamente consciente de que después de tantos años la cosa no iba a resultar fácil.

Preguntarme por su felicidad era una manera de atravesar la distancia que me separaba de ella. De abordar el misterio de su desaparición.

¿Qué idea de la felicidad podía tener una mujer del siglo pasado? Quizá ser feliz entonces era sólo un concepto matrimonial, un poco vulgar y exagerado, como esos sombreros grandes con plumas de pavo real que llevan las señoras en las carreras de Ascott. ¿Para qué iba a querer una escritora ser feliz pudiendo ser cualquier otra cosa?

Pensaba mucho en eso. Pensaba que hay días en los que a una mujer todo le lastima: el aire azul de una mañana de primavera con algunas nubes, la tranquilidad mullida de una casa acomodada, la inocencia de las cosas, la promiscuidad de esas mismas cosas. Los cajones llenos de camisas bien dobladas, el libro de John Donne sobre la mesita de noche, los martillazos con los que alguien golpea con insistencia un motor en el garaje, las galletitas de nata de su marca favorita servidas como si nada en la bandeja del té, un seto con hortensias azules en el jardín, la botella de leche en la puerta igual que cada mañana. Ante el telón de fondo de esos elementos cotidianos, inocentes, un día una mujer tira del mantel del desayuno y todo salta por los aires. Quizá fuera eso lo que le había sucedido a Emily J. Parker. Ella lo sabía. En el fondo tenía que saberlo. Todo estaba construido sobre el abismo.

Las galletas eran escocesas de la marca Walkers y venían en una cajita forrada con tela de cuadros rojos; John Donne escribió un soneto titulado *The Good-Morrow* (Los buenos días), en el siglo XVII y también fue párroco de la catedral de San Pablo, como muy bien se encargó de explicarme el profesor; el lechero se llamaba Teddy, repartía las botellas en un carrito que llevaba enganchado a la bicicleta y era tartamudo. Esas cosas las había ido yo averiguando por mi cuenta y las tenía apuntadas en mi libretita de bolsillo por si algún día podían servirme de algo. *Just in case*.

Dicen que la única verdad de un escritor está en sus libros. ¿Quién era en realidad Emily J. Parker?

Sabemos que de pequeña le gustaba subirse a los árboles, no era una niña asustadiza. Sabemos que estaba orgullosa de su padre, excombatiente de la Gran Guerra. Pero qué mujer no está orgullosa de su padre y más en una familia con tantas mujeres de armas tomar. Sabemos que tenía tres tías luteranas, lectoras de la Biblia, que llamaban a la ropa interior «esas cosas» y que entre ellas hablaban en verso. Yo sobre eso también podía decir algo. No porque tuviera unas tías luteranas, líbreme Dios, pero ya les he hablado de las capitanas de mi familia.

En la casa de la aldea teníamos una cocina que no era una cocina normal de vitrocerámica ni nada por el estilo, sino una plancha de hierro alimentada con fuego de verdad, como los altos hornos siderúrgicos. La llamábamos «la bilbaína». La frase de mi abuela Lola cuando trajinaba entre los hornillos y se le caía un cucharón al suelo era: «Detente, Abraham». Así, por las buenas. Si volvía a tener otro tropiezo doméstico, porque con la edad y el vapor de los pucheros las cosas tendían a resbalársele de las manos, la jaculatoria continuaba: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Mi hermana Bea y yo convivíamos con aquellos dos señores sin

mayores problemas. Yo creía que el tal Saulo y el tal Abraham eran hombres de la familia, tíos carnales o lejanos que habían emigrado a Brasil en los tiempos del hambre como el resto de la parroquia. Pero un día, Bea, que siempre estaba al tanto de la vida de todo el mundo, me contó en voz baja, como si lo supiera de buena tinta, lo del sacrificio. No es la clase de confidencias que suelen compartir las niñas pequeñas en su cuarto con la luz apagada. Pero nosotras no éramos como las demás. A mí aquella historia de un padre dispuesto a clavarle un cuchillo por la espalda a su hijo para ofrecérselo a un Dios desconocido me puso los pelos de punta. Desde entonces miraba hacia la cocina con aprensión, por si en el momento menos pensado se producía un resplandor y aparecía aquel padre cuchillero al que siempre imaginé con la cara de Jack Nicholson. Vivía con el temor constante a una carnicería. Supongo que Emily J. Parker también habría tenido que lidiar lo suyo con personajes de la misma calaña y encima luteranos. ¡Por Dios!

Pero cada cual se las tiene que apañar con la influencia moral que le ha tocado en suerte. Por lo demás, la infancia de la autora inglesa fue más o menos como la de cualquiera. Sabía los nombres de muchas plantas. Se construyó una cabaña en un árbol donde guardaba sus cuadernos. Tenía una colección de minerales y otra de insectos raros que había heredado de su padre, el héroe de guerra; un día se cayó al río y estuvo a punto de morir de hipotermia, pero se salvó. Era una niña fuerte; su despertar sexual comenzó a los diecisiete años en un nido de espías como Bletchley Park, lleno de tipos que se entendían de tú a tú con el número Pi. La Segunda Guerra Mundial la cogió por sorpresa. Sobrevivió a todos los bombardeos. Pero poco después empezaron los problemas. Síntomas raros. Trastornos médicos que no respondían al tratamiento y que seguían un curso inusual. Persistente. Desconcertante. Analíticas que no acababan de encajar con la historia clínica. Una situación de debilidad que la abocaba a una vigilancia permanente.

Me preguntaba a quién pertenecía la voluntad de una enferma. ¿A ella misma? ¿A los médicos? ¿A sus familiares? Un día esa mujer que no se encontraba bien hizo mutis por el foro y nunca más volvió a dar noticias de su existencia. Y ese, así, fue su final. Sin explicaciones, sin conclusión, sin despedidas. Sin más.

Con la carga de vanidad que suele caracterizar la historia de la literatura, que una escritora fuera capaz de pasar al anonimato de una manera tan radical resultaba cuando menos desconcertante.

Una mujer desaparece del mapa, se quita de en medio o es asesinada. Nadie habla del asunto. Como una nube que tapa el sol, así cae el silencio sobre Londres. No sabe una, en fin, qué pensar.

Tal vez el sentido de la vida de Emily J. Parker quedaría oculto para siempre como el original perdido de su última novela.

«El camino que no tomamos, la puerta que nunca abrimos, la pregunta que no hicimos...».

Aquello empezaba a parecerse cada vez más a darse de bruces contra una pared

de cemento en la oscuridad.

Por eso seguramente estábamos allí el profesor Whelan y yo, en un cuarto oscuro como una cueva. La habitación se hallaba en la planta baja de la vivienda. Las casas antiguas de Bloomsbury suelen tener trasteros interiores bastante amplios con paneles de madera a los que se les puede dar múltiples usos, según la preferencia de sus dueños. Este en concreto parecía acondicionado como sala de proyecciones. Al fondo había desplegada una pantalla enrollable de dos metros por dos frente a un potente cañón de luz colgado del techo y presumiblemente conectado al ordenador portátil que estaba sobre la mesa de cuerpo presente. Whelan se refirió despectivamente a él como «el cacharro»: un Apple G4 de última generación, por lo que pude comprobar, protegido por una carcasa de color granate, con procesador de alta velocidad, provisto de Bluetooth, y con grabador de cedés y devedés incorporado. No soy ninguna entendida en coches de carreras, pero me pareció que aquel «cacharro» podía ser a la informática lo que un Ferrari a un circuito de Fórmula 1.

—Rose, ¿le importaría traernos unos vasos de *whisky*? —pidió amablemente—. Sin ningún puñetero cubito de hielo —añadió con un tono ligeramente impostado como si imitara a un viejo actor de cine: Richard Burton o Joseph Cotten.

La señora Griffin cumplió el encargo al pie de la letra. Había colocado unos cojines de punto sobre los dos butacones orejeros. Se me ocurrió pensar que quizá había tejido ella misma las fundas a ganchillo y que probablemente los habría utilizado alguna vez como respaldo mientras acompañaba al profesor en otras sesiones de proyección, sentado cada uno en un sillón, durante las largas tardes de los inviernos londinenses. No sé por qué pensé eso, la verdad. Tal vez fuera por el gesto cotidiano de ahuecar los almohadones con unas palmadas o por la forma de detenerse un momento en el umbral de la puerta, antes de salir, con acostumbrada familiaridad, como si fuera a decir algo que por alguna razón prefirió callarse. Debía de llevar muchos años al servicio del profesor. Quién sabe lo que rige en las vidas ajenas.

Whelan introdujo el cedé en el portadiscos y accionó el mando a distancia. Al instante la pantalla se llenó de humo.

Al principio no se distinguía bien el fondo, pero poco a poco la imagen fue definiéndose hasta mostrar un autobús de dos pisos circulando entre edificios derruidos y casas en llamas. La nitidez era menor en los rostros, pero en una de las secuencias se podía identificar perfectamente al mismísimo Winston Churchill con un abrigo gris durante una evacuación de heridos. Había un cráter enorme junto al Banco de Inglaterra. Daba la impresión de que el proyectil había reventado dentro de la pantalla y las llamas provocaban una especie de espejismo como en la escena del tren ardiendo en el desierto de la película *Lawrence de Arabia*, que tanto me había fascinado cuando vi la reposición una víspera de Navidad en el cine Capitol.

Los veinticinco minutos de metraje se me pasaron en un suspiro. Ignoraba qué material habían desechado para montarlo, los fotogramas descartados, pero el resultado final me pareció magnífico. Allí estaba en toda su crudeza e intensidad la

campaña aérea emprendida por Hitler contra Londres entre el 7 de octubre de 1940 y el 6 de junio de 1941. Setenta y seis días lloviendo hierro. Cuarenta mil muertos. Un millón de viviendas destruidas.

—Parece increíble, ¿verdad? —Whelan se quedó callado un instante como quien medita—. Tal vez los viejos deberíamos aprender a aceptar el pasado —dijo con cierta melancolía.

Me pareció que hablaba consigo mismo, como hacen con frecuencia las personas mayores cuando transitan por sus recuerdos. Asentí sin saber muy bien qué decir. De repente lo vi cansado, con su *whisky* en la mano, absorto, la mirada se le había ensombrecido. Debían de ser ya cerca de las ocho, una hora más que tardía para una visita si tenemos en cuenta los usos y costumbres británicos.

Me había puesto ya de pie para despedirme, pero el profesor me detuvo con un gesto de la mano.

—Permíteme que te retenga un poco más, Rebeca. Todavía nos falta algo —dijo recuperando su tono jovial sin rastro de fatiga—. ¿No pensarás perderte el décimo aniversario de la Victoria?

Resultaba admirable la capacidad que tenía Whelan para recomponerse a pesar de su edad.

—Por supuesto que no, profesor —dije arrellanándome de nuevo en el sofá sin hacerme de rogar. Sabía que el desfile no iba a aportarnos nada nuevo, pero sentía verdadera curiosidad por palpar el ambiente de aquel 8 de mayo de 1955 en el que la escritora había sido vista por última vez. Un domingo desterrado del infinito, que diría Baudelaire.

Según me había comentado Whelan, la persona responsable del Departamento de Archivo Documental en la BBC era David Bloomberg, un famoso periodista parlamentario que cuando se jubiló pasó a realizar tareas en el Archivo de la cadena de televisión británica. El profesor y él se conocían de los viejos tiempos y se debían suficientes favores como para justificar aquella copia privada.

Desde luego que el tipo de la división antiaérea que había grabado las imágenes no era ningún aficionado, parecía tener sentido de la secuencia y cierto olfato periodístico para captar la atmósfera.

Focos barriendo el cielo nublado a las doce del mediodía. Pequeñas bombillas encendidas en los monumentos principales. En la escalinata de la National Gallery se veía una multitud agitando banderines con la cruz de San Andrés. Las tomas panorámicas del desfile se mezclaban con algunos primeros planos de la muchedumbre que observaba las acrobacias aéreas y las maniobras militares. Una anciana de abrigo negro con una escarapela blanca, roja y azul en la solapa. Una chica de uniforme blanco con una bandeja de caramelos colgada al cuello, un soldado intentando poner en marcha una vieja moto Triumph, una adolescente rubia agitando una bengala, los *bobbies* con silbato y capelina tratando de contener a la gente tras la barrera de las aceras, un panadero con mandil asomado a la entrada de su

establecimiento...

De pronto Whelan detuvo ahí la imagen, se puso de pie y miró hacia la puerta por la que había salido la señora Griffin. Pensé que tal vez quería pedirle algo, las gafas o una chaqueta... La planta baja no estaba tan caldeada como su despacho en el piso superior y se notaba la diferencia de temperatura.

—¿Necesita alguna cosa, profesor? —pregunté solícita.

En la pantalla congelada se podía ver la esquina de Charing Cross llena de gente y el nombre en letras rojas de la pastelería Mulberry fundada en 1925, según rezaba el letrero de la marquesina.

Whelan no respondió. Y fue entonces cuando de pronto me di cuenta de que algo no iba bien. El profesor estaba visiblemente pálido, encogido sobre el costado izquierdo en un violento escorzo, agarrándose el brazo, como si un golpe repentino de viento lo hubiera zarandeado en medio de la calle haciéndole perder el equilibrio.

—¡¡¡Señora Griffin!!! —llamé angustiada mientras intentaba socorrerlo.

No recuerdo con exactitud lo que pasó a continuación. Debieron de transcurrir apenas unos minutos hasta que llegó la ambulancia, pero me parecieron horas. Recuerdo el sonido de la sirena, las potentes rampas de acceso al vehículo por las que el personal sanitario empujó la camilla en la que transportaban a un Robert Whelan sin ningún signo aparente de mantener las constantes vitales.

La noche a partir de ese momento fue transcurriendo a toda velocidad en un plano inclinado contra el filo de la ventanilla, como la superficie negra de una pizarra, mientras la ambulancia se abría paso entre el tráfico. Fuera, la ciudad brillaba salpicada por estallidos intermitentes de color azul cobalto, breves y enigmáticos, igual que esas cosas que se recuerdan repentinamente y luego se dejan caer de nuevo en el olvido. Sentí que el mundo a nuestro alrededor era un delicado mecanismo de relojería. Hasta entonces yo nunca había visto morir a nadie.

No sé por qué me acordé del hombre que arreglaba las varillas rotas de los paraguas cuando yo era niña y que aparecía en bicicleta por un extremo de la calle justo antes de que arreciara el invierno, y recordé también los silencios de mi abuelo Francisco y los pájaros de Álex aterrizando cada uno en un tejado distinto.

SEGUNDA PARTE

Capítulo XIII

No es que Robert Whelan hubiera sido muy metódico como director de tesis, pero me había acostumbrado a él. A pesar de nuestros escasos encuentros, la comunicación por correo electrónico había funcionado desde el primer momento. Su manera un poco hitchcockiana de soltar la información, guardándose siempre una carta en la manga, estimulaba mi imaginación. Le había cogido el tranquillo, por así decirlo. A veces sentía como si el profesor hubiera estado educándome a su manera o preparándome para algo. Tal vez para afrontar las cosas sola. Aunque una nunca acaba de estar preparada para eso, claro.

Ni siquiera había podido ir a visitarlo. Sólo la señora Griffin tenía permitida la entrada en la uvi media hora por las mañanas. Me sentía perdida sin él, un poco estafada en cuanto a las expectativas, como una misionera sin fe.

En mes y medio sólo había logrado reunir un montón de interrogantes sobre la vida de Emily J. Parker que no iban a ninguna parte. No tenía nada concluyente, ninguna tesis novedosa que pudiera apoyarse en hechos o documentos. Mi apuesta había sido desde el principio encontrar en la biografía de la escritora una pieza que permitiera una interpretación del personaje y, por extensión, de toda su obra. Una especie de llave maestra que lo explicara todo. Por descontado, yo suponía que esa pieza tenía que ver con su desaparición. Y ese era precisamente el punto en el que mi trabajo había embarrancado. Estaba en un maldito callejón sin salida. Me pasaba las horas encerrada en aquella buhardilla en la que había llegado a un punto muerto como investigadora, sentada delante del ordenador, obsesionada con preguntas para las que jamás encontraría respuesta y sin tiempo para salir a correr, que es la única manera efectiva de llegar a alguna parte, como todo el mundo sabe.

De niña yo era bastante buena corriendo. El entrenador del equipo de atletismo del colegio decía que me faltaba estilo, pero que tenía zancada. Supongo que era un elogio. Mi forma de llegar a la meta era un poco peculiar, trotando, medio escorada hacia un lado, a trompicones. Bueno, en realidad esa es mi manera de hacerlo todo en la vida. Bea, en cambio, tenía los movimientos armoniosos de una garza real, pero era más lenta. Puestos a correr, mejor correr rápido, creía yo. Pero a veces la meta no es la línea recta perfectamente delimitada de los campeonatos escolares, sino un territorio abrupto, lleno de pendientes en curva y profundos desniveles como fosos

oscuros de aniquilación. Así estaban las cosas.

O sea que me puse el chándal, las zapatillas deportivas y los auriculares del MP3. El ejercicio duro e intensivo siempre contribuye a mejorar mis facultades, me ayuda a pensar mejor y de manera más profunda. Marzo había traído una falsa primavera, y lucía un sol pálido y helado que hacía todo lo posible por despuntar sin grandes resultados. En la calle tuve que esquivar unos cuantos puestos de flores, carritos de bebés, estudiantes en bicicleta y parejas con perro hasta que por fin llegué a la verja de hierro que rodea Kensington Gardens. Los parques son la mejor baza de Londres.

Sentía el mordiente aire frío en los pulmones. Hacía mucho tiempo que no entrenaba. Antes, Álex y yo salíamos a correr todos los sábados por el cementerio de Santo Domingo de Bonaval, con la hierba mojada humeando con el vapor. A veces yo me adelantaba un par de metros, me volvía retadora hacia él, que continuaba sin variar el ritmo con su chubasquero amarillo fosforescente, y me reía de lejos como una medallista olímpica; entonces él me alcanzaba en dos zancadas y me daba una patada en el culo. El esfuerzo físico compartido da mucha energía. Una energía salvaje llena de voluntad y radicalismo como el sexo.

Desde mi llegada a Londres no había tenido noticias tuyas. Ni un correo, ni una llamada. Debía de estar muy cabreado. Durante un tiempo el cuerpo de Álex había sido para mí un refugio de la biosfera. El único lugar seguro, por así decirlo. No es que Álex fuera muy dado a las manifestaciones verbales de afecto, pero creo que su manera de no-decir-las-grandes-frases-de-amor-que-una-siempre-espera-oír era una forma de poner a salvo el sentimiento. De protegerlo, por así decirlo, como si fuera un albatros o cualquier otra especie en extinción. Los ornitólogos ven las cosas a su manera. A mí los pájaros siempre me han parecido una especie insondable, igual que los niños pequeños. Creo que si algún día llegara a tener un hijo con Álex estaría todo el rato temiendo que se fuera a caer del nido. Mi abuela Lola decía que criar un hijo era como tener una sartén siempre al fuego, supongo que lo diría con conocimiento de causa. Otras mujeres tienen un reloj biológico para resolver estas cuestiones, pero el mío debía de estar averiado. No me veía capaz de perpetuar la especie así como así. Esa había sido una de nuestras discusiones recurrentes durante los últimos tiempos. Álex pensaba que yo me fabricaba coartadas para no tomar ninguna decisión al respecto, y yo me consideraba una completa *amateur* en todos los sentidos que podríamos llamar definitivos de la vida más o menos. Nunca me ha gustado hacer planes a largo plazo. Puede que no esté cualificada. Así pasábamos los sábados tumbados sobre la hierba de aquel principio. Teníamos una relación de tira y afloja. Él decía una cosa, y yo le llevaba la contraria todo el tiempo. Era divertido a veces. Creo que hacíamos buena pareja.

En ocasiones echar una carrera ayuda a no discutir. Por los senderos de tierra del parque te encuentras a parejas haciendo deporte a cualquier hora. Correr adiestra el instinto, desarrolla el sentido del ritmo, fortalece la musculatura, ensancha los pulmones, elimina toxinas. Da cierta esperanza.

A veces también sirve para no pensar en otras cosas. Desde que Whelan había sufrido el infarto, me sentía fuera de lugar en Londres. Estaba confundida y con las manos vacías. Mi Oyster card, único salvoconducto para moverme por Londres en transporte público, estaba a punto de agotarse y sólo me quedaban doscientas cincuenta libras para acabar el mes, lo que significaba a corto plazo tener que plantearme alguna fuente de ingresos alternativa si quería seguir adelante.

Dudaba entre un contrato por horas en una academia de idiomas o un trabajo de fin de semana en un restaurante griego de Portobello que estaba un poco mejor pagado. Cualquiera de las dos alternativas era bastante incompatible con intentar escribir una tesis doctoral con un mínimo de posibilidades. Pero qué más daba, no era momento para ponerme a escuchar casetes de autoestima. El profesor seguía ingresado en The Heart Hospital en estado grave. Según los médicos, había sobrevivido de milagro.

Su pronóstico, sin embargo, no era del todo malo. Había superado la fase crítica y eso siempre significaba una buena señal. De momento no se habían producido complicaciones serias, aunque en un hombre de su edad cualquier precaución era poca.

—Hay que esperar a ver qué pasa —me había dicho con prudencia la señora Griffin cuando pasé a verla pocos días después para interesarme por el estado del profesor. En el hospital nadie me decía nada. La leal ama de llaves estaba visiblemente afectada. Sentí el impulso de abrazarla en la puerta, pero un sexto sentido me hizo pensar que tal vez no resultara apropiado hacerlo. Nos quedamos las dos calladas un rato en el porche, sin saber qué decir, hasta que al fin fue ella la que me tomó de un brazo y me hizo pasar a la cocina.

—Una taza de chocolate caliente nos vendrá bien a las dos —dijo con camaradería, como si la situación hubiera disuelto de golpe las barreras formales del trato.

Nos sentamos con las tazas en la mano en el banco de madera de la cocina, bajo la luz de la lámpara, pendientes del susurro de la lluvia en la ventana, como si hubiéramos naufragado en el mismo barco.

—Nadie puede cargar solo con todo el peso —dijo de pronto. Pensé que se refería a la convalecencia de Whelan. Sabía que el profesor no tenía familia. No debía de resultar fácil para ella ocuparse de la casa y las visitas al hospital sin poder delegar en nadie. Iba a ofrecerme para lo que necesitara, pero enseguida me di cuenta de que la señora Griffin estaba hablando de otra cosa—. La muerte siempre está llena de silencios —continuó—. Ha pasado mucho tiempo desde entonces. A veces la muerte rompe no sólo la vida de una persona, sino también la de todos los que la rodean. Yo no sé nada de lo que pasó en la guerra. Lo único que sé es que la desaparición de esa mujer les hundió la vida a todos: a su marido, al profesor y a los demás..., los convirtió en culpables de algo. Los condenó como proscritos. Y no es justo, no, señor. No lo es. Nadie debe cargar con semejante fardo a sus espaldas. Al principio, cuando

el profesor me dijo que una estudiante española estaba escribiendo sobre *Ella* —empleó el pronombre personal evitando deliberadamente pronunciar el nombre de Emily J. Parker—, pensé que sería bueno que una persona joven y extranjera abordara el asunto desde fuera, pero la semana pasada, cuando os encerrasteis a ver ese documental de la guerra, tuve un mal presentimiento —dijo moviendo la cabeza hacia los lados— y, ya ves, acerté.

Me quedé observándola fijamente. Tenía la expresión reconcentrada y las manos cruzadas en el regazo, muy rojas, como si las hubiera tenido mucho tiempo metidas en agua fría.

—¿De verdad cree que las imágenes pueden haber contribuido al infarto?

—Pues claro que lo creo. Los recuerdos retenidos acaban estallando en la cabeza o en el corazón —la señora Griffin se detuvo y bajó la vista. Me daba la impresión de que no sabía muy bien cómo continuar—. Con todo lo que has trabajado, seguro que acabarás conociendo la verdad —sonrió con resignación—, la de aquel domingo y la de antes de aquel domingo y también lo que vino después. Yo, en general, no soy partidaria de saber tanto, si he de decirte lo que pienso. De todos modos, tarde o temprano, siempre acaba una sabiendo más cosas de las que querría saber en la vida. Pero no se trata de lo que yo piense... —La señora Griffin dejó la voz en suspenso, como si quisiera guardarse para ella sus propias reflexiones, pero no lo hizo—. Supongo que una vez que se empieza a tirar del ovillo no queda más remedio que llegar hasta el final... Aunque el nudo te ahorque —concluyó con cierta crudeza. Yo levanté los ojos, y nuestras miradas se cruzaron como pájaros antagónicos—. Oh, vamos, vamos, no me mires así —me reconvino sonriente—. Con los años, una se vuelve algo supersticiosa. Pero no te inquietes. Una cosa es que yo no entienda muy bien qué interés puede tener a estas alturas lo que ocurrió hace tanto tiempo, y otra muy distinta es que no sepa cumplir con mis obligaciones. —Eché un vistazo alrededor. Todo estaba impoluto: el fregadero junto a la ventana, los armarios, la nevera con su respiración silenciosa y una lista de la compra pegada con un imán verde con forma de ranita de cuento, un detalle simpático y un poco incongruente en aquella casa sin niños—. Me paso el día trajinando por la cocina y las habitaciones, haciendo lo que puedo, que no es mucho, porque a estas edades ya es bien poco lo que se puede hacer. Sin embargo, algo es. A veces pienso que tal vez podría hacer un poco más... —Volvió a callarse como barruntando para sus adentros—. Claro que para eso necesitaría tu ayuda —concluyó misteriosamente.

—¿...? —La miré en ascuas. No tenía ni idea de por dónde iba. La señora Griffin carraspeó un poco. Cuando volvió a hablar, su voz era firme y clara.

—No sé si hago bien en contarte esto —dijo—. A lo mejor es meterme en donde no me llaman y tú tendrás que tomar tu propia decisión, pero quiero que sepas que el profesor querría que siguieras adelante con tu tesis. Es un viejo muy cabezota, ya lo conoces. Este asunto significa mucho para él. Más de lo que te imaginas.

—¿Cómo lo sabe? ¿Acaso se lo ha dicho él alguna vez? —pregunté esperanzada.

La señora Griffinladeó la cabeza y alzó las cejas.

—Llevo muchos años a su servicio, desde que se quedó viudo, imagínate... —concedió por toda respuesta sin contestar a mi pregunta—. No es la clase de hombre que deja las cosas en el aire. Lo tiene todo apuntado en un papel que guarda debajo de la carpeta de su mesa de trabajo, junto con la combinación del ordenador —dijo «combinación», como si se tratara de una caja fuerte.

—¿Guarda su contraseña por escrito en su despacho? —pregunté extrañada de que un experto en espionaje como Whelan contraviniera la más elemental de las normas de seguridad. Era como llevar el pin de la tarjeta de crédito en la billetera.

—Bueno, en realidad sólo se trata de un número. Un recibo atrasado de la lavandería del que nadie sospecharía ni por asomo —confesó la señora Griffin bajando la voz, con una mirada cómplice como si estuviera haciéndome partícipe de una travesura infantil, divertidos sus ojos castaños y vivaces—. A cierta edad no se puede fiarlo todo a la memoria —añadió—. Hay cosas que ya no pasan por el embudo —dijo dándose un par de toques en la sien con el índice, y suspiró resignadamente—. No sé si me estoy explicando muy bien, a veces no me entiendo ni yo —prosiguió, aunque cambiando de tono y adoptando una repentina seriedad, meditando ahora cada palabra—. Pero por si no me has entendido, voy a ser muy clara, Rebeca. —Alzó entonces la vista y se fijó bien en mí, con insistencia y asentada penetración, como si esperase una reacción inequívoca—. Estoy pidiéndote que no abandones el barco —dijo. Su voz no sonó solemne, sino franca y ligeramente conmovida—. Puedes quedarte a trabajar en casa si lo deseas. Disponemos de una habitación para invitados. Puedes revisar los archivos las veces que lo necesites. —Se quedó callada un instante. No era una pausa de vacilación, sino de énfasis, como si con ella intentara subrayar algo—. No podemos defraudarle —añadió al cabo de unos segundos mirándome directamente a los ojos. Utilizó la primera persona del plural, «we», como si efectivamente las dos estuviéramos en el mismo barco. La lluvia seguía susurrando levemente contra los cristales. Entonces enderezó la espalda y se alisó un poco la ropa con la mano. En apenas un momento había dejado de ser el ama de llaves para convertirse en la comandante en jefe, como solía llamarla Whelan. Estaba al mando.

Me quedé con la duda de si actuaba por iniciativa propia o seguía instrucciones del profesor, pero daba igual.

—Pierda cuidado, señora Griffin —respondí casi adoptando la postura de firmes, y acto seguido apuré rápidamente el último sorbo de chocolate que quedaba en la taza con determinación y espíritu aventurero.

Claro está que una cosa era decirlo y otra muy distinta hacerlo. La conversación había tenido lugar hacía ya varios días y yo aún no había reunido el valor suficiente para volver al desván de las proyecciones. No sé por qué, pero la idea de regresar a aquella sala me producía un sentimiento absurdo de aprensión o profanación.

Cuando murió mi abuelo Francisco, también tardé algún tiempo en ser capaz de

entrar en su cuarto. Era una habitación pequeña con un armario donde guardaba la caja de herramientas melancólica con la que ajustaba sus cuentas con el tiempo. Dentro olía a tostado, a madera y a tabaco de pipa. Mi abuelo fumaba una marca especial que no era fácil de encontrar en cualquier sitio. Dunhill. Solía ir andando a comprarlo al estanco del pueblo vecino, que era cabecera comarcal y estaba a tres kilómetros. Le gustaba caminar. A veces yo lo acompañaba de la mano mientras me iba contando historias, porque mi abuelo la expresión verbal sólo la ejercía campo a través por decisión propia. Cada curva tenía su propio eco donde daba la vuelta el viento.

A un lado del camino estaba la cuesta del Ángel, donde tenía su casa en ruinas una mujer a la que llamaban la Jabalina, que criaba cerdos salvajes y que no tenía muy buena prensa, que digamos, entre los niños. Aunque nunca es tan fiero el león como lo pintan, como solía decir mi abuelo. Una vez, nos la cruzamos a mitad de camino, y él la saludó quitándose la gorra como si se tratara de la reina de Inglaterra. La monstruosidad de aquella mujer con barba, zuecos de madera y cubierta con un capuchón de paja resaltaba aún más los modales de mi abuelo, que parecía un príncipe de las Highlands. Yo adoraba aquella manera suya de no negarle el saludo a nadie, aunque fuera una asesina de niños. En eso se veía claramente su educación británica.

A aquella mujer que criaba jabalíes le debo yo mi afición a correr, porque mi primera maratón tuvo lugar precisamente en la famosa cuesta del Ángel, que por algo se llamaba así. Cuando mi abuelo empezó a manifestar problemas para caminar y tuvo que ayudarse de un bastón, era yo la que iba a comprarle el tabaco. De niña me gustaba hacer recados según para quien, pero estaba muy sensibilizada contra los peligros del bosque por los cuentos de los hermanos Grimm, especialmente el de Hansel y Gretel. Así que pasaba por la cuesta del Ángel a la velocidad de la luz, decimales arriba, decimales abajo. Cada día batía mis propias marcas, muy atenta a los latidos de mi corazón. Tres kilómetros de ida y tres de vuelta. Hubiera llegado a ser plusmarquista mundial en esa categoría si la pleuresía no hubiese truncado mi prometedor carrera olímpica.

Hay que decir que por mi abuelo Francisco yo habría ido en peregrinación hasta el legendario pico Sacro, con sus oscuras cuevas de dragones, por dos razones principales. Una, porque sabía hacer pajaritas de papel con las hojas de los periódicos atrasados, y dos, porque de niño había recibido el beso especial de un hada, que es el bautismo de fuego de todos los bardos y de algunos relojeros. Para mí era un ser mitológico y silencioso, con todo el pelo blanco, que a veces tocaba la armónica y miraba lejos. *¡Oh, capitán! ¡Mi capitán!...*

Se trataba de una devoción correspondida. También él tenía predilección por mí y la ejercía con mando en plaza cada vez que me encontraba en peligro de extinción después de haber hecho alguna de las mías.

—*Á pequena non se lle berra*^[3] —soltaba en gallego con un trueno de voz. Era

tan insólito oírle hablar que nadie osaba contrariarlo.

Los afectos incondicionales y desproporcionados son los únicos que valen la pena, aunque no los merezcamos. Te encarrilan cuando pierdes el rumbo o estás desorientada. Yo lo estaba desde luego en aquel momento. No sabía qué hacer con mi tesis ni por dónde encauzar los siguientes pasos de la investigación. Cada nuevo descubrimiento sobre Emily J. Parker me generaba el doble de dudas, y cada duda resuelta abría el triple de incógnitas... Por eso me había puesto las zapatillas deportivas y había echado a correr, literalmente, como si la vida fuera una carrera de obstáculos. Lo es, de hecho, casi siempre. Pero están los recuerdos. Y los recuerdos nos salvan. Algunos días aún siento su soplo en la nuca como un viento limpio, una fuerza orgullosa que me empuja hacia delante. Lo sentí aquella mañana mientras corría por un parque de hierba mojada con olores que eran de verdad, no muy lejos del lugar donde él se había criado de niño.

Ya lo dijo alguien: el futuro es a la infancia lo que un aroma es a los labios, o algo así.

No sé si he conseguido convertirme en adulta con un mínimo de garantías. Creo que no. Según mi hermana, aún estoy en la *adolestreinta*. Y tiene razón. No me gusta pensar en el futuro. En el fondo sigo viendo el mundo como lo veía con seis años, en pijama, desde el asiento trasero del coche, cuando la felicidad empezaba al mismo tiempo que las vacaciones de verano, con un trasiego de equipaje y bicicletas plegadas en el maletero mientras fuera de la ventanilla iban pasando los arroyos y los eucaliptos, las montañas, el sol y los caballos salvajes.

Kensington Gardens, de alguna forma, era parte también de ese territorio porque fue ahí precisamente donde empezaron las aventuras de Peter Pan, el niño que nunca quiso crecer.

Su autor, James Matthew Barrie, era un señor bajito y escocés que poseía información de primera mano sobre las hadas y los duendes que vivían en el parque. Tenía un San Bernardo enorme llamado Porthos al que sacaba a pasear por los jardines. Fue así como conoció a la familia Davies. Él paseaba a su perro, y los Davies paseaban a sus niños. Una de las maneras más sólidas de hacer amigos de toda la vida. A los críos les cayó muy simpático aquel señor tan raro que sabía mover las orejas e imitar voces extrañas. El más pequeño, Peter, que todavía iba en carrito, se convirtió en el héroe de la historia de Barrie. Según su teoría —una teoría que comparten algunas personas de la zona de Lugo, concretamente—, los niños antes de nacer son pájaros y durante algún tiempo conservan la capacidad de volar antes de hacerse adultos. La obra teatral *Peter Pan* se estrenó en 1904 y desde entonces se representa en Londres cada Nochebuena sin faltar una sola vez, ni siquiera durante el Blitz. Los beneficios van destinados al Hospital Infantil de Great Ormond Street por expreso deseo de su autor.

Cuando los Davies murieron, el escritor se hizo cargo de los niños, que con el tiempo fueron abandonando el nido de uno en uno a medida que iban creciendo. No

puede decirse que tuvieron demasiada suerte en su vida adulta. Peter quedó inválido por una herida de guerra y acabó de mala manera, Michael pereció ahogado y George murió en una trinchera de la Primera Guerra Mundial antes de cumplir veintidós años. En el bolsillo de su abrigo encontraron una carta de Barrie con noticias de Peter Pan. Más tarde también murió James Matthew Barrie, en el verano de 1937. Al menos se libró de los bombardeos de la Luftwaffe.

Nos queda la estatua de Peter Pan, junto al río Serpentine, cerca de la puerta de Lancaster. La gente tiene la costumbre de pedir un deseo y arrojar un chelín al agua. Hay algo fluorescente en la suerte. Y melancólico. Hasta allí exactamente me habían guiado mis pasos. Así que también yo tiré mi moneda.

Notaba un polvillo de hadas revoloteando por encima de mi cabeza. Tal vez fuera efecto del cansancio. Tomé aliento. Sentía los músculos elásticos, el corazón bombeando fuerte. Un sol imposible se astillaba en miles de arcos iris diminutos sobre la hierba mojada de aquel rincón del parque.

Supongo que era el final de mi recorrido.

Capítulo XIV

Dormí de un tirón hasta bien entrada la mañana. Me despertaron los maullidos de Timothy Gordon en la puerta de la habitación. Me levanté para dejarle entrar y se aposentó en el edredón a sus anchas con los ojos entornados como un filósofo existencial. Yo también me quedé un rato más en la cama. No sabía muy bien qué hacer con mi vida. La gran cuestión era por qué motivo era tan importante para mí acabar el trabajo que había empezado. No lo sabía.

Hay gente que puede permitirse dejar las cosas a medias, renunciar a una beca de la Fundación Barrié y defraudar sus propias expectativas, aunque si eres mujer resulta un poco arriesgado hacerlo. El mundo académico es un territorio casi exclusivamente masculino. Tener un doctorado y la tesis publicada supone la única garantía de ganarse cierto respeto en un mundo de hombres. Sin embargo, no era esa la verdadera razón ni mucho menos. Me traía sin cuidado el mundo académico gobernado por seres enfáticos y depresivos de alma fosilizada y con una insana propensión al sedentarismo. Tampoco creía que fuera una cuestión de cabezonería, como sin duda pensaba mi hermana Bea. Era otra cosa. Una cosa mucho más liviana e inconsistente que probablemente carecía de sentido, pero que a mí me decía algo, como una canción que suena a tropezar siempre en la misma piedra, un avioncito de juguete, una mujer sentada con un libro en las escaleras de Saint Paul, esa clase de cosas...

A las doce ya estaba duchada y había desayunado un café y medio sándwich. Me senté delante del portátil y abrí el correo. Tenía diecisiete mensajes nuevos. La mayoría eran envíos publicitarios. Había dos solicitudes de firmas de change.org para protestar contra los recortes en sanidad. También tenía un aviso de la academia de idiomas desestimando mi solicitud de empleo y un correo de mi hermana Bea preguntándome con retintín si ya había conocido a Martin Amis. Iba a contestarle de malos modos. Pero dudé. Miré hacia la ventana. El cielo estaba despejado y sin relieve, con el rastro blanco de un reactor dibujando un rabo de nube. Finalmente hice algo totalmente contrario a mis principios: teclé en el destinatario la dirección de correo de Álex y escribí un breve texto contándole cómo estaban realmente las cosas. Al final añadí una posdata: «P. D.: Por cierto, no sé si sabes que aquí en Londres está una de las mayores catedrales de la ornitología del mundo, el Museo de Historia Natural de Tring. Un lugar bastante interesante que merece la pena visitar. R.».

Nunca imaginé que pudiera caer tan bajo, pero la carrera por Kensington Gardens había tenido un extraño efecto sobre mi orgullo. No lo digo como excusa, sino como simple observación.

«Tu problema con los hombres es que no sabes guardar las distancias», dice siempre mi hermana, y tiene toda la razón. Claro que es muy fácil decir eso cuando se es rubia natural y se ha representado el papel de Julieta en la obra de final de curso.

Odio el romanticismo rastrero, pero la vida tiene sus momentos. Los dientes de leche vienen, los dientes de leche se van, está el aparato de ortodoncia, el corte de pelo con flequillo, el estirón de los quince, los primeros vaqueros ajustados. Además, siempre llega el momento en que el patito feo pasa a transformarse, si no exactamente en cisne, sí en una *rara avis*, como diría Álex. También suceden cosas que nos cambian por dentro, por supuesto, pero todos acabamos aprendiendo, y yo también aprendí a capear el temporal, naturalmente, y con el tiempo me acostumbré a recorrer el camino con los ideales justos para ir tirando. Perdí la inocencia de los primeros tiempos, por descontado, aprendí a pelear y a defenderme en diferentes terrenos como hacemos todos más o menos en la vida, y entonces llegó el primer año de facultad. Y allí estaba él en primera fila con su bolsa Kodak al hombro. Yo nunca había conocido a nadie que pudiera hablar con tanto conocimiento de causa sobre las águilas reales, el buitre negro o las palomas faisán. Normal que me quedara en bancarrota emocional nada más verlo. Además, ya he explicado que él tenía una voz ronca, ligeramente radiofónica, donde las vocales eran un universo singular y grave que vibraba debajo de cada palabra como las traviesas del ferrocarril. El chico más guapo de la Universidad.

Una al principio siempre intenta actuar por instinto como los animales salvajes. Al poco de conocernos ya hacíamos kilómetros por la sierra del Courel con su cámara Kodak y el trípode en el asiento trasero. Él conducía con gafas de sol, fumaba con la ventanilla abierta y apagaba la colilla en la tapa negra de un rollo antiguo de negativos. Recuerdo el sol salpicando de pintura el parabrisas y el olor agreste del musgo. Álex era capaz de tirarse del coche en marcha si oía un martín pescador, que era un pájaro rarísimo de ver. Los dos teníamos ese gen de tirarnos del coche en marcha a la primera de cambio. Era una manera de mantener el instinto. El amor debería ser siempre eso. Pero tarde o temprano llega el temido momento de las conversaciones serias y los planes a largo plazo que siempre acaban fastidiándolo todo. A veces no puedo resistirme a la tentación de reconstruir el pasado a mi gusto haciendo trampas, ignorando los fosos oscuros de recriminación y los ratos después de una discusión en que nos quedábamos mirando en silencio la larga lista de títulos de crédito en la tele, cada uno rumiando sus ofensas. Cuando era pequeña y jugaba a montar puzzles, solía hacer lo mismo. Escondía las piezas que no era capaz de encajar debajo de la alfombra. Cada cual intenta arreglar las cosas como puede.

Todo esto viene a cuento de hasta dónde soy capaz de llegar cuando me veo atrapada entre mis propias contradicciones. La pantalla del ordenador emitía una luz

agrisada y leve. Total, que le di a enviar y tra-ca-trá. Allá marchó aquel *e-mail* volando hacia su destino como los ríos que van a dar a la mar que es el morir. Una catástrofe como otra cualquiera.

Fue sólo un momento de debilidad del que me repuse en cuanto pude.

A los siete años, lo primero que aprendí en el cursillo de natación que nos dieron en el polideportivo fue que, cuando una toca fondo con el pie, con el mismo impulso debe apañárselas y sacar energía para salir a flote y empezar a nadar de nuevo. Es un principio universal que he tratado de aplicar muchas veces en la vida, aunque no siempre con demasiado éxito, la verdad. Pero cumplí la promesa que le había hecho a la señora Griffin. Volví a Bedford Place. No una vez, sino varias. Durante la semana siguiente acudí casi todas las tardes al desván de proyección. Ella se pasaba la mayor parte del tiempo en el hospital, así que me dio un juego de llaves. Por algo era la comandante en jefe.

Tardé un poco en familiarizarme con el sistema operativo del portátil Mac que tenía Whelan, pero al final conseguí manejarlo más o menos. Repasé la grabación de la BBC con el desfile del décimo aniversario de la Victoria minuto a minuto, sin encontrar nada que desentonara o llamara mi atención. La cámara describía un barrido circular desde las escalinatas de la National Gallery, donde no cabía un alfiler, hasta Trafalgar Square, punto este en el que se detenía en unos niños sentados a horcajadas sobre los leones en la base del monumento a Nelson; luego continuaba en el sentido del desfile hacia Charing Cross. La gente se comportaba como suele comportarse en esa clase de exhibiciones: aplaudiendo, agitando banderines y otras expresiones de orgullo patriótico. La mayoría prestaba más atención a las acrobacias aéreas que al desfile de las tropas de tierra. La RAF era la RAF. Muchos señalaban al cielo poniéndose la mano en la frente como visera. La cámara enfocó varios primeros planos: allí estaban la ancianita de abrigo negro con la escarapela tricolor que era el vivo retrato de la tía Julia en la película *Dublineses* de John Huston, e igual de sorda seguramente; la adolescente rubia de flequillo y raya al medio con un vestido blanco de vuelo como una nube de azúcar; el soldado de la moto averiada clavado a Montgomery Clift; el panadero hindú con delantal; el crío con cara de cangrejo saboreando feliz una ensaimada de nata en brazos de su padre, bajo el toldo de la pastelería Mulberry... Algunos sonreían. Todos parecían divertirse. Nada de particular.

Me preguntaba por qué a la gente le gustan tanto los desfiles. Yo siempre he pensado que el verdadero espectáculo está en el público que asiste a ellos, cada cual con su historia a cuestas. ¿Cuál sería la historia de la tía Julia, por ejemplo, con su abrigo y su sombrerito negro de medio velo? Podía haber sido mecánica durante la guerra o comadrona, tal vez. ¿O la de la pareja que se besaba apasionadamente en segunda fila ajena a todo el jolgorio? ¿Y la del hombre de chaqueta gris con el crío del pastel en brazos? Quizá fuera analista de sistemas o viudo o católico practicante, y mientras lo pensaba de repente noté una pequeña sacudida dentro de mi cabeza. Fue

un destello fugaz como el reflejo de una pulsera dorada cuando atrapa un rayo de sol. Me quedé un poco perpleja, sin darme cuenta de qué era exactamente lo que me había sorprendido. Rebobiné inmediatamente y entonces lo descubrí. Se trataba de una mujer alta que estaba situada apenas unos pasos detrás del niño de la ensaimada. Era la única espectadora que miraba en sentido contrario a los demás, su rostro estaba girado unos veinte grados a la derecha como si esperase ver aparecer a alguien por el otro lado de la calle. A juzgar por su expresión, no se diría que estaba disfrutando con el desfile. Allí había una nota discordante. Paré la imagen y activé el *zoom*. Su rostro reflejaba un semblante demudado o quizá despavorido, la clásica expresión de heroína de película a punto de ser descubierta, con ese gesto de llevarse la mano al cuello como cuando a alguien le falta el aire. Los rasgos no se apreciaban con suficiente nitidez porque al ampliar el tamaño la imagen aparecía granulada y con menos contraste cromático. Pero era ella. Tenía que ser ella. Corrí al piso de arriba a observar la fotografía enmarcada que adornaba el despacho del profesor para comprobarlo. El cabello rojizo, los pómulos altos, las cejas como dos acentos circunflejos. Allí estaba: una amapola en medio del asfalto.

Sin duda aquella era la imagen que había golpeado el corazón de Robert Whelan. ¿Pero qué hacía allí Emily J. Parker? ¿A quién esperaba ver al otro lado de la calle?

Le di de nuevo al *play* y seguí el *travelling* del desfile con la esperanza de que en algún momento la película mostrara un enfoque panorámico que abarcara también los edificios de ladrillo del margen derecho de Charing Cross, y me permitiera encuadrar el ángulo de visión desde la acera de enfrente. Efectivamente, al cabo de unos minutos allí estaba el otro extremo de la calle, una esquina normal y corriente también abarrotada. Sin nada de especial. Casas de ladrillo con las ventanas engalanadas, librerías, carteles de teatro medio ocultos por la multitud. Hasta que, de pronto, entre aquel mar de cabezas como un océano ondulante, emergió inesperadamente un brazo en alto justo en la primera fila del público, detrás de los *bobbies* que trataban de mantener el cordón de seguridad.

Eso era exactamente lo que mi inconsciente había estado buscando sin saberlo. Me pareció que entre el toldo granate de la pastelería Mulberry y aquel brazo levantado había una conexión directa, como si los dos lados de la calle estuvieran unidos por un cable de alta tensión. No era el brazo en alto de un náufrago, desde luego, sino de una mujer joven y más bien corpulenta con gafas, las típicas lentes de los años cincuenta con montura de ojos de gato. Vestía un traje con hombreras y llevaba una pañoleta amarilla atada al cuello.

De repente me sentí ligeramente conmovida. Me hubiera gustado poder compartir aquel hallazgo con alguien. No estaba segura de que fuera un hallazgo importante, tal vez se tratara de una simple coincidencia. Sin embargo, el corazón me latía como una ranita enjaulada.

Durante el camino de vuelta en el río humeante del metro, mi mente iba proyectando distintos fotogramas como posibles hipótesis en el cristal negro de la

ventanilla a la velocidad en la que se iban sucediendo las distintas estaciones. Si estaba en lo cierto, acababa de descubrir la última imagen de Emily J. Parker viva. Eso no era algo totalmente novedoso, puesto que había varios testimonios que la situaban aquel domingo en Charing Cross durante el desfile. Pero era una evidencia. Y las evidencias es lo único de lo que una puede fiarse hoy en día.

Me preguntaba qué podía haber sucedido entre las dos aceras de la calle con más librerías por metro cuadrado de todo Londres. ¿Quién era la mujer del pañuelo amarillo que agitaba la mano insistentemente y qué papel jugaba en aquella historia, en caso de que jugase alguno? Su gesto a primera vista podría interpretarse como un saludo efusivo semejante al que hacen los pasajeros de un gran transatlántico al despedirse desde la cubierta, pero había algo en su expresión... Algo grave y apremiante que hacía pensar más bien en otra cosa.

El primer nombre que me vino a la cabeza fue el de Brenda Mulligan. Whelan la había mencionado en alguna ocasión como la mejor amiga de la escritora. La cuestión era saber cómo tirar de aquel hilo.

La vida está unida por extraños lazos de causalidad absurdos pero interesantes.

Cuando llegué a casa con la cabeza llena de hipótesis indemostrables, me encontré a la señora Bartholomew haciendo las maletas. Entre los rasgos más característicos de mi casera, además de su afición a la ginebra y a la fontanería, estaba su optimismo emprendedor.

—Me voy de vacaciones a Benidorm —me espetó con la cabeza cubierta de rulos sujetos con una redecilla rosa.

La miré con cara de asombro.

—Sexo, drogas y *rock & roll* —se limitó a añadir por toda explicación, guiñándome un ojo como una niña de quince años.

No es muy frecuente entre la gente de su generación tomar decisiones de un día para otro. Pero la señora Bartholomew era todo un ejemplo de cordura y sentido común.

Había sido el invierno más frío en el Reino Unido desde 1956, como ella siempre se encargaba de recordar. No le reprochaba que quisiera calentarse los huesos al sol. Pero su viaje con el club de jubilados The Old Parrot me estaba siendo comunicado con menos de veinticuatro horas de antelación, lo que vulneraba claramente nuestro contrato de arrendamiento. Quedarme de patitas en la calle era lo último que me faltaba precisamente en el momento en que creía que por fin había encontrado un rumbo o algo parecido.

Tomé aire buscando el momento de intercalar una protesta formal mientras ella canturreaba e iba empaquetando piezas de ropa inverosímiles: un pareo azul turquesa, una camisa hawaiana, un kimono estampado con cigüeñas... Pero antes de que me diera tiempo a manifestar la más mínima objeción, aquella cabeza coronada de rulos se volvió hacia mí con toda la majestad de una reina para ofrecerme en contrapartida ahorrarme el alquiler a cambio de cuidar a su mascota durante el tiempo que durasen

sus vacaciones.

Me quedé paralizada por la oferta, la miré sin saber qué decir, como si no estuviera ante la señora Bartholomew de todos los días, sino ante una especie de hada madrina que me hubiera tocado con su varita mágica y hubiera resuelto de un plumazo mis problemas económicos. No podía creer que tanta suerte me cayera del cielo el mismo día. Tal vez fuera el efecto del chelín que tiré al Serpentine. ¡Adoraba el carácter británico!

La vida tiene estas cosas. Lo mismo te echa encima un jarro de agua fría que te regala un billete de lotería premiado.

Así fue como Timothy Gordon y yo nos quedamos solos en Londres con nuestro edredón de plumas de pato y una mesa de caballete llena de folios por escribir. Allí recibimos los primeros rayos de sol con las ventanas abiertas a los tejados y a los olores recientes de la primavera. La hermosa primavera de Notting Hill.

Capítulo XV

No me resultó difícil comprobar que efectivamente se trataba de Brenda Mulligan. Whelan era un profesional de la vieja escuela, pero se había adaptado sorprendentemente bien a los avances informáticos. Su ordenador contaba con un moderno programa de base de datos MySQL, que es el que utilizan las grandes empresas de comunicación y algunas administraciones públicas. Por lo que pude comprobar, su archivo contenía un registro bastante completo de sus colegas de Bletchley Park, al menos de aquellos con los que había mantenido una relación directa o le habían interesado por cualquier otro motivo. Medio centenar de personas apenas. Una especie de *Who's Who* particular.

Cada ficha incluía una fotografía de carné y distintos apartados como estudios, año de reclutamiento, misiones especiales, méritos, publicaciones, empleos desempeñados, etc. También había otro tipo de anotaciones al margen transcritas con siglas y abreviaturas totalmente incomprensibles para mí. Supongo que el profesor se las había ingeniado para escanear aquella información de los Archivos del MI5 antes de retirarse. No debió de resultarle muy difícil, teniendo en cuenta sus habilidades.

Seguí el listado con el puntero por orden alfabético: Aldrich, Barrymore, Bellamy, Carrington, Gibbs, D'Uberville, Farrell, Jenkins, McGraw... Mulligan aparecía en la página 27 del documento. Su ficha era una de las más escuetas, pero la foto identificativa no dejaba lugar a dudas. Pelo rizado, rostro ancho y pecoso, gafas de ojo de gato con montura de pasta. En el apartado «Education» no se mencionaba ninguna Universidad inglesa, sino la Saint Patrick's Nursing School, lo que permitía deducir, además de su formación como enfermera, su procedencia irlandesa y su origen familiar probablemente modesto, ya que las hijas de las clases acomodadas no necesitaban aprender ningún oficio y las pocas que recibían formación lo hacían en los prestigiosos *colleges* femeninos de Oxford y Cambridge, como el Queen's College, donde había estudiado dos años Emily J. Parker, o el St John's. Si las dos mujeres no se conocían de su época de estudiantes, la relación entre ellas debía haberse fraguado sin duda en Bletchley Park. Según el informe, Brenda Mulligan había sido reclutada también en el año 40; «Commisioned Intelligence Corps, November 1940», rezaba la ficha. Sin embargo, ella no pertenecía al grupo de élite. Trabajaba como secretaria en labores de taquigrafía y transcripción, igual que la

mayoría de las mujeres en las oficinas del pueblo. Al parecer también había desempeñado funciones como conductora de ambulancias durante el Blitz. Una chica resuelta de extremidades fuertes. Había unas anotaciones de letras y números al margen que debían de responder a alguna clase de código interno. AI 553. La casilla de méritos y publicaciones estaba en blanco, sin embargo, sí constaba su estado civil: viuda del sargento Lionel Mulligan, fallecido en Dunquerque. También figuraba su empleo como enfermera después de la guerra en varios hospitales públicos que aparecían mencionados por orden cronológico. Cuando reconocí, en la última línea, las iniciales del viejo Hospital de Westminster, mi cuerpo reaccionó como si hubiera recibido un latigazo con un cable de alto voltaje suelto en medio del vendaval. Sin embargo, no hacía ni pizca de viento.

Me acerqué a la ventana. La mañana era apacible, tirando a dulzona, con esa tonalidad gris luminosa que tienen algunos cuadros de los paisajistas holandeses. Todo parecía tocado por una melancolía incomprensible. La ausencia de Whelan, supongo. El profesor se recuperaba lentamente. Su elevado nivel de glucosa en sangre suponía un riesgo añadido a la edad, y los médicos habían optado por mantenerlo monitorizado.

No sé por qué cuando las cosas se complican siempre acabo dirigiéndome a la ventana más próxima en busca de una salida. Es una vieja costumbre de *fogueteira*. A veces funciona. De pequeña, ante cualquier asunto privado e irresoluble de los que suelen atormentar a las niñas a partir de los doce años más o menos, me plantaba ante el cristal de mi cuarto y fruncía el ceño como si en el exterior estuviera sucediendo algo de gran trascendencia que sólo yo atinaba a ver. No ocurría nada, claro.

El cielo se recortaba en un plano rectangular por el filo del muro de hiedra que limitaba el jardín. Pese a las horas que pasaba en el hospital, la señora Griffin se las había apañado para podar las plantas y cortar el césped. Cada cual ejerce la lealtad a su manera. Todo estaba preparado y en perfecto estado de revista para la vuelta de Whelan: un macizo de margaritas, el seto de boj, dos arbustos pequeños con diminutas flores blancas y un banquito de madera con dos cojines de loneta. Me gustan los bancos en los exteriores, siempre he pensado que, si algún día tengo suficiente dinero, me gustaría vivir en una casa con un pequeño huerto trasero y un banco donde poder leer con luz natural y comer galletitas sin que nadie me incordie.

Tomé la fotografía con marco de carey que presidía la mesa del profesor y la observé a la claridad de la ventana. Allí estaban Pearson, Emily y Whelan, jóvenes y sonrientes, agarrados del brazo bajo el resplandor del sol en una mañana de primavera. La guerra debía de estar a punto de terminar. Se notaba una especie de vibración o euforia en el aire: la hierba, la luz, los árboles altos. Me fijé en el semblante de Emily. No había nada en él que permitiera presagiar una catástrofe. Su cuerpo parecía tomar impulso, un poco escorado hacia la derecha como si fuera a echarse a patinar, las aletas de la nariz rosadas y traslúcidas, el brillo de los dientes, el cuello esbelto adornado por un pequeño abalorio de marfil. Una joven promesa que

ya había ganado un premio nacional de poesía y escribía relatos para la radio. Tenía unas clavículas bonitas y unas muñecas realmente minúsculas, como las de una niña de cuatro años. No me había fijado en ese detalle la primera vez que Whelan me mostró la foto. Esa es la clase de cosas que hace diferente a una persona. Los huesos. Algo tan frágil, tan fino, tan aparentemente fácil de romper que cualquiera podría destrozarle un brazo con sólo retorcérselo un poco a la espalda. ¡Crac! Un sonido seco como de leña partida.

Allí estaban los tres caminando al paso: Pearson con una gabardina beis al brazo como las que llevan todos los hombres que salen de casa cerrando de golpe la puerta de la calle y luego regresan cuando menos te lo esperas; Whelan con pinta de jugador de críquet de los que salen en las películas con chaleco de cuello de pico bordeado por una cenefa de rayas y el escudo del Trinity College; y Emily, la chica de la radio. Me pregunté en qué estaría pensando cada uno en el preciso momento en que les tomaron la fotografía. La gente se las promete muy felices mientras posa para un retrato. También me pregunté quién estaría del otro lado de la cámara.

Según los datos del archivo de Whelan, Brenda Mulligan podría estar viva todavía, ya que en su ficha no aparecía la abreviatura RIP (*Rest in Peace*) que sí figuraba en las biografías de Emily J. Parker, de Pearson y de tantos otros. El problema era que, según la fecha de revisión del documento, la última actualización del archivo se había realizado hacía cuatro años. O sea, una eternidad. Además, no tenía la menor idea de por dónde empezar a buscarla. Y, en el mejor de los casos, ni siquiera sabía si estaría en condiciones de mantener una conversación. Sería una mujer muy mayor. Quizá estuviera muerta. En realidad, esa era la hipótesis más probable.

Mis pensamientos eran un remolino sin sentido. Ni siquiera puede decirse que fueran pensamientos propiamente dichos, sino más bien imágenes inducidas por la mezcla de emoción y desánimo que me embargaba. Por una parte, la presencia de Brenda Mulligan y Emily J. Parker en el mismo radio de acción el mismo día de la desaparición de la escritora era una evidencia que permitía abrir nuevos caminos en la investigación. Pero, por otro lado, la imposibilidad material de seguir ese hilo convertía aquel hallazgo en una vía muerta. A efectos prácticos estaba como al principio.

Quizá debería asumir de una vez por todas que me hallaba ante una trama demasiado compleja, con muchos hilos rotos o a punto de romperse. Nada encajaba en su sitio, igual que cuando de niña me ponía un zapato en el pie equivocado. Esa era la sensación que tenía todo el tiempo, la de llevar los zapatos del revés. Recuerdo que en la primera comunión de Bea estrené unas preciosas bailarinas rojas de charol y me pasé toda la ceremonia andando raro, sin que nadie se diera cuenta de que llevaba la del pie derecho en el izquierdo y la del izquierdo en el derecho. Así no había manera de avanzar.

Abandoné la casa del profesor con la cabeza baja y las manos vacías como una

lanzadora de dardos que no da una en el blanco. Me gustara o no, podía decirse que estaba a punto de tirar la toalla, dejar la tesis en el aire y defraudar mis propias expectativas. El mundo académico masculino podía apuntarse un tanto a su favor.

Sin embargo, de regreso a casa en medio del ajeteo de la jornada laboral londinense, con autobuses rojos y cielos grises llenos de grietas, algo iba ganando fuerza dentro de mí con un zumbido nuevo. Durante todo el día estuve dándole vueltas al asunto. Mientras compraba beicon y queso Cheddar en el súper de al lado de casa; mientras le hacía unas carantoñas a Timothy Gordon, que en ausencia de la señora Bartholomew se había instalado en el sofá con la cola enroscada; mientras preparaba un plato de pasta en la cocina con la tele encendida; mientras veía el telediario de la BBC sin atender en absoluto a las noticias; mientras lavaba los cacharros en pijama, que también era mi uniforme de cazar búfalos en los buenos tiempos; mientras bebía un vaso de leche antes de acostarme; mientras permanecía tumbada en la cama desvelada y a oscuras con la cabeza ardiendo igual que en las noches lejanas de la pleuresía, cuando me subía la fiebre y respiraba agitadamente como al final de una carrera contra reloj.

En todo ese tiempo no hice otra cosa que imaginar un posible hilo narrativo que fuera cosiendo puntada a puntada la trama que hasta el momento sólo tenía prendida de alfileres. Pensé en el arqueólogo Schliemann, que a la edad de siete años decidió que iba a descubrir las ruinas de Troya por lealtad a un libro que le había fascinado y que dedicó su vida a hacer realidad aquel sueño. Recordé también unas palabras que le oí a mi abuelo Francisco en una de las escasas ocasiones en las que sentaba cátedra: «Quien no sabe lo que busca, no sabe lo que encuentra». Y, entonces, con la aplastante lucidez del insomnio decidí que Brenda Mulligan tenía que estar viva y que yo iba a encontrarla.

Concebí mentalmente toda la historia de principio a fin, sin tener claro ninguno de los episodios del medio. Me planteé distintas hipótesis, algunas bastante disparatadas, elaboré diversas teorías sobre los puntos más oscuros, organicé los episodios por orden cronológico e imaginé escenas y escenas y escenas, una detrás de otra, tumbada en la oscuridad sin poder refrenarme porque el entusiasmo siempre me hace ir mil pasos por delante de la realidad, aunque lleve los zapatos en el pie equivocado. Cada uno se las apaña como puede con las ilusiones. Empezaba a amanecer cuando conseguí dormirme.

Me desperté pasadas las diez. Salté de la cama descalza y antes de poner la cafetera marqué en el móvil el número de teléfono de la casa de Whelan con tanta impaciencia que me bailaban los dígitos. Nadie respondió. Imaginé que la señora Griffin habría ido al hospital. Volví a llamar a las diez y media y a las once y a las once y media. No conseguí hablar con ella hasta pasado el mediodía. Casi a bocajarro le pregunté si conocía a Brenda Mulligan, o si alguna vez le había oído a Whelan mencionar su nombre.

—Brenda Mulligan... —repitió ella despacio como si estuviera intentando

recordar—. Me temo que no, Rebeca. Desde luego no la conozco. Y te puedo asegurar que nunca estuvo de visita en casa del profesor. ¿Por qué lo preguntas? ¿Has encontrado algo?

Le expliqué brevemente lo que había descubierto, procurando que mi relato no resultara demasiado descabellado. Le hablé de la imagen del video y de los datos que figuraban en el fichero de Whelan. Recreé lo mejor que pude la escena de Charing Cross, sin olvidar ningún detalle del aspecto físico de Brenda Mulligan, su condición de viuda de guerra, los trabajos que había desempeñado con posterioridad y, sobre todo, las incógnitas de su relación con Emily J. Parker.

—¡Ufff! —oí resoplar a la señora Griffin con desánimo al otro lado del teléfono—. Hace más de veinte años que el profesor no mantiene ninguna relación con la gente del Parque.

—Ya... —contesté desangelada mientras sentía en los pies el tacto frío del suelo de la cocina—. Es lo que me imaginaba. Pero Brenda Mulligan es nuestra única baza. Necesitamos dar con ella si queremos llevar el barco a puerto —dije utilizando a conciencia la misma metáfora que ella había empleado en nuestra primera conversación cuando me animó a seguir adelante—. Tengo que dar con ella.

La señora Griffin me hizo repetirle el nombre de nuevo.

—¿Y dices que fue enfermera después de la guerra?

—Sí —respondí vagamente esperanzada—. Trabajé varios años en el Hospital de Westminster.

—El caso es que el nombre no me resulta del todo desconocido. Quizá el profesor lo haya mencionado en alguna ocasión. Pero a saber dónde y cuándo. —Por su respiración me di cuenta de que estaba esforzándose por recordar. Finalmente la oí emitir un chasquido de desaliento—. No, la verdad es que no tengo la menor idea de quién puede ser, Rebeca. No sé cómo podría ayudarte a localizarla. Todas esas personas están fuera de circulación —dijo utilizando una expresión que me chocó—. Los años van borrando a la gente del mapa. *Sand in the wind* —añadió echando mano del viejo proverbio inglés—. Creo que el profesor no guarda muy buen recuerdo, que digamos, de esa época. Supongo que por eso no conserva ninguna amistad de entonces, que yo sepa. A saber dónde estará esa mujer. ¿Has buscado en los hogares para ancianos?

—No —respondí—, pero lo haré, descuide.

Colgué el teléfono descorazonada y pensando para mis adentros que vivir en una residencia de ancianos era como no vivir en ningún sitio. Londres es una de las capitales europeas con la población más envejecida. La lista de asilos debía de rondar el centenar, pensé.

Fui a consultar el listado en internet y me había quedado corta. Había exactamente 357 residencias de ancianos sólo en el área metropolitana. Pero me acordé de Schliemann y no dejé que me venciera el desánimo. El ímpetu arqueológico me duró toda la tarde. El método era sencillo, llamaba al teléfono de

contacto que figuraba en la página web, preguntaba a la operadora por Brenda Mulligan, me contestaban que allí no tenían ninguna residente con ese nombre y pasaba al siguiente número. Después de los veinte primeros intentos fallidos, me di cuenta de que así no llegaría a ninguna parte. Era absolutamente imposible. No podía abordar una búsqueda tan indiscriminada sin un filtro. Necesitaba acotar el campo.

Fue entonces cuando se me ocurrió la posibilidad de que el Gobierno británico tuviera algún tipo de centro de acogida para los excombatientes o las viudas de guerra. Todos los países cuentan con instituciones de ese tipo, y el Reino Unido siempre ha hecho gala de reconocimiento a sus héroes de guerra.

Teclé en el buscador de Google «excombatientes de la Segunda Guerra Mundial uk» y volví a la carga. Después de una hora larga de rastreo, lo único que encontré fue una Asociación de veteranos del Desembarco en Normandía, todos hombres, claro, y dos enlaces de páginas web de servicios sociales con información sobre ayudas económicas y sanitarias. Empezaba a sospechar que mi empecinamiento era más fruto de la desesperación que de ninguna lógica. Me quedé trabajando hasta tarde, intentando poner un poco de orden en mis ideas. Sentía un ligero dolor de cabeza, un pequeño y constante repiqueteo en la sien. Cuando ya estaba a punto de darme por vencida, me llamó la atención una noticia de varios meses atrás sobre el funeral de un veterano de guerra organizado por una fundación sin ánimo de lucro llamada The Royal British Legion, cuya finalidad, al parecer, era asistir, ofrecer acogida y despedir dignamente a los británicos que habían prestado servicio activo en las fuerzas armadas. Pensé que haber trabajado en las oficinas de inteligencia podía considerarse servicio activo con todas las de la ley.

Al día siguiente, después de ducharme y sin rastros de jaqueca, volví a marcar el número de la señora Griffin algo más esperanzada.

—¿La has encontrado? —preguntó ella nada más oír mi voz.

—Está resultando más complicado de lo que pensaba —me excusé, y le hice un breve resumen de mi periplo por la red—. Quería pedirle que volviera a hacer memoria. ¿Seguro que no le suena alguna asociación, club o entidad social a la que pudieran pertenecer los miembros del Parque? No sé..., una especie de mutualidad o compañía de seguros que se ocupara de las últimas voluntades, pompas fúnebres y esas cosas.

—Que yo sepa, el único club al que perteneció el profesor fue al de su equipo de críquet, pero de eso hace muchos años —dijo dubitativa—. De todo hace ya demasiado tiempo, en realidad. Ayer después de tu llamada me puse a rebuscar en los cajones por si encontraba algo que nos diera una pista sobre esa mujer, Brenda Mulligan, una carta, un carné..., pero nada. Papeles viejos que seguramente tú ya habrás visto.

—A veces hay cosas que están tan a la vista que nos pasan desapercibidas —dije pensando en la famosa carta del relato de Edgar Allan Poe. No sé por qué lo dije, la verdad. Pero fue decirlo y sentir un runrún dentro de mi cabeza.

—Tienes razón, Rebeca, pero no recuerdo ninguna asociación de ese tipo — concluyó la señora Griffin—. Lo siento, de verdad...

—No se preocupe —le dije resignada antes de colgar.

Después puse la cafetera en el hornillo, metí dos rebanadas de pan en la tostadora, saqué la mantequilla y la mermelada de la despensa. Hice todo eso mecánicamente. Me tomé el café a sorbos cortos tamborileando con los dedos en el banco de la cocina, como si me faltara un teclado. Y, de pronto, impulsada quizá por el efecto energético de la cafeína, se me ocurrió que quizá había tenido la pieza que buscaba delante de las narices y no me había dado cuenta. De tres zancadas subí las escaleras y volví a la noticia del funeral por el héroe de guerra que ocupaba la pantalla de mi ordenador. Se llamaba Ronnie Owen y había sido sargento de tropa. Pocos datos más había sobre él. Escribí su nombre en el buscador de Google y en la segunda entrada me salió una residencia militar para excombatientes y viudas de guerra donde el sargento había pasado los últimos años de su vida. «¡Great!», me oí murmurar en el silencio de la buhardilla. En aquel momento, con el engañoso pero incontestable optimismo que me invade algunas mañanas raras, tuve la sensación de haber dado con el golpe de suerte que necesitaba. Pensé que si Brenda Mulligan seguía viva, podía encontrarse en esa residencia, no sería nada descabellado, a no ser que se alojara en casa de algún familiar, claro.

Por un momento, presa del síndrome de Schliemann, lo vi todo hecho y anoté la dirección a toda velocidad en mi libretita de bolsillo: Ivy Manor (Sunset Nursing Home). Frogna Ave., Sidcup DA 14 6LF. Bexley Council.

Pero la euforia por el hallazgo no me duró demasiado. Conforme iba dándole vueltas al asunto, me pareció que no podía ser que la realidad encajara tan fácilmente en mis esquemas. La euforia como método de trabajo suele dar pésimos resultados. Y como inevitablemente los batacazos acaban haciendo mella incluso en los espíritus más osados, decidí que lo mejor sería no echar las campanas al vuelo.

Fuera, un sol indeciso iluminaba el patio adornado con macetas de flores recientes. Timothy Gordon se había subido al alféizar de la ventana y miraba la calle moviendo la cola, probablemente había atisbado la presencia en el vecindario de alguna gatita parda. Era un animal joven y con inquietudes. Lo acaricié entre las orejas solidariamente.

Capítulo XVI

Yo también era un animal joven, más o menos. Y con inquietudes.

Lo primero que hice al abrir el portátil y encontrarme repentinamente con un *e-mail* de Álex anunciando su visita después de tres meses de silencio sepulcral fue ir a comprarme un maquillaje a Harrods.

Sabía que debía llamar a la residencia lo antes posible, pero temía que mis esperanzas se vieran defraudadas y decidí posponerlo un poco. No estaba en condiciones emocionales de sufrir un revés justo en aquel momento.

A mí históricamente siempre se me han dado fatal las reconciliaciones. Si no tengo un mínimo de garantías, me angustio. La cosmética no es ninguna garantía, ya lo sabemos, pero ayuda en las plazas difíciles. Te hace sentir un poco como Natalie Portman en *My Blueberry Nights* saboreando ese último trozo de pastel de arándanos que nadie ha pedido. La sexta planta de Harrods es una especie de catedral de los productos de belleza, hay tal surtido de gamas y firmas que resulta difícil saber a qué atenerse. Dudaba entre el tono beis porcelana, un valor seguro, y el luz de luna, que suena a nombre de india apache.

La dependienta del mostrador estaba empeñada en que a mí me iba mucho más el color beis. Así que, por supuesto, me aferré al luz de luna. Más que nada por darle la razón a mi abuela Lola, que siempre decía que yo había nacido con el Espíritu de la Contradicción. Me fastidia mucho la gente que tiene ideas muy claras sobre lo que a una le queda bien o le queda mal, como mi hermana Bea, que domina la combinación de colores, accesorios y complementos como una modelo de pasarela. Uno de sus grandes fracasos como hermana mayor ha sido precisamente el no haber conseguido que me apareara de mi atuendo habitual a base de vaqueros desgastados, camisetas *oversize* y libros viejos en el bolsillo del abrigo. Creo que es la ropa que mejor va con mi estilo indirecto y circunstancial. Para compensar procuro mantener cierto fulgor en el semblante como cuando era una adolescente difícil y orgullosa que aún creía que el amor podía ganar todas las batallas. También compré un *blush* rosa pálido y un brillo de labios con sabor a vainilla, por si acaso. Faltaba todavía una semana para la llegada de Álex. Pero no soy de las que esperan al último momento para armarse ante el adversario.

Doblé en la esquina de Brompton Road y fui paseando hacia el río. Marzo llega

siempre a Londres con mucha actividad alrededor del Támesis por la famosa regata Oxford-Cambridge. La brisa trae un lejano aroma a mar que se va mezclando con el olor a *curry* de los puestos callejeros, el monóxido de carbono de los autobuses y la savia nueva. Una combinación realmente embriagadora. La gente suele celebrar los primeros rayos de sol desabrochándose los abrigos, tomando los parques y comprando flores en el mercado de Notting Hill como en esa película en la que Hugh Grant atraviesa los puestos ambulantes en un *travelling* trucado mientras van pasando las estaciones, como si la vida pudiera cambiar de rumbo si uno la cruza silbando con las manos en los bolsillos y una chaqueta al hombro. A lo mejor sí. Quién sabe. Durante aquellos días me gustaba salir a dar largos paseos a pie. Supongo que estaba tratando de aprender a salvar las distancias.

Desde que había recibido el correo electrónico de Álex me sentía como si estuviera a bordo de un barco que se hubiera escorado repentinamente hacia un lado. Pero no vayan a creer que la llegada de la primavera con sus torbellinos de viento y sus vuelcos sentimentales me hizo olvidar mis obligaciones.

La autodisciplina es para mí una especie de sustituto de la religión. Había apostado toda mi fe, que no era mucha, a Brenda Mulligan no porque fuese mi mejor baza, sino porque era la única.

Pensé que estaba al final de mi camino. Las probabilidades de que la antigua enfermera estuviera viva eran más bien escasas, la previsión de que, en caso de estarlo, se encontrara en la residencia Ivy Manor era todavía más reducida y, de confirmarse esa hipotética conjetura, la alternativa de que accediera a concederme una entrevista así como así era prácticamente imposible. Cuando cuentas con un póquer de ases es muy fácil ganar. Cuando todo está en contra y sólo te queda una mano, tienes que ir a por todas.

Lo hice.

Respiré hondo, crucé los dedos, marqué en el móvil el prefijo de Bexley y a continuación el número de la residencia. La recepcionista tenía una voz aguda que me dio mala espina, pero pregunté por Brenda Mulligan con tanta naturalidad como si se tratara de una tía-abuela.

—¿Es usted un familiar? —quiso saber.

Casi me caigo del susto. Aquella pregunta era una confirmación en toda regla. Estuve a punto de contestarle que sí, pero pensé que con lo mal que se me daba mentir me descubriría antes de que cantara el gallo, como suele decirse. Así que fui con la verdad por delante.

—No. Verá..., llamo de parte de una antigua amiga ya fallecida —le expliqué con un ligero temblor en la voz. Era una verdad relativa, claro. Como todas. La gente suele ser concesiva con la voluntad de los muertos.

—Lo siento —respondió la operadora—. Me temo que no va a poder ponerse.

—Ya... —respondí notando un latido de menos en la garganta. No se me ocurría nada qué alegar, siempre me pasa en los momentos decisivos. Al otro lado de la línea

se oía un sonido arenoso y remoto de interferencias, como cuando hay polvo en la aguja de un viejo tocadiscos.

—¿Sigue usted ahí?

—Sí, sí, sigo aquí —me apresuré a contestar.

—La señora Mulligan se encuentra en terapia de rehabilitación, pero, si lo desea, puede venir a verla el miércoles de cinco a siete de la tarde durante el horario de visita.

Ahora me parece increíble, pero quizá no lo fuera. El secreto de cualquier pequeño triunfo a menudo está en desear las cosas con el corazón y utilizar la cabeza para todo lo demás. En cualquier caso, no tiene mucho sentido tratar de explicar la suerte. El arte de acertar no tiene lógica.

El miércoles al mediodía tomé el tren de la línea Southeastern en la estación de Charing Cross. Un sol indeciso iluminaba los extrarradios de Londres. A través de la ventanilla lamida por la velocidad se iban sucediendo pueblos pequeños de iglesias de ladrillo con torres picudas, gasolineras y granjas de animales. Durante todo el trayecto fui tratando de planificar lo que iba a decirle a Brenda Mulligan. Pensaba en ella y en Emily J. Parker, claro. Pensaba en sus vidas unidas por episodios indudablemente violentos y oscuros. Pensaba en dos muchachas bajando a toda velocidad por las apretadas escaleras del metro de Picadilly un día de Navidad de 1940; pensaba en el hospital de Westminster respirando como un viejo dinosaurio bajo la oscuridad rojiza de un bombardeo de la Luftwaffe; pensaba también en el mismo edificio ya remozado en el que ingresó la escritora con náuseas y vómitos un domingo después de la guerra. Pensaba en dos mujeres vestidas con sus mejores galas, situadas cada una en un extremo opuesto de la calle, dirigiéndose en secreto hacia algún propósito inescrutable que quizá muy pronto iba a conocer. Pensaba en todos los significados posibles de la amistad y la traición. Y pensaba también que de entre todos los secretos que alberga el alma humana siempre hay uno que nos ayuda a entender algo esencial sobre nosotros mismos.

Tomé un café rápido que me despellejó la lengua en una máquina del andén de la estación de Sidcup. El mismo andén donde Mick Jagger y Keith Richards se pusieron de acuerdo para formar una banda que con el tiempo se convertiría en los Rolling Stones. Me gustan las coincidencias inesperadas. Oh, *start me up*, pensé. Luego me fui dando un pequeño paseo a pie, con las manos en los bolsillos, silbando el viejo canto de guerra de los Rolling para darme valor.

Capítulo XVII

El complejo residencial Ivy Manor estaba formado por un pequeño hospital municipal, un centro comercial con un Starbucks, una oficina de correos, algunas tiendas y una magnífica residencia rodeada de jardines. Se trataba de una construcción neogótica cubierta de hiedra en toda la parte oeste de la fachada. Supongo que a eso debía precisamente su nombre: la mansión de las hiedras. Según mis averiguaciones, el edificio había sido construido en el siglo *XVIII* por *sir* Thomas Townsend, vizconde de Kent y antiguo lord del almirantazgo, que a su muerte sin descendencia decidió donarlo con fines benéficos. Probablemente debió de ser uno de aquellos nobles ingleses pioneros de la botánica que cultivan personalmente su propio huerto. La residencia estaba rodeada de varios acres de jardines y un bosque que al parecer constituía una importante reserva de pájaros carpinteros, tendría que acordarme de decírselo a Álex.

Se notaba que era día de visita porque algunos residentes compartían con sus familiares un té al aire libre en unas mesas de madera diseminadas por el césped muy del estilo de las que suele haber en las áreas de descanso de las autopistas. Los demás paseaban o tomaban el sol en las hamacas del porche. El aire era tibio, pero con suficientes residuos del invierno para que todavía resultara fresco.

Me dirigí a la entrada principal por el camino de gravilla. Había un mostrador en el vestíbulo atendido por una mujer alta de cara estrecha y ganchuda que vestía un chándal deportivo. Llevaba una placa identificativa con el nombre de *Mrs. Matthews*. Me miró con curiosidad cuando pregunté por Brenda Mulligan, como si la anciana no acostumbrara a recibir demasiadas visitas.

—Habitación dieciséis —dijo señalando la escalera con un elevador lateral para sillas de ruedas—, pero no creo que se encuentre en su cuarto ahora —aclaró—. Seguramente estará en el jardín. Si lo desea, puede esperar en la salita mientras Lucy la localiza.

A pesar de la chimenea del fondo, el interior del vestíbulo no era tan señorial como la fachada. El ambiente resultaba ligeramente lúgubre, como si le hubieran aplicado demasiadas capas de barniz a lo largo del tiempo. La decoración *mock victorian* incluía una moqueta oscura, un tresillo de cretona y unas pesadas cortinas de color granate que le daban un aire deslucido y un poco asfixiante. El *kitsch* inglés

es el resultado de la pérdida de su antigua grandeza, supongo, por eso resulta tan melancólico. En la pared izquierda había una pecera rectangular con falsos corales y fondos marinos iluminados por un foco verde chillón, de un gusto realmente aterrador. Me senté en el sofá un poco mareada, tratando de encontrar las palabras adecuadas para abordar a Brenda Mulligan. Que la anciana hubiera accedido a recibirme de buenas a primeras me dio cierta tranquilidad. Pero no las tenía todas conmigo.

A los pocos minutos, una chica con un *piercing* en la ceja que lucía el mismo uniforme deportivo que la mujer de recepción se acercó a mí sonriente.

—Si es tan amable de acompañarme, la señora Mulligan la espera en el jardín. Parece contenta de recibirla, aquí cualquier visita es una ocasión para romper la rutina.

La seguí a través del camino de gravilla hacia una de las mesas junto a los árboles del fondo. No podía creer que fuera a encontrarme con la última persona que había hablado con Emily J. Parker.

—Así que quería usted verme —dijo la anciana con un tono no demasiado cordial. Tenía un aspecto distinguido y distante allí sentada en su silla de ruedas, bien peinada, con el cabello plateado y un chal de lana azul medianoche sobre las rodillas.

—Usted no me conoce, pero hace tiempo que intento encontrarla —dije—. Estoy haciendo un estudio sobre la obra de Emily J. Parker. Me gustaría recuperar su memoria y su legado literario, creo que fueron ustedes buenas amigas. El profesor Whelan, mi director de tesis, me ha hablado mucho de usted. —La última frase fue un comentario premeditado para allanar el camino—. Me llamo Rebeca Aldán —añadí sonriente tendiéndole la mano. Sentí su tacto huesudo y frágil como una alita de pollo envuelta en papel de pergamino.

La chica del *piercing* se ofreció a traernos un poco de té. Tenía una manera curiosa de caminar dando saltitos y sin apenas tocar el suelo. Me gusta la gente que transmite ligereza.

—Así que quiere usted reivindicar el recuerdo de Emily. Vaya, vaya..., quién lo iba a decir a estas alturas. Es usted española, ¿verdad? —dijo Brenda Mulligan volviéndose hacia mí. Parecía más una afirmación que una pregunta.

—Sí —asentí.

—¡Qué casualidad! —comentó misteriosamente.

La miré sin comprender. No sabía por qué tendría que ser una casualidad que yo fuera española y no finlandesa, por poner el ejemplo de otra nacionalidad que no me hubiera importado tener. Observé su expresión detenidamente pensando en la mujer corpulenta de extremidades fuertes que debía de haber sido en sus tiempos del fular amarillo. Me fijé en la mejilla que tenía apoyada en una mano con esa palidez fantasmal de las personas de piel muy clara que les hace aflorar venas verdes en la frente y en el interior de las muñecas. Sus gestos eran lentos y disminuidos. Únicamente los ojos conservaban un resto de lo que debió de ser su fulgor juvenil,

vivaces y alegremente malignos.

La muchacha regresó canturreando y depositó la bandeja con un termo y dos tazas sobre la mesa.

—Gracias, Lucy —dijo Brenda Mulligan con una amplia sonrisa. Me dio la impresión de que también a ella debía de caerle bien la chica. A continuación, le hizo una señal con la cabeza para que nos dejara a solas.

—Como le decía, estoy preparando una tesis sobre la escritora —retomé la iniciativa mientras servía el agua humeante en las tazas—. Sé que se conocieron de jóvenes —dije aguardando alguna reacción por su parte. Sólo hubo silencio. Comprendí que por aquel camino no iba a llegar muy lejos. Hundí la bolsita del té varias veces en la taza y armándome de valor fui directa al grano—: Tengo entendido que siguieron viéndose de vez en cuando después de la guerra y que mantuvieron contacto hasta el mismo día de su desaparición. ¿No es así?

Brenda Mulligan vació un sobre de azúcar en su té y empezó a removerlo con mano temblorosa golpeando rítmicamente el costado de la porcelana con la cucharilla en cada vuelta. La vibración me dio una sensación trémula como si algo estuviera a punto de romperse. A continuación, se llevó la taza a los labios y tomó un sorbo. Estaba muy caliente. Después sonrió débilmente.

—¿Así que eso es lo que va contando por ahí Bob Whelan? —dijo meneando la cabeza—. Siempre fue un poco entrometido.

Estuve a punto de contarle que el profesor se hallaba convaleciente de un infarto, pero preferí callarme. Entonces me miró con un punto de curiosidad.

—¿Cuántos años tiene? —me preguntó a bocajarro.

—Cumpliré treinta y uno en mayo —dije.

Hizo un gesto vago que podía interpretarse como recuerdo o ensoñación.

—En mis tiempos, a los treinta años una mujer ya había vivido toda su vida. —Hizo una pausa y se quedó abstraída mirando sus zapatos ortopédicos, como si en ellos residiera la clave de todo—. Ahora, no es así —soltó un pequeño suspiro y continuó—: La gente ahora es joven hasta que se muere. —Volvió a tomar otro sorbo de té. Después dejó la taza sobre el platillo, se puso las gafas y me observó de nuevo con minuciosa curiosidad de entomóloga, como si yo perteneciera a una especie rara pendiente de catalogación, un *Androctonus australis* o algo peor—. Me ha dicho que era usted escritora, ¿verdad?

—No, en realidad no —contesté—. No he escrito ningún libro todavía, aunque me gustaría.

—Entonces ya lo es, créame. Se nace con eso. A mí los libros nunca me han interesado mucho. Lo que siempre me gustó desde pequeña fue bailar. Oía una canción en la radio y se me iban los pies detrás de la música. Aún ahora, si pudiera... —dejó la frase en el aire—. Pero cada uno tiene lo que tiene —continuó—. Emily era escritora mucho antes de publicar su primera novela. Supongo que la habrá leído usted.

—Por supuesto —contesté—, he leído toda su obra. Menos el último libro, claro.

—Ah..., *The Bridge*. Es una pena que no se llegara a publicar. A veces ocurren estas cosas, aunque si le digo la verdad, no creo que a ella le hubiese importado demasiado.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno —concedió moviendo la mano en el aire despreocupadamente—, todo eso es ya agua pasada.

Mi intención no era mantener una conversación literaria ni por asomo. Sobre la calidad narrativa de Emily J. Parker ya había llegado a mis propias conclusiones. Lo que quería saber tenía que ver con el misterio de su vida o más concretamente de su muerte.

Si no quería que Brenda Mulligan se cerrase en banda, debía proceder con cautela. No podía ser demasiado brusca con mis preguntas. Pero me preocupaba que el horario de visita acabara sin darme tiempo a averiguar nada. Una ráfaga de viento removi6 los 6rboles y trajo el olor inconfundible del bosque. Es un olor que aprendí a detectar de ni6a. El bosque de Hansel y Gretel. El bosque de los ni6os perdidos. El bosque no es una met6fora literaria, sino que existe. Siempre est6 ahí.

—Es bonito este lugar —dije mirando alrededor con actitud contemplativa.

—No est6 mal —rezong6 ella sin mucho entusiasmo—. Un poco h6medo en invierno. Pero supongo que usted no ha venido hasta aquí para hablar del paisaje. —Me mir6 de soslayo con un amago de sonrisa—. ¿O sÍ?

—No, claro que no —reconocí un poco azorada—. Es que... No sé muy bien por d6nde empezar.

—Pruebe por el principio. A veces da resultado —dijo con sorna.

Creo que me ruboricé un poco, como si fuera a presentarme a un examen para el que no me había preparado en condiciones. Durante unos segundos permanecí en silencio con las manos en los bolsillos, consciente de las dificultades.

—¿Es cierto que estuvo usted en Charing Cross el 8 de mayo de 1955? —solté a bote pronto.

—Caramba, esto empieza a parecerse a un interrogatorio policial. No ir6 a acusarme de asesinato —sonri6—. Pues claro que estuve allí. Todo Londres estaba allí presenciando el desfile. Adem6s, eso ya debe usted saberlo, si no, no se habría tomado la molestia de venir a visitarme, ¿verdad? —dijo apunt6ndose un tanto sin despeinarse siquiera.

—Lo siento, no pretendía...

—No se disculpe, joven —me interrumpi6—. Usted tiene muchas ganas de saber, y yo tengo algunas cosas que contar. Creo que podemos llegar a un acuerdo. Pero me temo que empieza a hacer un poco de relente en el jardín para mis huesos. Si tiene la amabilidad de empujar la silla, podemos continuar la conversaci6n en el interior.

Fue como empujar un carrito de bebé. No pesaba nada. En la sala, un grupo de ancianas jugaba al *bridge* en una mesa mientras otras miraban en la tele uno de esos

concursos que le encantaban a la señora Bartholomew en los que el locutor preguntaba si el tomate era fruta u hortaliza, o cuántos componentes tenían los equipos de remo en Oxford y esa clase de cosas. Nos sentamos en un rincón retirado junto a la ventana.

—Bueno —dijo—, ya puede usted empezar. ¿Qué es lo que quiere saber exactamente?

—La verdad —contesté ingenuamente.

—La verdad, la verdad... —rezongó—. ¿Qué es la verdad?

—Me refiero a lo que ocurrió aquel día, lo que le ocurrió a la escritora.

—Lo que le ocurrió a Emily es lo mismo que le ha ocurrido en cualquier parte del mundo a cualquier mujer que se haya visto entre la espada y la pared —dijo, y su mirada se desplazó hacia la ventana. Su perfil me pareció más afilado a contraluz, ladeaba la cabeza igual que un búho y sus ojos despedían de pronto un brillo raro—. Era muy orgullosa, ¿sabe usted? Se bandeaba por el mundo sin ruido pero haciéndose notar. Los hombres se volvían siempre a mirarla. A veces podía llegar a ser odiosa, créame, realmente insoportable.

—Es algo que suele ocurrirles a las mujeres guapas —dije pensando en mi hermana Bea cuando iba con sus amigas por la calle Real como por una pasarela, con unas gafas Ray Ban y su chalequito plumífero—. Se les sube a la cabeza.

—No se trata de eso. Ni siquiera creo que Emily fuera consciente. Éramos demasiado jóvenes. El mundo pasaba aullando por delante. No lo vimos. ¿Cómo íbamos a verlo? Estábamos demasiado ocupadas librando una guerra.

Brenda Mulligan suspiró y me miró con infinita condescendencia, como si considerara que había algunas cosas que una persona de mi edad jamás podría entender. Probablemente tenía razón. Pese a ello, sin embargo, por alguna razón decidió concederme una oportunidad y retomó el hilo con voz pausada.

—Emily era divertida, vehemente, terca y una mentirosa redomada. Nunca sabías cuándo hablaba en serio y cuándo estaba bromeando. Mentía sobre casi todas las cosas, simplemente como medida de precaución. Una verdadera actriz, supongo que por eso era tan buena en su trabajo. Es posible que a veces llegara a creerse sus propias mentiras. Puede parecer extraño que una mujer de su inteligencia pudiera ser aniquilada tan fácilmente en su propio terreno. Pero lo fue. Ya lo creo que lo fue. Hay que tener en cuenta que vivía con un hombre que casi le doblaba la edad y que había desarrollado una teoría matemática de enorme éxito y solidez, que había superado su confrontación con el mundo real con un montón de decimales. —La anciana elevó mucho las cejas en señal de admiración y al hacerlo sus ojos brillaron de nuevo con un destello que me pareció ligeramente sarcástico—. ¿Sabe usted cuál es la diferencia entre las matemáticas y la poesía?

Ni siquiera me dio tiempo a contestar.

—Que las matemáticas funcionan —dijo llevándose un dedo a la frente y dándose unos golpecitos en la sien.

La verdad es que la anciana tenía una manera peculiar de expresarse, como si siguiese algún tipo de razonamiento de grado superior. Quizá por eso me despertaba cierta desconfianza de un modo que no sabría precisar. A veces parecía perderse en sus propias cábalas. Sin embargo, no le costaba retomar el hilo.

—Los hombres, por muy inteligentes que se crean, pueden resultar muy absorbentes, muy posesivos —continuó—. Pearson lo era, desde luego. Y, además, estaba Whelan. Bob y Emily siempre habían mantenido una relación especial. Tenían la complicidad de los libros. Siempre estaban hablando de libros, de ediciones especiales, los libreros de Charing Cross los conocían bien, eran asiduos. Sobre todo, frecuentaban el cuchitril que tenía Francis Edwards en el n.º 72. —Brenda Mulligan se quedó pensativa un momento con la mirada fija en las cortinas de terciopelo cuyo color granate oscuro era el de una herida sin cicatrizar—. Dicen que el hombre es la única especie animal capaz de matar lo que más ama. No lo sé... Lo único que sé es que el matrimonio nunca es la historia que una imagina.

—¿Está insinuando que Emily no era feliz con Pearson?

Brenda Mulligan me miró de nuevo con santa paciencia, como si le pareciera una pregunta obvia o fuera de lugar. Se limitó a aletear con los párpados por toda respuesta.

—Si no lo era —continué yo con la misma lógica que utilizaría mi hermana Bea para abrir un bote de leche condensada—, ¿por qué no se separó de él?

—No lo hizo porque el mundo no está hecho para que uno haga lo que desea, jovencita, sino para que aparente lo que debe. Ya se irá dando usted cuenta —dijo dándome unas palmaditas cariñosas en el brazo. Por un momento pensé en la compleja maraña de lealtades y obligaciones que debía de ser un matrimonio de espías—. Pero ya le he dicho que Emily no era una mujer que se conformase con cualquier cosa. Así que empezó a fantasear. Empezó a fabricarse un universo paralelo. Es algo que acostumbran a hacer los escritores, ¿no?

—Supongo —respondí dándome por aludida sin saber por qué.

—Al menos lo hizo al principio. Pero llegó un momento en que eso no fue suficiente.

Se hizo un silencio de nuevo. Miré a la señora Mulligan buscando una aclaración.

—¿Qué sucedió?

—El problema era que irse resultaba muy difícil. De pronto se vio atrapada en un agujero negro del que no podía escapar...

—¿Un agujero negro?

Me miró fugazmente a los ojos y se encogió de hombros, como si no existiera ninguna respuesta empírica para esa pregunta.

—Una nunca tiene adónde ir —continuó— porque los espacios no son cajas desmontables que quepan una dentro de otra, ni que se puedan guardar en un trastero como el que tenía Francis Edwards en la trastienda de su librería. Pero eso ella no lo entendió hasta mucho tiempo después. Era muy cabezota. Seguía pensando que

escapar era posible. Y lo intentó. —Brenda Mulligan miraba a través de los cristales, que no estaban demasiado limpios, como si contemplara un recuerdo borroso y repetitivo que prefiriese olvidar—. La primera vez acabó en urgencias —continuó diciendo—, pero no se dio por vencida. Volvió a intentarlo años más tarde. Cuando llegó al hospital de Westminster, donde yo trabajaba como enfermera, era una mujer desahuciada, prácticamente terminal, que acababa de sufrir un aborto. Más que un aborto, en realidad, fue una carnicería. Tenía el útero completamente destrozado.

—Eso no es lo que figura en su parte de ingreso —salté automáticamente como si me hubieran tocado un resorte.

—Pues claro que no, ¿qué esperaba? Pearson era una persona reconocida y tenía su estatus. Se le consideraba un héroe de guerra. Nadie quería un escándalo. Ya bastante tenía él con lo que tenía. Estaba completamente desolado. Nunca he visto a un hombre tan hundido. Su dedicación a Emily era absoluta. No se separaba de su lado en ningún momento. Cualquiera mujer se hubiera sentido reconfortada con un marido tan abnegado. Pero Emily no era cualquier mujer.

—¿Por qué lo dice?

—Ya le he explicado que era muy orgullosa, con una seguridad en sí misma que a veces conseguía sacar de quicio a cualquiera. Una profesional excelente en lo que se refería a los servicios de información, según decían. Créame, no valía la pena discutir con ella porque siempre tenía razón. Cuando estaba segura de algo, estaba segura. La mujer que ingresó en el hospital de Westminster, sin embargo, dudaba hasta de su sombra, como si le hubieran roto una a una todas sus fibras internas. En realidad, eso fue exactamente lo que le hicieron, aunque entonces yo todavía no lo sabía, claro. No podía saberlo.

Brenda Mulligan hizo una pausa. Cuando volvió a hablar su voz se hizo más honda, como si saliera del fondo de un pozo.

—Tenía miedo. De eso no cabía ninguna duda. Lo que entonces no fui capaz de discernir era si sentía pánico de algo externo o de sí misma. Quiero decir que no parecía una mujer en sus cabales. Sus respuestas eran contradictorias. Se despertaba sobresaltada y miraba alrededor con susto, se tapaba el rostro con la almohada como si quisiera ocultarse o desaparecer. En realidad, se comportaba como si todo el personal del hospital fuera el ejército enemigo. Lo último que pensé fue que pudiera volver a encontrármela en semejantes circunstancias aquel invierno de 1954. Las vueltas que da la vida... De pronto nos convertimos en otros diferentes a los que fuimos, aunque sigamos siendo los mismos —dijo como si hablara sola o, más bien, con alguien conocido que estuviera escuchándola desde alguna parte. Al otro lado de los cristales la luz de poniente había cambiado y se veían unas nubes ligeras de color tabaco—. Tenía los ojos vidriosos —continuó—. A veces ni siquiera me reconocía cuando entraba de uniforme a darle la medicación. «Soy yo, soy Brenda», le decía para intentar calmarla, y entonces ella se echaba a llorar. Lloraba incluso cuando dormía. Yo sabía que algunas mujeres sufren crisis nerviosas cuando pierden un bebé.

Pero aquello era otra cosa. Una angustia extrema. Jamás en mi vida había visto a nadie tan asustado, los médicos no coincidían en un diagnóstico claro. Yo tampoco sabía qué pensar, habíamos sido amigas, pero hacía bastante tiempo que no nos veíamos, apenas tuvimos dos o tres encuentros esporádicos después del armisticio, la gente cambia después de una guerra, y ella parecía volcada en su matrimonio. Pero una vez escuché algo que no debía...

Brenda Mulligan hizo otra pausa y me pareció que se sonrojaba un poco.

—¿Algo que no debía?

—Eso es exactamente lo que he dicho. Pero, mire, por ahí viene Lucy —dijo la anciana cambiando de tercio como si la muchacha acudiera justo a tiempo para rescatarla.

Todavía no eran las siete, pero en el comedor ya se oía el tintineo de platos y cubiertos. Se me había olvidado que en las residencias de mayores se cena muy temprano. Las últimas palabras de Brenda Mulligan me taladraban la mente como el chasquido nocturno en la cerradura de una puerta. Esperar al próximo miércoles para continuar la conversación me parecía como aguardar al día del juicio final. Pensé que tenía que ganar tiempo.

—Mi tren no sale hasta las nueve —dije como quien hace una última plegaria ante el altar—. Me gustaría acompañarla un rato después de la cena si fuera posible. Sólo unos minutos —añadí hundiendo las manos en los bolsillos con cara de naufraga, que es una cara que se me da bastante bien.

Brenda Mulligan miró a Lucy con complicidad.

—No es lo habitual —dijo la chica—, pero creo que por esta vez podemos hacer una excepción, siempre y cuando no se entere *Mrs. Matthews*, claro.

Capítulo XVIII

Mrs. Matthews no se enteró.

Subí a la habitación por el ascensor del servicio mientras todo el personal estaba ocupado con la cena. Era un cuarto exterior con un baño amplio con acceso para la silla y una cama metálica con manivela como las de hospital, pero a pesar de ello no resultaba un espacio impersonal. Había una mesita de madera con flores frescas y algunos objetos que le daban un aire casi hogareño: una cesta de labor con agujas gruesas de calceta y varios ovillos de lana de colores, un pequeño hornillo eléctrico con una *kettle* para calentar el agua del té, un tarro grande de crema hidratante y un transistor. Encima de la cama había una acuarela con un paisaje marino en el que se veía un faro. La ventana daba a la parte trasera de la mansión y junto a ella había un mueble esquinero con algunos libros que me entretuve en hojear mientras esperaba: una biblia protestante, una edición de *Ricardo III* encuadernada en rústica, algunos folletos turísticos y un ejemplar de *The Waste Land*, de T. S. Eliot, que llamó mi atención. Lo tenía precisamente en la mano cuando oí que Lucy empujaba la puerta de la habitación y maniobraba para introducir la silla.

—¿Le gusta la poesía? —me preguntó Brenda Mulligan.

—Sí —contesté, y volví a dejar el libro en su sitio—, aunque últimamente no tengo mucho tiempo para leer.

—A mí en cambio no me gusta, suele generar falsas expectativas. Pero a veces le pido a Lucy que me lea algo antes de acostarme. ¿Verdad, Lucy? Con algo hay que entretenerse. Aquí las horas se hacen muy largas.

—Ande, no se queje —intervino la chica con sorna—, que no la tratamos tan mal. —Antes de salir de la habitación, la muchacha se volvió hacia mí desde el umbral de la puerta y, sin dejar de sonreír, añadió a modo de recordatorio—: Sólo unos minutos.

—Bueno, será mejor que vaya al grano. Ya ha oído a Lucy —dijo Brenda Mulligan—. ¿Por dónde nos habíamos quedado?

—Estaba usted hablándome de la enfermedad de Emily y del Hospital de Westminster. Decía que en una ocasión había escuchado algo que no debía.

—Ah, sí..., tantas veces escucha una lo que no debe —encendió la lámpara de la mesita de noche y me miró con cansancio—. Las mujeres somos demasiado curiosas. Tenemos tendencia a querer comprenderlo todo, como si eso fuera posible. El

problema es que una vez que se ha oído lo que se ha oído, una debe atenerse a las consecuencias. —Me miró con vacilación como si no estuviera convencida de querer continuar, tal vez dudaba que yo pudiera atenerme a las consecuencias. Pero prosiguió—: Parece que hubiera pasado un siglo, pero lo recuerdo como si fuera hoy. Era viernes. Yo tenía turno de tarde. Me disponía a entrar en la habitación para administrarle un sedante y algo me hizo detenerme en la puerta. Un sexto sentido tal vez. Emily estaba hablando con su marido. Dijo algo que no pude entender, aunque el tono era de súplica, una especie de murmullo débil y avergonzado como el de una niña que se ha portado mal. La respuesta de Pearson, sin embargo, fue clara y contundente. Dijo: «Desde luego que no», y su voz sonó tajante como un hombre que corta el pan con una sierra.

»Al principio yo no sabía de qué estaban hablando, no tenía la menor idea. Pero puse atención. “De todos modos, no tienes por qué preocuparte de eso, querida — continuó Pearson volviendo a un tono bajo y casi paternal—. Ya no es de nadie, ni podrá serlo nunca. Es lo mejor para ti. No estás en condiciones de ser madre”.

Brenda Mulligan hizo una pausa para respirar hondo.

—Fue en ese momento cuando me di cuenta por primera vez de que quizá las cosas no fueran exactamente lo que parecían. A continuación, Pearson bajó todavía más el tono como si tuviera los dientes apretados y con una voz extrañamente dulce añadió: «No te preocupes, *little darling*, yo cuidaré de ti». Fueron precisamente esas dos palabras, «*little darling*», la forma en la que las pronunció... Había algo en su voz —Brenda Mulligan se cruzó el chal sobre el pecho como si realmente tuviera frío—, una especie de... No sé. En fin, algo que no me pareció... Bueno, que no me pareció del todo natural.

Brenda Mulligan hizo otro silencio y se sacudió de la ropa unas motas de polvo. Tal vez fueran imaginaciones mías, pero me dio la impresión de que a la anciana le temblaba el párpado derecho.

—¿Y fue entonces cuando decidió ayudarla?

—Bueno, eso vendría un poco más tarde. Digamos que fue entonces cuando decidí creerla. Intenté buscarles un sentido a las cosas que contaba. Lo de los ruidos y todo lo demás... Lo que Emily decía en sueños: los golpes en el garaje, una vecina chismosa con la que compartía el mismo tendedero y que confundía las prendas de su colada, una sucesión de pequeños incidentes insignificantes, cotidianos, comentarios ligeramente hirientes que Pearson dejaba caer, como una vez que ella le sugirió que tomara una aspirina para el dolor de cabeza y Pearson le dijo con retintín: «No sabía que ahora fueras una eminencia en medicina». Cosas así, de poca monta. Imágenes fragmentadas, incomprensibles... Ahora lo pienso y creo que ella se daba cuenta de todo lo que estaba pasando y también de lo que iba a pasar. A veces se le caía la casa encima y se iba a calcetar dentro del coche. Esas cosas no se inventan. Cuando una mujer se pone a hacer calceta dentro de un coche cerrado es que algo pasa. Supongo que la relación entre dos personas no es asunto de nadie. Pero de pronto todas las

piezas sueltas empezaron a encajar. No fue fácil creerla. Era contravenir la opinión de todos. Yo era una simple enfermera. El diagnóstico del equipo médico daba para encerrarla en un psiquiátrico el resto de su vida. —A Brenda Mulligan le temblaban un poco las mejillas al hablar—. Los psiquiatras son personas que les cuente una lo que les cuente jamás se interesan por la verdad. Sólo les preocupa de qué síntoma se trata. Emily tenía todos los síntomas.

—Sin embargo, usted la creyó.

—Sí. Yo la creí. Soy mujer, y las mujeres vemos otras cosas.

—¿Qué cosas?

—No sé, ya se lo he dicho... Lo que yo vi fue un esposo atento, que no se quitaba su gabardina beis ni para sentarse en una silla de hospital. Había cambiado desde los tiempos de Bletchley Park. Estaba distinto, no es que hubiera envejecido, era otra cosa. Tenía una mirada distinta que podía ser de dureza, pero también de compasión. Ahora pienso que igual eran una misma cosa para él. No sé... No hacía ruido al andar, por ejemplo, pese a su corpulencia, y luego estaba el tono que usaba para dirigirse a ella con una especie de ultrasonido especial como el que utilizan los *jockeys* para comunicarse con sus caballos. La voz de un amo, si se puede decir así. —Brenda Mulligan se quedó callada mirando lejos. Parecía estar esperando que yo le hiciese alguna pregunta, pero no se me ocurrió nada que decir—. Era un genio que sufría depresiones de varios días cuando perdía una partida de ajedrez —continuó—. ¿Sabe que en sólo cuatro movimientos hay del orden de trescientos mil millones de posibilidades distintas? Imagínese, más que estrellas en una galaxia —dijo con un tono que me pareció de admiración—. Demasiadas opciones para una mente humana. No debió de ser fácil para él dejar de ser imprescindible cuando acabó la guerra. En casa siempre necesitaba tener razón, salirse con la suya. Se obsesionaba con todo; Emily me lo contó después. También me dijo otras cosas de él. Me dijo que a veces registraba los cajones de su tocador e inspeccionaba su ropa interior. Había dejado de usar carmín porque a él le parecía provocativo. Ella no les daba mucha importancia a esas cosas, pensaba que eran manías que tenían que ver con su forma de ser y creía que podía manejar la situación. Creo que le daba vergüenza hablar de eso. Me contó que en una ocasión se fue caminando sola por la carretera de Folkestone, pero él la encontró y la llevó de regreso a casa conduciendo durante el camino de vuelta con los labios apretados. Todo empeoró poco a poco. Empezó a tratarla como si ella no supiera hacer nada o se le olvidaran las cosas. Y lo cierto es que empezaron a olvidársele las cosas, tal y como él decía. Un día se le pasaba recoger la colada, otro perdía la cartera o no se acordaba de dónde había dejado una prenda de ropa. Empezó a tartamudear. Sentía náuseas constantemente. Pensaba que el problema estaba en la boca de su estómago. —De pronto tuve la impresión de que la voz de Brenda Mulligan era como esos torrentes de alta montaña que durante todo el invierno han tenido su caudal congelado y con el deshielo discurren veloces por la vertiente. Apenas necesitaba tirarle de la lengua. El curso de sus recuerdos fluía solo—. Él le

traía galletas Walkers como a una niña enferma —prosiguió sin perder el hilo—. Se comportaba de un modo solícito y encantador, pero, cuando ella volvía a recuperarse y osaba llevarle la contraria en cualquier cosa sin importancia, reaccionaba dirigiéndole una mirada dura y prieta como un zapato, cargada con tanto desprecio que Emily acabó por creer que realmente era ella quien estaba perdiendo la cabeza. Soñaba que él la quería matar, que tenía hachas y cuchillos en el garaje. Y cuando intentaba quitarse esas ideas de la cabeza y hacer las paces con él poniéndole una mano en el hombro conciliadoramente, él se la quitaba de encima de un manotazo. Emily me lo contó antes de morir. Apartó la vista a un lado, y me lo contó.

Era la primera vez que Brenda Mulligan se refería directamente a la muerte de Emily. La sensación que me produjo fue punzante como si me hubiera pinchado en el dedo con una aguja de coser. Me quedé paralizada. La anciana no sólo había confirmado la muerte de la escritora, sino que había sido testigo de ella. En mi cabeza se arremolinaban las preguntas, pero me resultaba difícil plantearlas. Por respeto, supongo. Nos miramos en silencio, un segundo, dos, tres...

—Nunca ha querido contar nada sobre eso, ¿verdad? Sobre su muerte —dije con la mayor delicadeza de que fui capaz.

—No, la verdad es que no.

—¿Por qué? ¿Tenían un pacto de silencio o algo así?

—No, no, qué cosas dice..., ningún pacto de silencio.

—Entonces, si no es ningún secreto, dígame, ¿de qué murió Emily? Quiero decir, si no le molesta hablar de ello ahora, claro —pronuncié cada palabra muy despacio, con tiento, como si pisara una placa de hielo muy fina y quebradiza.

Me miró dubitativa, con un punto de aprensión, aunque no creo que mi curiosidad la hubiera ofendido. Simplemente parecía un poco cansada.

—Fue un accidente, pero dejemos eso para más adelante si le parece —dijo con amabilidad, tratando de sonreír, pero sin llegar a hacerlo—. En realidad, a mi edad ya debería una ir aprendiendo a dejar a los muertos en paz —añadió, y se llevó la mano a la frente como si quisiera alejar sus propios fantasmas.

Durante la pausa que siguió a continuación, pude oír la respiración trabajosa de Brenda Mulligan. Yo no sabía exactamente de qué clase de infierno doméstico estábamos hablando. No tenía mucha idea de patologías afectivas, pero me di perfecta cuenta de que había algo muy retorcido en todo aquello. Algo oscuro y familiar como en los crímenes del Antiguo Testamento. Ahora entiendo por qué decía mi abuela Lola que no se debía dejar la biblia al alcance de las niñas. Una vez que Bea y yo descubrimos lo de los sacrificios humanos y el asunto de Abraham, aquel padre cuchillero, ya no hubo quien nos contentara con Blancanieves y los siete enanitos.

De pronto me dio reparo estar interrogando a una señora mayor sobre su amiga muerta y sobre cosas íntimas que habían ocurrido hacía más de medio siglo, abusando de su espacio y de su tiempo, aprovechándome de su soledad. Quizá hacía

años que Brenda Mulligan no recibía ninguna visita. Así y todo, continué implacable.

Me vino a la cabeza algo fugaz que la anciana había dicho antes, en el jardín, sobre espacios y cajas desmontables. Algo que no entendí en absoluto, pero que se me quedó en la cabeza como un zumbido sordo que me hubiera entrado por un oído y no hubiera vuelto a salir por el otro. A veces me pasan esas cosas. Es como cuando tarareas una banda sonora y por mucho que lo intentas no te puedes acordar de a qué película pertenece. Al menos sabía que el argumento tenía que ver con una huida.

—¿Así que planearon una escapada? —dije intentando seguir la melodía extraviada que sonaba en mi cabeza.

—Bueno, algo así —asintió la anciana pacientemente—. Emily tardó algún tiempo en recuperarse, en estar preparada para entrar en la jurisdicción de la teoría del cálculo de probabilidades, como ella decía. Era su manera de explicar las cosas, supongo que la vida con Pearson la había hecho acostumbrarse al lenguaje de la teoría cuántica. Como le contaba antes, decía que estaba atrapada en el agujero negro de la realidad bidimensional de la que no podía escapar. Pero le gustaba jugar con la idea de que podía reaparecer en un universo paralelo. Ya se imaginará que al principio yo también pensé que estaba loca. Pero ella sabía muy bien lo que decía. Se refería a un lugar fuera de la influencia de Pearson. Lejos de todo lo que le había estropeado la vida. Todos tenemos un lugar seguro. O deberíamos tenerlo. Un refugio para desaparecer del mapa. El suyo era la isla de Skye en el noroeste de Escocia, de donde eran sus tías; allí su familia conservaba una especie de *cottage* en Kirklochewe, poco más que una cabaña. Nadie sabía de su existencia. Jamás había hablado de ello con nadie. Ese era su universo paralelo.

En los minutos siguientes, Brenda Mulligan me puso al corriente de todos los pasos que siguieron ambas mujeres para desaparecer sin dejar rastro, desde las horas que permanecieron ocultas entre cajas en la librería de Francis Edwards hasta el camino que siguieron a Aberdeen en tren disfrazadas de monjas presbiterianas. Y luego todo el trayecto en zigzag por las Highlands, campo a través, hasta llegar a la cabaña.

—Durante varios días no vimos más que ovejas y conejos —contó Brenda—. Ni un alma. Recuerdo que paramos a dormir en una pensión que antes había sido pabellón de caza. Nos dieron una sopa de agua lavada con puerros y pan de soda. En Inverness, un granjero se apiadó de nosotras y nos dejó hacer un trecho del camino subidas a un carro de sacos de harina tirado por un caballo viejo con una campana colgada al cuello. Nos daba la risa. Dos monjas ojo avizor. Llevábamos una petaca con *whisky* escondida bajo la ropa. A los lados sólo veíamos montañas escarpadas llenas de costras grises como la cornamenta de un ciervo. Creí que no llegaríamos nunca. Cuando cruzamos un puente colgante, Emily se puso a cantar esa canción escocesa de las campanillas azules. Poco a poco fue levantando la voz. No sé de dónde sacaba la energía. Del paisaje, supongo. El paisaje es algo que se lleva dentro. Si algún día viaja por esas tierras, sabrá de lo que hablo. —Los ojos de Brenda

Mulligan volvieron a ausentarse, pero no parecía abatida ni confusa—. Las Highlands —repitió con veneración, en voz muy baja, como si hablara para el cuello de su camisa.

Me sentía satisfecha y al mismo tiempo decepcionada. No sé por qué había imaginado una historia de espionaje y lo que tenía delante era una *road movie*. La diferencia, pensé, radicaba en que en esta ocasión los héroes eran mujeres. Fue precisamente mientras pensaba eso cuando noté un latido en la frente como un pequeño repiqueteo, y, de pronto, la melodía de Hans Zimmer que me martilleaba en la cabeza desde hacía un rato me iluminó el pensamiento como una pantalla gigante con la escena de dos mujeres en un coche descapotable, rebelándose contra los hombres, ante un precipicio sin salida. ¿Cómo podía haberla olvidado? *Thelma & Louise*. Había visto la película en la tele con Álex un domingo de lluvia tirados en el sofá, y cuando acabó seguimos hablando de ella durante un buen rato.

—Hay mujeres que, entre la espada y la pared, eligen la espada —recuerdo que dijo Álex, y yo me quedé rumiando la frasecita como si fuera una declaración de amor misteriosa o algo por el estilo.

La imagen de Susan Sarandon con su fular al cuello y sus gafas de ojo de gato me remitió automáticamente a Brenda Mulligan. Y Geena Davis guardaba un parecido innegable con Emily J. Parker en sus buenos tiempos. Todo parecía lógico.

Sin embargo, había algo que no terminaba de encajar, una cosa muy pequeña pero molesta como una piedra en el zapato. De no ser por la hora que era, le hubiera pedido a Brenda que me contara más detalles sobre el tiempo transcurrido en la isla entre la fuga y el momento de la muerte de Emily tras el accidente que había mencionado. No tenía ni idea del intervalo que podía haber pasado entre los dos acontecimientos: ¿meses? ¿años? ¿toda una vida? Confiaba en tener ocasión de preguntárselo más adelante.

Fuera, en la tarde ya oscurecida, se adensaba una neblina de color malva que venía directamente del bosque. Cuando Lucy llamó a la puerta, ya me había puesto de pie para despedirme. Brenda Mulligan continuaba sentada, inmóvil, con la mejilla apoyada en una mano quebradiza surcada de venas verdes. Por un momento llegué a creer que se había dormido. Pero, de pronto, levantó la cabeza.

—Me parece que no la he ayudado mucho.

—Sí, claro que lo ha hecho —contesté más por no desairarla que por convencimiento. En realidad, me había descubierto un mundo nuevo en relación con la vida de Emily, pero aún quedaba una gran cantidad de preguntas sin respuesta.

—Entonces le deseo que tenga suerte con su tesis.

—Muchas gracias —dije, y me quedé parada delante de su silla de ruedas sin saber cómo despedirme. Pensé que así, tan encogida y pequeña, con la cabeza nevada parecía un hada de Arthur Rackham. Me hubiera gustado haberle llevado unas flores o algo. Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y lo único que encontré fue un pequeño caracol marino del tamaño de un botón, «caramuxo», le llamamos en

Galicia. Tengo la costumbre de recoger conchas por las playas y las voy dejando olvidadas por todos los bolsillos. Era bonito y pulido, con vetas rosadas. Lo dejé encima de la mesita como quien no quiere la cosa. Ella lo tomó en la palma de la mano y lo observó como si fuera una joya muy delicada. Después sonrió y dijo:

—Ande, ande... Dese prisa, no vaya a perder el tren.

Capítulo XIX

El avión de Álex tenía prevista su llegada a las doce y cuarto de la mañana. Calculé aproximadamente veinte minutos más, que era lo que duraba el trayecto del tren expreso desde el aeropuerto de Heathrow. Pero a veces el tiempo transcurre muy despacio. Aunque todos mis pensamientos fluían en una sola dirección, que era la de los pájaros de plata que cruzan el cielo como flechas, lo cierto es que en alguna recámara oculta de mi cerebro una especie de piloto automático seguía funcionando por libre procesando y clasificando la información que me había proporcionado Brenda Mulligan. Mi abuelo Francisco le llamaba a eso «la centrifugadora». Cuando iba al instituto y no entendía algo a la primera, cosa que sucedía bastante a menudo, me pasaba lo mismo. Una parte independiente y autónoma de mi mente se las apañaba por su cuenta y riesgo trabajando en silencio, y, a la mañana siguiente, todo adquiría sentido y cada cosa aparecía de repente en su sitio como unos zapatitos arreglados por un duende. La centrifugadora.

Pasaba de la una y media cuando por fin vi aparecer a Álex bajo las hebras de luz grisácea que se filtraban entre los andenes de la estación de Paddington. Llevaba una bolsa de cuero al hombro, sus botas de explorador y una parka caqui que habíamos comprado juntos por Navidad en el Zara de la plaza de Galicia. Lo observé dirigirse al *hall* con las manos en los bolsillos antes de que él me descubriera. La cara de lobo, los hombros anchos, el aire tosco, ninguna señal externa de filias o fobias: ni banderines, ni chapas en la solapa, ni tatuajes. Nada que declarar. Siempre me gustó su manera de caminar un poco inclinado hacia delante, como si ofreciera resistencia a un viento imaginario que debía soplar sólo en su interior. Cuando lo vi avanzar hacia mí con determinación, sorteando a los viajeros que llenaban el andén con su sonrisa de perdonavidas, se me aceleró el pulso igual que la primera vez. Soy una cardiópata irreductible. En eso no tengo remedio.

Me sentía un poco difusa entre la multitud, casi invisible, con mis vaqueros descoloridos y una vieja camiseta gris con la serigrafía de James Dean fumando por una calle de Nueva York. Tenía una mancha de lejía en la manga. Pude haber escogido algo más *sexy* para la ocasión, pero la prenda tenía su historia y yo creía firmemente en el valor de los amuletos contra los nudos gordianos que assolaban frecuentemente nuestra relación. Creo que no he ido más desastrada en mi vida, pero

la india sioux que había en mí confiaba en el toque mágico «luz-de-luna». Me miré de refilón en la cristalera y traté de adoptar un cierto aire casual a lo Natalie Portman. No lo digo por hacer comparaciones, que siempre son odiosas, pero el cine a veces te enseña a ponerte en tu lugar, a alzar de puntillas y encoger los hombros. Me quedé allí quieta, sintiendo pánico y felicidad; pánico y triunfo; pánico y vacío. O sea, pánico, básicamente, para entendernos.

Permanecimos callados unos segundos que me parecieron eternos, uno delante del otro, mirándonos.

—Te queda corto el flequillo así tan corto —dijo.

—A ti también —contesté.

—¿¿¿A mí??? —protestó cándidamente pasándose los dedos entre los trasquilones del pelo de apenas dos centímetros—. Si yo nunca he llevado flequillo.

—Pues por eso.

—Vale.

Se echó a reír. Dejó la bolsa en el suelo y me tomó de la cintura con ambas manos cerrando un círculo hasta casi tocar la punta de los dedos de una mano con los de la otra, como se hace para levantar por el aire a una bailarina.

—¿Cómo es posible que estés tan flaca? ¿No te dan de comer en este país?

—No —respondí—. Aquí la gente se alimenta del aire —dije con retintín recordando nuestro antiguo *casus belli*—. Lo sabe todo el mundo —añadí.

«Alimentarse del aire» era la frase favorita de mi hermana Bea, que siempre creyó que vivir de una beca tenía demasiados puntos oscuros, en el aspecto económico mayormente. No es que Álex se hubiera alineado con ella en el frente a favor de preparar oposiciones a profesora de inglés de instituto. Pero los de Lugo no son nada partidarios de que las novias se larguen en busca de escritoras desaparecidas a una isla que, por muy Gran Bretaña que sea, no deja de estar en medio del océano. Ellos son de tierra firme de toda la vida.

Enarcó una ceja y me echó una mirada de reprimenda con sus ojos de Matthew McConaughey.

—Anda, vamos a comer algo, gamberra —dijo pasándome un brazo por el hombro, y echamos a andar entre la marea humeante de gente hacia la puerta de la estación como dos soldados que regresan vivos de una guerra.

—Te he echado un poco de menos —le susurré al oído en son de paz.

Lo llevé a un *pub* de Notting Hill para que fuera familiarizándose con el barrio. Pedimos unas pintas y, a pesar de que ya tenían cerrada la cocina, conseguimos que nos pusieran un plato de hamburguesas con patatas fritas recalentado en el microondas que estaba infame, pero que nos pareció succulento. La cerveza, en cambio, era excelente. Existen más de quinientas variedades distintas en Londres: *ale*, *bitter*, *strong*, rubia, negra, tostada... Yo me pedí una *lager* continental. Álex, sin embargo, es de los que piensan que la Guinness es de las pocas cosas solventes que quedan en este mundo.

La penumbra del *pub* y los efluvios alcohólicos allanaron un poco el camino. No era fácil retomar una conversación interrumpida drásticamente hacía casi tres meses. El lenguaje corporal siempre ayuda. Se nos notaban las ganas de estar juntos, las manos buscándose imperceptiblemente por debajo de la barra. Me rozó la cintura, le toqué el meñique, se inclinó un poco para besarme las puntas del pelo. Me gustó ese detalle delicado y evanescente. Besar el pelo está bien, no es algo que se le ocurra a todo el mundo.

Álex intentó sacar el tema de mi tesis, pero preferí reservar ese asunto espinoso para más tarde. Así que durante una hora estuvimos conversando sobre cosas triviales que habían pasado en mi ausencia. Mi hermana Bea se había comprado un todoterreno en el que cabían todos los trastos de los gemelos y la producción anual de grelos, habas y lacón de toda la parroquia. Se me hizo la boca agua al pensar en la gastronomía local. Llevaba tres meses sin probar el jamón serrano y anhelaba las tascas del casco viejo, las tapas de tortilla de patatas del Marte, el vermut de los sábados y la ciudad vieja con sus recónditos garitos. Hablamos también de algunos amigos comunes, de la Biblioteca Ánxel Casal, donde nos conocimos, y de su doctorado, claro. En ese sentido me quedaron las cosas más o menos claras sobre los cambios de plumaje en la perdiz roja.

—No hay un duro para investigación —murmuró con desánimo—, así que igual tengo que venirme aquí contigo a vivir del aire.

—Vaya —contesté—, eso sí que sería una verdadera tragedia. —Y sonreí con el colmillo retorcido como haría Cruella de Vil.

No estoy segura de que a Álex le gustase que bromeara con ciertas cosas. Pero no lo hacía por mal. Soy un poco tiquismiquis, forma parte de mis encantos. Como en casa la mejor hija siempre fue Bea por encima de toda discusión, a mí no me quedó más remedio que intentar hacerme la simpática, aunque sin demasiado éxito. Un truco infantil, sentimental y algo desesperado para que me quisieran un poco más. Mi abuelo Francisco siempre decía que la risa es la moneda de los pobres. No sé a qué se refería exactamente. Pero a él le gustaban mis bromas.

Cuando llegamos a casa, Timothy Gordon soltó de entrada un bufido de los suyos, supongo que para marcar el terreno respecto al intruso. Aunque de poco le sirvió. Uno de los rasgos más característicos de Álex es su capacidad para entablar amistad con todo tipo de animales vertebrados o invertebrados. Yo lo había visto lidiar con caballos salvajes que al poco tiempo acababan comiendo de su mano como corderitos de Norit. Los gatos negros, por muy feroz que fuera su aspecto, no parecían constituir una excepción. A los diez minutos ya habían hecho buenas migas y parecían enviarse señales felinas por radar que quedaban totalmente fuera de mi alcance. Tanta familiaridad me fastidió un poco, la verdad.

A Álex mi buhardilla de madera con olor a papel impreso y a galletas de vainilla le pareció, en palabras textuales, «una cabaña colgada de un árbol». Eso quería decir que le había gustado bastante. Mientras yo preparaba unos gin-tonics y ponía música,

él estuvo fisgoneando entre los folios de colores donde yo tenía clasificados los datos sobre Emily J. Parker y se detuvo estupefacto ante el corcho que colgaba de la pared repleto de recortes, fotografías antiguas y post-it amarillos con frases extrañas y un poco devastadoras.

—¡Hostias, Rebeca! —exclamó alarmado volviéndose hacia mí de golpe—. ¿Qué demonios es esto? Parece que andes buscando a un asesino.

Traté de ponerlo al día brevemente sobre mis pesquisas. Le expliqué la cadena de eslabones que había estado siguiendo un poco a salto de mata desde Robert Whelan hasta Brenda Mulligan y que me habían llevado más o menos hasta el punto muerto en el que me encontraba. Le mencioné su huida a Escocia y todo lo que había llenado mi cabeza en el tren de vuelta desde Ivy Manor la noche anterior. Le hablé de Emily J. Parker como una escritora a la que todavía me parecía estar empezando a conocer: una mujer que leía a John Donne en la cama antes del desayuno, y leer a un poeta metafísico del siglo *XVII* con el estómago vacío no es ninguna bicoca. Una mujer que leía a Eliot en el autobús de la línea de Picadilly. Que leía a Shelley a todas horas. A Shelley, no a Byron. Una escritora pelirroja con un ovillo de lana en las manos dándole vueltas a algo complicado mientras calcetaba unas prendas de ropa muy pequeñas, patucos y jubones diminutos como para vestir a un muñeco, según contaba en su novela. Una esposa modélica que un día empieza a tartamudear sin motivo, que otro día se le tuercen los tobillos, que tropieza con todo..., que cree en los universos paralelos, que tiene que tirar ella sola de los hilos hasta desenredar la madeja.

—¡Ufff! Ahí tienes una novela cojonuda.

—No es una novela —protesté—. Es una historia real basada en datos biográficos y demostrables.

—Vale. Pues tienes una historia real cojonuda.

—Podría serlo —admití desangelada— si no fuera porque no he conseguido encontrar nada. Ni rastro. Ninguna prueba fehaciente.

—¿¿¿Fehaciente??? —sonrió—. Por Dios, Rebeca, hablas como una fiscal general del Estado.

De pronto su cara se iluminó. Miré su sonrisa abierta, sus dientes un poco separados, el cuerpo fibroso y compacto, las manos rudas de campesino, pensé que quizá estaba enamorándome de él otra vez. Hay personas para las que el amor es una meta que se alcanza, como quien llega al Everest y ya está. Para mí no. Para mí el amor es siempre una estación de paso. Debe de ser que no me funciona bien la brújula de los sentimientos permanentes. Yo me enamoro y me desenamoro cientos de veces a lo largo del día, aunque últimamente venía haciéndolo casi siempre de la misma persona, de un modo algo preocupante y reincidente.

—¿Sabes lo que te digo? —añadió Álex como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Qué? —pregunté sin tenerlas todas conmigo.

—Que vamos a encontrar esas pruebas «fehacientes» por cojones.

—Vale —respondí.

Hicimos chocar los vasos con espíritu detectivesco y después nos fuimos a comprobar si la cama era lo suficientemente mullida para resistir una siesta después de tres meses largos de ausencia.

A Timothy Gordon lo expulsamos temporalmente del paraíso porque el amor, aunque no sea para toda la vida, requiere ausencia de testigos. Me acerqué a la ventana a correr los visillos. El atardecer tenía una negritud lluviosa como el dispersarse de los pájaros antes de la tormenta. Sentí un nuevo tipo de deseo distinto, inseparable de la ciudad, inseparable de Londres en 1955. El deseo experimentado en otro país, en calles desconocidas, quizá también el propio cuerpo desconocido. Álex se acercó por detrás, me tomó por los hombros y acarició el hueso saliente de mi clavícula, que entre todas las aristas e imperfecciones de mi cuerpo es su lugar favorito, o eso dice.

Y luego... Luego ocurrió eso tan famoso que dijo una vez el conde de Lampedusa hablando de *La Cartuja de Parma*. Si Stendhal había sido capaz de resumir una noche entera de amor con un punto y coma, nosotros no íbamos a ser menos.

Una de las cosas más enigmáticas del amor físico es su asombrosa facilidad para despejar todo tipo de dudas habidas y por haber de un modo absolutamente irrefutable, aunque luego la vida se empeñe en rebatirlas de forma también incontestable, claro está. No estoy del todo segura, pero a mí me parece que ciertas evidencias de la naturaleza, como la atracción animal, quizá deberían tener un rango un poquito superior en nuestra escala de valores sobre otros asuntos menores, más de andar por casa, que están muy sobredimensionados socialmente, como la felicidad conyugal, por ejemplo, que en sí misma suena como un punto en el orden del día en un pleno municipal. Entiendo que haya gente que tenga esa ambición concreta en la vida como otros hacen comillas en el aire con dos dedos y se quedan tan anchos. Yo, sin embargo, prefiero modestamente el radicalismo alejandrino de otras palabras como «forajido», «oasis» o «sexy», aunque a veces me vengan tan grandes como una camisa de once varas. Quizá sea debido a la influencia del *western* y a las canciones de Joy Division. No sé.

Me despertó la vibración del móvil en la mesita de noche. No tenía ni idea de cuánto tiempo podía haber transcurrido. Más de dos horas, seguro. A mi lado, Álex dormía a pierna suelta y roncaba suavemente como el más sigiloso de los radiadores. El reloj marcaba las seis menos cuarto. Vi que la llamada era de la señora Griffin. Me incorporé de un salto. Su voz de comandante en jefe sonaba temblorosa con un punto interno de vibración, como un juego de porcelana en un vagón de tren.

—¿Whelan? —pregunté presintiendo lo peor. Y al hacerlo me di cuenta de que mi mente no estaba en absoluto preparada para procesar la noticia.

—Sí —respondió ella. La oí emitir un suspiro largo y sonarse la nariz. Luego, más dueña de sí, con una voz distinta y voladora como una niña que coge impulso en un columpio añadió—: Acaban de subirlo a planta. Está mucho mejor. Y ha

preguntado por ti.

Capítulo XX

La planta de cardiología olía como todos los hospitales a una mezcla de quietud, cloroformo y aerosol de limón.

La señora Griffin me estaba esperando en el pasillo con una fiambarrera cubierta por un mantel de cuadros como si planeara irse de pícnic.

—Dice el profesor que, antes de tomar el puré de guisantes de la cantina del hospital, prefiere largarse al infierno —sonrió condescendiente—. Le he traído de casa unas lonchas de pavo con salsa de arándanos.

Que Whelan hubiera recuperado el apetito y el mal humor a la vez me pareció una señal excelente. Pero cuando entré en la habitación y lo vi rodeado de cables y monitores y con un tubo de oxígeno metido por la nariz, la verdad es que me impresionó. Había adelgazado mucho y los ojos se le habían hundido. Me senté a su lado y le apreté suavemente la mano.

—*Any news?* —preguntó.

Levanté las cejas e incliné un poco la cabeza en señal de que quizá podría haber alguna novedad, pero en cualquier caso nada concluyente. Había decidido ocultarle la muerte de Emily por el momento.

—Algo he encontrado —dije sin perder de vista el monitor de sus latidos—, pero ya le contaré con más detalle cuando se restablezca del todo.

No quería arriesgarme a ningún sobresalto emocional. Con aquel pijama hospitalario, los huesos a flor de piel y el cabello blanco alborotado me pareció que el profesor guardaba un curioso parecido con don Quijote luchando contra molinos de viento. Tal vez lo estaba haciendo. La vida a cierta edad es un combate desigual.

—Estoy bien —protestó frunciendo el ceño y con un tono bastante enérgico—. Estoy bien, maldita sea. —Sin embargo, no tardó en recapacitar y movió los párpados en señal de asentimiento—. De acuerdo, sólo te pido que no te demores demasiado —añadió con una voz débil y cansada—. No tengo todo el tiempo del mundo.

—Descuide, profesor. Pero será mejor que se recupere pronto. Va a tener que echarme una mano en el trabajo. Con lo que me ha costado llegar hasta aquí, sería una bellaquería imperdonable que me dejase en la estacada. ¿No le parece?

Sonrió y me dio unas palmaditas en el dorso de la mano.

—Confío en ti, Rebeca.

La señora Griffin se disponía a montar su pícnic de pavo convencida como cualquier persona sensata de que una comida como Dios manda era la mejor manera de recuperar la salud. Le conté que había conseguido dar con Brenda Mulligan y le hice un informe bastante detallado de nuestro encuentro por si en algún momento consideraba oportuno poner a Whelan al corriente. Dado el estado de salud del profesor, ella era la persona más indicada para hacerlo con la debida cautela. Como ya he dicho, era una mujer empírica y pertinaz, de la escuela de Anthony Hopkins en *Lo que queda del día*. No sé cómo demonios pudo adivinar que *my boyfriend* estaba de visita en Londres, pero lo adivinó y no pareció hacerle demasiada gracia, que digamos.

—No se preocupe —la tranquilicé—. No pienso abandonar el barco.

Estoy convencida de que, sin la perspicacia y el talento de su servicio doméstico, el Imperio británico se habría ido al garete por completo. Bueno, se ha ido al garete en cualquier caso, esa es la verdad.

Una enfermera abrió en ese momento la puerta de la habitación e hizo un gesto inequívoco señalando el reloj.

—*Time to go* —dijo refiriéndose exclusivamente a mí. La señora Griffin, como es lógico, tenía bula para saltarse el régimen de visitas de la unidad coronaria del National Health Service y del mismísimo Buckingham Palace si fuera preciso.

—Vendré a verlo el viernes, profesor —prometí con la mano derecha en alto—. Pórtese bien.

Empezaba a oscurecer cuando salí de nuevo a la calle. El cielo de la primavera se había vaciado de una manera extraña. Había sido un día intenso. Pensé que me hubiera gustado preguntarle al profesor unas cuantas cosas sobre sus encuentros con Emily J. Parker en la trastienda de la librería de Francis Edwards, pero me alegré de no haberlo hecho. Cada cosa a su debido tiempo.

No tenía ni idea de cuál iba a ser el siguiente paso. No tenía ningún plan. Pero la centrifugadora seguía trabajando por su cuenta y riesgo mientras yo regresaba a casa respirando el olor de los setos entre calles adoquinadas bajo un crepúsculo pálido, con esa brisa agreste que trae periódicamente a Londres noticias de los campos lejanos. Y, de pronto, ¡qué cosas!, en mitad de la acera me pareció ver un zorro parado tranquilamente delante de mí con absoluto desparpajo, silencioso con su pelaje rojo y magnífico. Pensé que estaba teniendo una alucinación, claro. Luego descubrí que su presencia no es nada inusual en Londres. Al fin y al cabo, la ciudad les robó su antiguo hábitat y el animal acabó acostumbrándose al asfalto, aunque entonces yo no lo sabía. Supongo que debería haberme asustado al verlo, pero no lo hice. Me quedé allí hipnotizada hasta que el suelo empezó a estremecerse con el estruendo de un camión de la basura que dobló hacia Church Street.

Un zorro rojo.

El relato de Brenda Mulligan dejaba algunos aspectos en sombra, ángulos opacos difíciles de vislumbrar. Una de las preguntas que yo me hacía era cuándo había

muerto en realidad Emily J. Parker si, como todo parecía indicar, las dos mujeres habían conseguido escapar vivas aquel lejano 8 de mayo de 1955. Brenda Mulligan se había referido claramente a un accidente al hablar de su fallecimiento y mencionar algunas confesiones íntimas que la escritora le había hecho antes de morir.

Por otra parte, sabía que Pearson había sido enterrado en el cementerio de ingleses ilustres y que en su lápida palpitaba un misterioso poema de su esposa, a la que sin duda debió amar con locura. También me intrigaba especialmente la naturaleza de esa locura.

Después de mi visita a Ivy Manor había estado indagando en la enciclopedia médica. La explicación del síndrome de Münchhausen por poderes encajaba al dedillo con el perfil que Brenda Mulligan había trazado de Pearson, aunque también es verdad que la mayoría de los estudios coincidían en resaltar la dificultad que entrañaba establecer ese tipo de diagnóstico y la necesidad de cautela.

El cuadro clínico se manifiesta con la inducción deliberada de una enfermedad física o lesiones en un paciente por parte de una persona próxima a su entorno familiar. Hay una serie de características que en principio deben alertar y poner en guardia a cualquier profesional sanitario sobre este trastorno, especialmente cuando se trata de un tutor o familiar en primer grado de un enfermo que haya tenido que ser ingresado de urgencia en un centro médico y que presente un curso de síntomas inusual, inexplicable o desconcertante. La víctima puede ser un niño o un adulto vulnerable. La persona afectada por el síndrome suele ser alguien en general con abundantes conocimientos médicos, que tiende a mostrarse fascinado con los detalles farmacológicos y a menudo parece disfrutar del ambiente hospitalario. Normalmente acostumbra a mostrarse muy atento con el familiar que se halla ingresado y al que se resiste a dejar solo, ya se trate de su pareja o un hijo del cual no quiere alejarse ni por períodos cortos de tiempo alegando que requiere atención constante. Un factor determinante para dictaminar el diagnóstico es comprobar si los síntomas del familiar enfermo remiten claramente en ausencia de la persona sospechosa de padecer el síndrome (por lo que durante la hospitalización será necesario un seguimiento cuidadoso para establecer dicha relación de causalidad). En ocasiones puede haber antecedentes con una historia familiar similar o con enfermedades inexplicables e incluso con la muerte de un hijo o pariente próximo. Hay que tener en cuenta que la persona en cuestión no actúa para lograr un beneficio material o económico, sino que se trata de una psicopatología. Cuando este trastorno afecta al cabeza de familia o al cónyuge, puede manifestarse a veces con una personalidad egocéntrica o victimista caracterizada por la insaciable necesidad de llamar la atención y hacerse imprescindible, así como por la insistencia en buscar el reconocimiento de su sacrificio y abnegación. Hay numerosos profesionales de la medicina, sin embargo, que no reconocen este síndrome como una patología propiamente dicha y lo consideran directamente un delito de maltrato que debe ser derivado de inmediato hacia los Servicios Sociales.

Pearson, debido a sus conocimientos, podía hablar de tú a tú con los médicos, disfrutaba evidentemente en el ambiente hospitalario, conocía al detalle los síntomas de numerosas patologías hasta el punto de ser capaz de describirlas con total exactitud. Era un esposo atento que se resistía a dejar sola ni durante un segundo a su mujer. Según el historial clínico, el cuadro físico y psíquico de ella había ido *in crescendo* durante el tratamiento, y los análisis de laboratorio mostraban resultados discrepantes. Por otro lado, Brenda me había hablado de una serie de situaciones cotidianas de baja intensidad pero continuadas en el tiempo, pequeños accidentes domésticos como el incendio casual de una tostadora eléctrica por aparente descuido, el robo o desaparición de reducidas cantidades de dinero, la pérdida constante de

objetos sin importancia: unas gafas, una prenda de ropa o un costurero que más tarde aparecían en los lugares más insospechados. O sea, la clase de incidentes que pueden acabar convenciendo a la persona más cuerda de que en realidad está perdiendo el juicio. Quizá la escritora se refería a eso cuando escribió que había visto su cabeza servida en bandeja a la hora del té. Una metáfora simbolista. En mi mente iba tomando cuerpo poco a poco la personalidad obsesiva de Pearson, concentrada en la imagen de un hombre midiéndose retadoramente consigo mismo en interminables partidas de ajedrez. Y como telón de fondo de todo eso, el detalle leve del bebé que no llegó a nacer, quizá por causa natural o accidental. O tal vez premeditada.

Mientras caminaba intentaba recomponer las lagunas que faltaban en el relato a base de lógica y un poco de imaginación, pero resultaba imposible.

El aire húmedo y fresco de la noche me entumecía los huesos. Me preguntaba qué clase de recovecos y fragilidades podía albergar el alma humana. Tenía razón Virginia Woolf cuando escribió en sus diarios que pocas cosas puede haber en el mundo más peligrosas que tu propia casa. Un hogar a puerta cerrada.

Percibí repentinamente la oscuridad que me rodeaba inmensa y silenciosa y recordé un día en que mi hermana Bea me enseñó a coger renacuajos en el río. Ella hundía la pala en la orilla poco profunda, y yo con una malla verde tenía que coger a las crías que huían enloquecidas nadando en círculo. Era raro ver cómo el barro del fondo subía en torbellinos como una turba espesa de hojas y materia orgánica en descomposición que enturbiaba la superficie y desprendía un olor denso a detritus y agua estancada. Me subí la capucha del chándal y doblé a la izquierda por una perpendicular a Portobello Road apurando el paso. La luna pasaba de largo por el horizonte como una pariente lejana.

Cuando llegué a casa, me encontré a Álex preparando espaguetis con tomate en el hornillo de la cocina. Llevaba puesto un mandil de la señora Bartholomew con lunares rojos y volantes.

Toda la casa olía a albahaca, a orégano y a olivas arbequinas. Un aroma tranquilizador sobre todo en comparación con los suburbios por los que había transitado mi imaginación.

—Caramba, ¡qué guapo! —dije con un tono de niña traviesa que utilizo a veces en las distancias cortas, y él se dio la vuelta imitando con garbo un caracoleado flamenco. Fue suficiente para que la niebla se disipara de golpe.

La gracia es un don natural y difícilísimo de conseguir que siempre resucita en mí el fulgor de lo imposible. No pude resistirme a hacerle una foto con el móvil.

—Como no te comportes, pienso mandarla a *El Progreso*^[4] de Lugo —lo amenacé burlona.

Reaccionó con aire de fingida indignación. Estuvo un rato persiguiéndome alrededor de la mesa hasta darme alcance y me arreó una patada en el culo, que es su

técnica para afrontar cualquier situación comprometida en la vida.

En la salita había un mantel blanco con velas y una botella de vino que todavía llevaba colgada la etiqueta negra de Harvey Nichols, una exclusiva *boutique* de Knightsbridge prohibitiva para becarios que aspiran a vivir del aire, pero en la que se pueden encontrar productos con denominación de origen de cualquier remoto lugar del mundo, incluida La Rioja.

Ya he dicho que Álex nunca fue demasiado dado a las manifestaciones de afecto. Es ornitólogo, ecologista y terco como una mula, además de bastante mal hablado. Su grito de guerra es «Manda carallo na Habana». Una divisa difícilmente traducible a ningún idioma sensato. También es la persona más considerada que conozco, a pesar de su capacidad para sacarme de quicio algunas veces, y un tipo con recursos: toca la armónica y la gaita cuando le da la gana, imita muy bien el trino de algunos pájaros, le encanta conducir y es capaz de tomar decisiones muy rápidas, entre otras virtudes leves y temerarias. Por si eso fuera poco, en ocasiones y con los ingredientes apropiados, puede convertirse en un cocinillas de mucho cuidado.

Fue una cena romántica en la que yo estuve poco habladora y algo ensimismada. Álex me dejó saborear el menú sin demasiadas preguntas, se encargó de amenizar la velada según la tradicional fórmula inglesa: *At her Majesty's Pleasure*. La *Majesty* en este caso era yo, claro está. Lo dijo con un poco de retintín, pero esperó pacientemente al postre como un caballero para poner sus cartas sobre la mesa.

Retiró los platos y después, como un mago que saca un conejo de la chistera, desplegó ante mí un mapa de Escocia.

—Tenemos un tren a Aberdeen a las siete de la mañana —dijo por toda explicación con su voz grave y confidencial.

Sin duda en mi ausencia había estado atando cabos por su cuenta y había llegado a la conclusión de que a los universos paralelos hay que llegar temprano y con la ruta muy clara.

Que Álex hubiera tomado partido por mi tesis con semejante entusiasmo y determinación era una prueba de fe irrefutable del tamaño aproximado de la catedral de Santiago. A veces conviene tener al lado a alguien que crea en ti. Tampoco es necesario que hagan discursos. Basta, simplemente, un gesto. Me quedé tan desarmada ante la iniciativa que tardé en reaccionar como era debido. De hecho, no lo hice hasta pasados varios minutos, pero creo que nunca lo quise más que en aquel momento con el mapa sobre la mesa y toda la vida por delante.

Capítulo XXI

Viajamos primero hacia el norte en uno de los trazados de ferrocarril más antiguos del mundo y después continuamos hacia el oeste por las tierras altas como bandoleros. La idea era seguir la misma ruta señalada por Brenda Mulligan. A Timothy Gordon le dejamos provisiones suficientes para dos días. Dudamos en llevarlo con nosotros, pero Álex con buen criterio decidió que las Highlands eran territorio salvaje no apto para mascotas domésticas.

Cruzamos a la isla de Skye por el puente nuevo que une Kyleakin y el Kyle of Lochalsh. Antes, la única posibilidad de llegar a la isla era en bote o en el transbordador, pero sólo funcionaba durante los meses de verano. Continuamos camino por una ruta agreste de carreteras de un solo carril entre praderas y ruinas de granjas abandonadas. Viajar juntos es para cualquier pareja un reto peliagudo. Como doblar el cabo de Hornos para los marinos o algo así. Una prueba extrema y definitiva. Durante un tiempo viajar con Álex fue mi manera preferida de estar en el mundo. Esa sensación de mirar lejos y sentirse a gusto sin necesidad de nada más. Creo que recordar viajes es también una de las formas en las que me gustaría envejecer llegado el momento. La idea me dio que pensar y de pronto me eché a reír.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondí.

Pero sí que pasaba. Acababa de acordarme de un viaje que habíamos hecho al principio de conocernos. Íbamos discutiendo, no tengo la menor idea de por qué. Álex se enfadó tanto que me hizo bajar del coche en plena estepa de la Terra Chá y me dejó tirada en medio de la carretera. «Este tío es como John Wayne —recuerdo que pensé—. Cuidado con él». Tardé casi tres cuartos de hora en llegar andando a la gasolinera, y allí estuvo esperándome sentado en el muro, fumando un cigarrillo con el ceño fruncido y los pies colgando hasta que se le pasó el cabreo.

Hubo viajes de todo tipo, claro está. Sin embargo, con Álex siempre he tenido la certeza absoluta de estar a salvo. No sé por qué. Creo que la tendría incluso aunque cruzásemos la frontera de un país en guerra. No es algo racional, por supuesto, tampoco lo son los ciclos de la luna. Una intenta siempre en los viajes guiarse por el instinto.

En Portree tomamos el autobús de línea hasta Dunvegan y allí alquilamos dos

bicicletas para llegar a Neist Point. El viento soplaba a rachas y durante el trayecto confirmé mi teoría de que el ejercicio físico puede ser malísimo para la salud. Alcancé la meta sin resuello y con vértigos pese a los continuos descansos que le pedía a Álex con la excusa de contemplar las vistas. Realmente eran espectaculares. Al final del último repecho ya se divisaba el faro dominando majestuosamente el acantilado, y al momento reconocí el paisaje de la acuarela marina que Brenda Mulligan tenía enmarcada en su habitación. Una panorámica impresionante con unas tenues hilachas pálidas flotando en el horizonte que eran las Hébridas Exteriores. En verdad aquello era el Finisterre. Emily J. Parker había situado su universo paralelo en el fin del mundo.

No se veía por allí más rastro humano que alguna ruina jacobita, un antiguo molino y un par de granjas abandonadas. El resto eran matorrales de brezo salvaje, peñascos de basalto y pequeños arbustos retorcidos que crecían con los lomos encorvados por el viento en las laderas entre los pastos de ovejas. Con razón el último de los príncipes Estuardo, cuando tuvo que huir y echarse al monte por aquellas tierras, exclamó: «Ni el mismísimo diablo se atrevería a seguirme hasta aquí». No sabía que los demonios a veces los lleva uno dentro adonde quiera que vaya.

El cielo estaba muy lejos en aquel lugar apartado del mundo y tomado por los pájaros. Había miles: cornejas, gaviotas y alondras de patas largas que al remontar el vuelo emitían un sonido tan ensordecedor que llegaba a oírse por encima del estruendo del oleaje, pipp-pipp-pipp...

Sólo de imaginar cómo podía ser la isla en invierno con la nieve y el viento helado procedente de los icebergs se me ponían carámbanos en las pestañas.

De pequeña uno de mis sueños era vivir en un faro a miles de kilómetros de la civilización. Hoy sigue pareciéndome una idea romántica y maravillosa, pero metafísicamente poco aconsejable. Soy de las que sin tener un súper cerca, una buena conexión wi-fi y mi dosis diaria de monóxido de carbono me vengo abajo.

No fue fácil encontrar la localidad de Kirklochewe. Tuvimos que consultar varias veces el mapa. Al fin dimos con el lugar en una ladera protegida por un promontorio. Había apenas unas cuantas casas desperdigadas y con pinta de estar deshabitadas, salvo una que parecía unida al cielo por un cordón de humo gris.

Conforme nos acercamos, el aire se fue llenando de un olor tostado a mazorcas de maíz, como un aliento lejano llegado directamente de mis veranos infantiles llenos de misterios y de novelitas de Enid Blyton. Vimos a una mujer mayor con un moño blanco y el bolsillo del delantal lleno de pinzas de tender la ropa, pero no supo darnos ninguna información. La verdad es que no parecía gustarle hablar con extraños. Tenía toda la pinta de ser de las que guardan una escopeta de caza en la despensa.

Un buen trecho más allá había un hombre arrancando una mata de dientes de león junto al camino. Se incorporó cuando llegamos a su altura y nos saludó con total naturalidad, como si no fuésemos los primeros seres humanos que veía probablemente en meses.

Era un tipo grande y fornido, de unos setenta años más o menos, con barriga, nariz colorada y barba pelirroja moteada de canas. Llevaba puesto un pantalón de faena, botas del ejército y un jersey escocés de color verde con el típico reno dorado en la parte delantera.

Álex, a pesar de sus dificultades con el idioma, se lanzó a conversar con él animadamente haciendo gala de esa naturalidad campechana que tienen los de Lugo para tirarse a cualquier piscina. Fue un flechazo inmediato, como el que acostumbra a establecer él con los caballos, los gatos y las personas que viven al borde de un abismo. Siempre he pensado que lo que se dice con palabras no es tan importante como lo que se dice con los ojos. La mirada es el radar del alma y todas esas cosas en las que tanto insisten los poetas virgilianos.

A los pocos minutos ya sabíamos que se llamaba Tom McCullin, que era esquilador y pastor y que llevaba toda su vida en la isla. Además, le gustaban los pájaros. Bueno, exceptuando las águilas reales, que por lo visto le habían matado a más de un cordero.

Tardé un buen rato en poder meter baza en aquella conversación rural y masculina. Lo hice de una forma tímida pero directa.

—Verá..., estamos intentando localizar las tierras del mayor Parker, un militar que luchó en la gran guerra. Tenemos entendido que era de por aquí. No sé si usted por casualidad podría orientarnos —pregunté esperanzada y dando por supuesto que en un lugar como aquel todo el mundo sabría a quién pertenecía cada palmo de terreno.

—*Sure* —respondió, y su rostro se iluminó como un pan candeal. Tenía un acento gaélico cerrado donde las vocales constituían un universo propio. Pero chapurreaba inglés con bastante claridad.

Al parecer su abuelo había cuidado los rebaños del mayor y su padre continuó trabajando para la familia hasta que murió al servicio de las hermanas: Josephine, Dorothy y Mary Jane. Pronunció los tres nombres de carrerilla como quien recita una letanía sagrada.

—*What women, my God!* —exclamó con un silbido admirativo que podía admitir varias interpretaciones.

Yo deduje que las tres mujeres debían de ser de armas tomar, como mi abuela Lola. Y encima, pelirrojas.

Al parecer, Tom había continuado la saga familiar desde que era apenas un crío y siguió haciéndose cargo de las ovejas. Según nos dijo, se ocupaba de trasquilar la lana, cuidar los rebaños, ayudar en los partos, vacunar a las crías y negociar los precios con los comerciantes de Portree. Hablaba un poco sin sintaxis y había en sus gestos una lentitud esencial, una especie de adormecimiento que le daba un aspecto ingenuo y algo peculiar.

—No es un trabajo que pueda hacer cualquiera, ¿saben? —recalcó con un tono de orgullo que me pareció un rasgo conmovedoramente infantil en un hombre de su

envergadura—. La señora me dio plenos poderes en lo referente a la granja —añadió ufano, y su enorme nariz surcada de capilares se puso aún más colorada.

—¿Qué señora? —pregunté pensando que tal vez la propiedad había cambiado de dueños.

—La hija del mayor —respondió él para mi sorpresa.

—¿Emily? —continué a ciegas guiándome por la experiencia acumulada durante mis aventuras de niña detective—, ¿la escritora?

—¡Demonios! —exclamó Tom asombrado de que la conociera—. No sabía que la señorita Parker fuera tan famosa.

Fue Álex quien le explicó que yo estaba haciendo un estudio literario sobre su obra. Si le hubiera dicho que éramos parientes directos de William Shakespeare, no habría tenido más atenciones con nosotros. Recogió de inmediato sus herramientas en un capazo, se caló en la cabeza una descolorida gorra de cuadros y echó a andar delante de nosotros mostrándonos el camino a la casa.

Salió a recibirnos un perro lanudo, vagamente parecido a un collie, blanco y negro con un fuego entre las orejas. Tom acalló sus ladridos pasándole la mano por el lomo.

—¿Cómo se llama?

—Buck.

Igual que el perro de *La llamada de la selva*, pensé como si fuera la cosa más natural del mundo. Me agaché y le cogí la cabeza entre las manos. Cualquiera que haya tenido perros sabe que poner los ojos a la misma altura que los del animal es un gesto de reconocimiento indiscutible en el lenguaje canino.

Dejamos las bicis arrimadas junto al muro de acceso. En realidad, más que una casa era una cabaña —tal como había dicho Brenda Mulligan—, con ventanas pequeñas reforzadas de madera, paredes grises de pizarra resguardadas del viento y un tejado de paja que recordaba los flecos de una escoba. A un lado de la entrada crecía un pequeño jardín de rosas silvestres.

Far away / Into the rose garden, recité melancólicamente para mis adentros.

Tom tenía montada una destilería clandestina de *whisky* de malta en la parte trasera de la vivienda. Fue lo primero que nos enseñó, como si se tratara de su cofre del tesoro.

El interior de la casa conservaba su estilo originario. Tenía dos plantas unidas por unas escaleras de madera: abajo estaba la cocina con chimenea de piedra y una despensa comunicada con la destilería y un pequeño granero. Junto al hogar había un catre cubierto con una piel de borrego, donde supuse que dormiría Tom. Las habitaciones estaban en el piso de arriba. Dos orientadas al oeste y la otra, más pequeña, al sur.

—Este era el cuarto de la señorita Emily —dijo Tom abriendo la puerta para mostrarnos la estancia—. Aquí solía trabajar antes del accidente. Todo está tal como ella lo dejó.

—¿Del accidente? —pregunté frenando en seco en el umbral.

—¡Ufff! Se libró por los pelos de morir ahogada —dijo Tom—. Le gustaba mucho caminar por los acantilados, igual que a su padre, *like father like son*.

De tal palo tal astilla, traduje yo mentalmente con el instinto alerta. Aquello no coincidía exactamente con la versión de Brenda Mulligan.

—Pero ¿cómo? ¿Está seguro de que no murió en el accidente?

—¡Y tan seguro! Como que yo mismo la rescaté y la traje en brazos hasta aquí.

A continuación, el hombre farfulló algo que no entendí bien. Deduje que debía de haber otra mujer que también vivía en la casa y que había sido ella quien había dado la voz de alarma. No acababa de cogerle el tranquillo a su endiablado acento escocés. Luego se perdió en una disertación sobre la naturaleza geológica del terreno y lo resbaladizas que eran las pendientes en la isla.

—Hay que tener mucho cuidado dónde se ponen los pies —concluyó diciendo a modo de aviso a navegantes.

Intenté averiguar algo más, pero lo único que saqué en claro fue que la escritora había conseguido salir viva, con alguna secuela, de un paseo por el sendero embarrado que llevaba a la playa, un día de temporal en el que salió sola con un abrigo pesado y botas de agua, como si se le hubiera perdido algo allá abajo.

La habitación de Emily estaba en penumbra y olía a cerrado, pero cuando Tom desenganchó la presilla de las contraventanas, el cuarto se inundó de luz. Había una cama alta cubierta por una colcha rosa, un pequeño escritorio con cajones junto a la ventana y varios centenares de libros dentro de una vitrina victoriana cerrada con llave.

Debí de poner la misma cara que solía poner de niña la mañana de Reyes delante de mi regalo favorito.

—¿Podría...? —balbuceé sin atreverme a continuar.

Álex me ayudó a acabar la frase:

—Es una adicta a la lectura —dijo señalándome con el dedo como si fuera un caso perdido de alcoholismo—. Creo que le gustaría echarles un vistazo a los libros si fuera posible.

—No faltaría más —respondió Tom halagado por el interés que despertaba en nosotros su humilde cabaña—. Hace años que nadie viene por aquí. Pueden mirar lo que quieran, pero yo debo ausentarme un par de horas —se excusó—. Tengo que poner unas cercas de alambre junto al acantilado para que no se despeñen las ovejas.

Álex se ofreció a acompañarlo. Él también tenía su lado ganadero y salvaje del Far West.

Buck salió correteando tras ellos, y yo me quedé sola y a mis anchas en el *sancta sanctorum*. Sabía perfectamente lo que buscaba y no tardé en encontrarlo. El manuscrito estaba en el primer estante de la vitrina, pero se distinguía perfectamente de los demás porque tenía las guardas chamuscadas como si alguien lo hubiera salvado de la quema en el último momento. No obstante, estaba completo con todas

las páginas y el título se leía con claridad: *The Bridge*.

Sumergirme en él fue, como suponía, una experiencia radical, aunque incompleta. En algunas partes había pequeños pozos oscuros que había que atravesar a ciegas como la galería de una mina. Probablemente Emily J. Parker sabía que para seguir adelante necesitaba resolución, debía tragarse el miedo, olvidarse de la sentimentalidad de sus primeros poemas. Por eso construyó el puente. *The Bridge*. Lo escribió en roca pura, como una fortaleza medieval inexpugnable. Como el castillo de Dunvegan que guardaba dentro el pedazo de seda mágica que protegía al clan de los MacLeod. Fue una manera *in extremis* de decir: «Ahí os quedáis. Nunca me atraparéis».

No podía decirse que fuera una historia única y excepcional. Podía ser la historia de cualquier mujer que se enfrenta a algo o a alguien mucho más poderoso que ella y que hace lo que puede, que algunas veces, pocas, hace lo que tiene que hacer. Era, en definitiva, el relato autobiográfico de una mujer que ganó una guerra pero que perdió la paz, que se dobló más allá de todos los límites, que se rompió la crisma mil veces contra la misma piedra, que amó a su verdugo, que dudó de sí misma, que negó sus sentimientos y cultivó el catastrofismo a conciencia, como cualquiera. Pero con el tiempo lo vivido le pasó una factura demasiado alta, muy por encima de sus posibilidades, como una *suite* de lujo en un hotel de cinco estrellas. Y pagó el precio. Tartamudeaba. Entraba en los hospitales tarareando tonadillas infantiles, de puro terror a no salir viva de allí. Jamás oyó hablar del síndrome de Münchhausen por poderes, pero cuando miraba a su marido con una bandeja de té veía a un cazador con su rifle. Sabía perfectamente a qué se enfrentaba. Vivía atrapada en ese suburbio de la vida que es un matrimonio feliz.

Imagino que en ocasiones la mano con la que escribía le temblaba tanto que tenía que sujetarse la muñeca con la otra y ni ella misma entendería a veces lo que había garabateado en el papel. Una lunática de manicomio, según algunos informes médicos. En mi opinión, la mejor escritora de su tiempo.

Es verdad que en su prosa había desniveles y barrancos y largos circunloquios pesados como grilletes, pero una sabía que si lograba cruzar el puente encontraría el pedazo de seda mágica que en contadísimas ocasiones puede llegar a ser la escritura.

Miré a través de los cristales la tierra pelada y el cielo abierto. Ella era de allí. Del lugar inhóspito y radiante que son las islas Hébridas. Pensé que era bueno ser de un lugar salvaje.

Lo que vino después no es fácil de explicar. Tom y Álex regresaron con Buck de los acantilados. Bebieron *whisky*, rieron y se despidieron como se despiden los vaqueros del Oeste en las películas de John Ford. Yo robé el manuscrito y lo escondí en la mochila en plan *Marnie la ladrona*. Sabía que el viejo Tom no lo echaría de menos. Sé que no estuvo bien. Pero no soy como mi hermana Bea, no siempre hago lo que se debe hacer. A veces hago sólo lo que puedo.

Tom nos indicó un Bed & Breakfast llamado Dory's Inn, justo en la curva del

promontorio. Después nos mostró el camino al cementerio familiar por si queríamos visitarlo antes de irnos, y yo corté con sumo cuidado una rosa del jardín para rendir mi pequeño tributo a la poesía. Hubiera preferido un funeral vikingo, pero no siempre se puede elegir.

La pensión no resultó demasiado confortable, que digamos. La cama era estrecha y las paredes olían a pintura. Dormimos a ratos con el sonido del mar de fondo y la rosa silvestre ahogándose en un vaso de agua sobre la mesilla de noche. A la mañana siguiente lloviznaba un poco, desayunamos los reglamentarios huevos con beicon sin rechistar, como buenos huéspedes. Por la ventana se veían unas nubes deshiladas.

De pequeña me gustaba mirar las nubes por el hueco que se abría entre los árboles mientras permanecía tumbada boca arriba en la hierba con un peto vaquero y los brazos cruzados bajo la cabeza como Tom Sawyer. Todo sucedía demasiado de prisa: el cielo rosa por encima del manzano, la corriente del río, el verano, los últimos días de vacaciones... Sentir la velocidad del mundo me producía una sensación de vértigo inmensa. Eso es porque la tierra no para de dar vueltas sobre su eje de rotación, pensaba en plan sabelotodo. Supongo que me preocupaba llegar tarde a mi propia vida. Fue una etapa en la que me puse un poco pesada haciéndole a todo el mundo preguntas trascendentales sobre el medioambiente y sobre los ríos que van a dar al océano sin que nada los detenga, y sobre los seres vivos que nacen, se reproducen y mueren, y se acabó.

Esa angustia existencial que me entraba a mí al mirar el cielo la resolvió mi abuelo Francisco de un plumazo una tarde de verano con sólo tres palabras: «Septiembre puede esperar».

Lo dijo como quien no quiere la cosa mientras arreglaba un capazo de mimbre con una navaja artesana. Yo cacé la oración al vuelo como si fuera una libélula futurista. Estaba convencida de que mi abuelo tenía sus propios tratos con el tiempo, que por algo era relojero. Supongo que era su manera de infundirme aliento y paciencia. La frase pasó a mi cuadernito de hojas cuadriculadas junto a otras palabras misteriosas que también se decían en casa, como «ancha es Castilla», o «por haches o por bes», o «tabla rasa», cuyo significado tampoco estaba muy claro, que digamos. Todas las familias tienen un idioma propio para entenderse entre líneas. Cuando una se hace mayor, ese lenguaje simbólico es lo único que va quedando de aquel mundo perdido. Pero lo que dijo mi abuelo aquella tarde se convirtió para mí en una especie de guía espiritual, como si lo hubiera dicho Sócrates. A veces hace falta la mitad de la vida para comprender los mensajes que nos son confiados de niños sin comerlo ni beberlo. No sé por qué tendría que acordarme de eso en Escocia, a miles de kilómetros de casa. Pero el caso es que me acordé.

Pagamos la cuenta de la pensión en *cash* y emprendimos el regreso con nuestras mochilas auestas.

Mientras caminábamos, notaba las gotas finísimas de humedad mojándome los hombros, pero no se oía el más leve susurro.

Al final del camino de tierra vimos el pequeño muro de pizarra que nos había indicado Tom. Me encantan los cementerios ingleses con lluvia. Lápidas salpicadas de musgo, diseminadas en el césped entre hierba muy verde. Allí estaban enterrados el mayor Parker y sus tres hermanas luteranas. Un lugar plácido y resguardado donde no azotaba el viento. Álex decidió esperarme fuera del recinto. En Galicia no es costumbre que los hombres asistan a los funerales, lo normal es que se queden fuera, en el atrio, sin que a nadie le parezca ni bien ni mal. Como si fueran de otra religión. No sé..., testigos de Jehová o sintoístas. Yo estuve un rato leyendo las inscripciones de las piedras, pensando que los límites que separan la vida de la muerte son vagos y nebulosos. De pronto, cuando me disponía a dejar la rosa silvestre sobre la tumba de mi escritora preferida, me quedé fulminada como si hubiera recibido una patada en la nuca. Ahí se detuvieron en seco mis pensamientos y empezó todo lo demás.

—¡No puede ser! —exclamé en voz alta sin dar crédito. Tragué saliva. Volví a leer la inscripción de la lápida con detenimiento, y al hacerlo sentí que todo mi universo con sus altas torres de marfil y sus verdades incuestionables saltaba por los aires. Tuve que agarrarme a los pocos principios que me quedaban para no perder el equilibrio.

La vida debe de ser un intenso prepararse para lo extraño, para lo peor, para lo imposible. Pero las circunstancias siempre me pillan por sorpresa.

Capítulo XXII

La indignación que sentía no iba tanto contra Emily J. Parker por habernos engañado a todos vilmente como contra mí misma por no haberlo visto venir.

Debí suponerlo: aquella forma de ladear la cabeza y arquear un poco las cejas como si supiera algo que nadie más sabía, algo profundo y ligeramente malévolo, los silencios en la conversación, sus modales distinguidos, un poco aristocráticos, las muñecas tan finas, el libro de T. S. Eliot, su manera inteligente de expresarse como en líneas tangentes. ¿Quién puede conocer el corazón de una mujer? A toro pasado, todo eran pistas, pero lo cierto es que hasta que no vi el nombre de Brenda Mulligan grabado en la lápida con la fecha de su nacimiento y de su muerte (1922-1963) no entendí lo que había ocurrido.

Recordé la sensación que tuve al salir de Ivy Manor, como una piedrecita molestándome en el zapato.

Ahora me explicaba que la anciana se refiriera a Emily J. Parker como a una verdadera embustera. En el momento me pareció un poco irreverente hablar así de una amiga muerta, pero ¿quién iba a pensar que estaba hablando de sí misma?

Probablemente ella quería que yo supiera la verdad. ¿Por qué si no iba a mencionar la isla de Skye? Tal vez quiso ponerme a prueba. No estaba segura de que yo tuviera el coraje suficiente de seguir hasta el final y quiso asegurarse. No se lo reprocho. Estoy acostumbrada a suscitar cierto escepticismo en torno a mi persona. Doña Laura, mi maestra de primaria, dudaba de que yo pudiera haber hecho sola mis redacciones escolares; mi primo Darío siempre cuestionó que fuera capaz de subirme a un árbol hasta que me vio trepar temblando a un castaño de seis metros para darle en las narices. Por no hablar de don Marcial y su famosa sentencia del camello y la aguja, que dio rienda a su ira bíblica mientras yo tragaba saliva y aguantaba mecha a pie firme. Pero la duda de mi admirada escritora anglosajona, más o menos muerta, era algo que francamente no estaba preparada para afrontar.

Estoy segura de que Emily J. Parker se divirtió un rato a mi costa. Vivir bajo un nombre falso debe de tener sus ventajas, asistir a la propia vida desde fuera a cierta distancia. Es como asistir a tu propio funeral o espiar a través de una cortina lo que dicen de ti. A mí me encantaba hacerlo de niña, aunque lo que oía casi siempre dejaba bastante que desear. Más difícil debe de ser guardar las distancias con los muertos.

Brenda Mulligan llevaba enterrada más de cuarenta años en Neist Point. Creo que si me dieran a elegir yo preferiría morir en un universo paralelo que en una residencia para la tercera edad.

Imaginé la existencia en el faro del fin del mundo, entre pastores medio salvajes, perros lanudos, nutrias e icebergs, y tampoco me pareció tan malo teniendo en cuenta lo que hay por ahí.

El camino de vuelta a Londres fue raro. Pese a los intentos de Álex, no me apetecía mucho hablar. Prefería mirar el paisaje a través de la ventanilla del tren con la luna de la tarde medio calcificada a un lado del cielo. Me sentía un poco estafada en términos generales, como cuando descubrí que los Reyes eran los padres y el mundo se vació de una manera repentina. Me lo contó Bea en nuestra habitación de las camas gemelas blancas desde las que nos hablábamos en bajito por las noches. Después de ese primer desengaño, no me dio por ponerme a creer en los ovnis, para compensar, como a otros niños, aunque desarrollé cierta propensión a las ensoñaciones románticas y sin mucho fundamento. Siempre le guardé un poco de rencor a mi hermana por aquello, pero ella tenía razón. No se puede detener el curso de las cosas.

El viento húmedo de las Highlands me caló hondo en los huesos y la niebla marina no hizo más que empeorar las cosas. Llegué a casa tiritando y con fiebre. Es lo que suele ocurrir cuando una va por la vida desabrigada, sin mucho dinero y soñando con escribir un libro que vaya a cambiar la historia de la literatura. Estuve tentada de coger todos los folios y recortes de mi estudio y tirarlos a la papelera. Sé reconocer una derrota. Álex trató de capear el temporal a su manera.

—¿Sabes que a veces te vuelves realmente incomprensible a última hora de la noche? —se limitó a decir con bastante resignación.

Desde su punto de vista, no había motivo para que me pusiera así. No sólo había descubierto que la escritora a la que tanto admiraba estaba viva, sino que además había recuperado el manuscrito de su última novela. Todo un triunfo, académicamente hablando. Pero yo albergaba mis propias ideas sobre los éxitos y los fracasos. En el fondo lo único que tenía era una historia que no me pertenecía. Últimamente me asaltaba la sensación de que nada era mío.

—Me siento como una intrusa —dije—. ¿Tú no tienes la impresión de que somos intrusos? Quiero decir, cuando miras a tu alrededor, ¿nunca has pensado que todo el mundo finge?

Me dijo que sí, claro. ¿Qué me iba a decir? Tenía fiebre. Dejarme por imposible es de las cosas que Álex sabe hacer con verdadera maestría. Se queda callado con las manos en los bolsillos como un pescador sin caña. Lo cierto es que, para saber imitar el trino de los pájaros, a veces tiene una forma muy suya de no decir ni pío. Después de trastear un rato en la cocina, apareció con un ponche explosivo y originario de

Lugo a base de coñac, miel y limón, que me quitó los estornudos de golpe, pero me dejó un poco afectado el sentido de la orientación. Cuando me levantaba de la cama para ir al baño, el suelo se me movía como la pasarela de La Bounty en plena estación de los tifones. Tardé varios días en recuperarme.

Volví a Ivy Manor, claro que volví. Un sábado de resurrección, en términos metafóricos, respirando a pleno pulmón. Toda la mansión olía a césped recién cortado y el aire desprendía una calidad de seda como una delicada túnica de Armani.

Cuando pregunté por Brenda Mulligan en la recepción, *Mrs. Matthews* me respondió como si empezara a considerarme de la familia. Y enseguida mandó a Lucy a buscarla.

La encontré distinta, más alegre. Llevaba un vestido primaveral con bolsillos y el mismo chal azul medianoche caído delicadamente sobre los hombros. Se había puesto un mínimo toque de color en las mejillas. Fijándose bien en sus facciones, cualquiera podía reconocer en ella a la joven orgullosa de pómulos altos y cejas circunflejas de la fotografía. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Una belleza falsa, como la de cualquier mujer inteligente.

Con el paso de los años, es el conocimiento lo que hace interesantes a las personas, lo que les da valor y las hace atractivas más allá de la edad. Emily J. Parker tenía esa clase de conocimiento. Sabía cosas que nadie más que ella podía saber. Era una mujer mayor sin duda, pero no había perdido ni un ápice de su poder de seducción.

—Ya veo que lo ha descubierto —dijo nada más verme con una sonrisita de circunstancias—. Chica lista.

—¿Por qué me mintió? —pregunté arisca sin andarme con miramientos. A veces puedo ser bastante borde cuando estoy dolida.

—Ya le advertí que su escritora era una mentirosa redomada —contestó en tono de chanza—, y ni siquiera es uno de mis peores defectos —rio.

No le costó demasiado volver a conquistarme. Sucumbo fácilmente a la simpatía y al encanto de las historias. Ella tenía el don de la conversación. Conocía bien el significado de vivir a pleno pulmón, como todos los que esquían, vuelan o conducen ambulancias. Volvimos a ocupar la misma esquina del salón donde habíamos estado la primera vez, junto a la ventana.

—Cuando Brenda murió, pensé que tal vez no sería difícil hacerme pasar por ella —continuó como si nada—. Al fin y al cabo, las dos habíamos trabajado para los servicios secretos. Sabíamos algo de esas cuestiones. Lo cierto es que no nos parecíamos demasiado, ella era mucho más corpulenta que yo. Pero con el tiempo el cuerpo cambia, ya se sabe... A ella le gustó Kirklochewe. Ya conoce el lugar. Fue una manera como otra cualquiera de dejar el pasado atrás. Nadie pensó que pudiera existir un refugio así. Ni siquiera mi marido lo habría imaginado. Jamás se lo mencioné a

nadie. Pensaba que mantener ese lugar en secreto era mi salvoconducto. Nadie hubiera osado seguirnos hasta allí. Ni el MI5, ni el Foreign Office, ni Scotland Yard. Desaparecimos sin más. Se nos tragó la tierra. Y fuimos felices a nuestra manera, lejos del mundo. El mar lo limpia todo —dijo evocadoramente. Durante unos segundos pareció estar reflexionando, se la notaba meditabunda—. El amor está demasiado sobrevalorado —dijo—. Creo que es por culpa de las novelas románticas. Tal vez el sentimiento más elevado que se pueda sentir por otra persona sea el de la amistad. Al menos eso creo yo. —Hizo otra pausa quizá por si yo quería mostrar mi conformidad o discrepancia, pero como no dije nada, retomó el hilo—: Luego vinieron los achaques de la edad. Es ley de vida. Brenda enfermó de neumonía, el clima de la isla no es apto para ningún bicho viviente y yo arrastraba serios problemas de cadera desde el día que resbalé en los acantilados.

—¿Cómo ocurrió? —pregunté.

—Lo cierto es que no lo sé muy bien. Durante el tiempo que vivimos en Kirklochewe salía a pasear con frecuencia por los acantilados con algún libro. Me gustaba oír el rugido del mar desde lejos, sintiéndome a salvo cerca del abismo. Ver la espuma del oleaje subiendo en grandes sábanas por las rocas hasta convertirse en vapor es todo un espectáculo. —Había un brillo rememorativo en sus ojos—. Uno de aquellos días de temporal mientras volvía a casa —continuó— vi a alguien que avanzaba hacia mí por el camino con paso decidido y un impermeable verde de pescador. Apenas una sombra dando grandes zancadas. Pensé que era él. Supe que era él. ¿Quién podía ser si no? Conocía bien su forma de caminar. Son cosas que a una esposa no se le escapan. Sentí su cercanía en el sudor helado que me corría por la espalda. Eché a correr con todas mis fuerzas, los pies me resbalaban continuamente por la pendiente sobre el terreno mojado. Oía el mar enfurecido cincuenta metros más abajo, pero en lo único que podía pensar era en correr más rápido; miré hacia atrás un momento y resbalé. Me despeñé desde mitad de la pendiente. Fui dando tumbos por las rocas. No sé cuánto tiempo estuve tirada al pie del acantilado. Perdía y recuperaba la conciencia. Me desvanecí varias veces, pero cada vez que el mar se retiraba intentaba levantar la cabeza para tomar aire. Las olas golpeaban las rocas con mucha fuerza. Si no es por Tom hubiera muerto ahogada. El dolor sigue ahí —dijo señalándose el costado izquierdo—. Y se acabó el baile. Tarde o temprano siempre se acaba. Pero lo peor no fue el dolor, sino el miedo —sonrió con resignación y me miró como se miran las cosas que pasaron hace mucho tiempo.

—¿Está segura de que era Pearson? ¿Llegó a hablar con él?

—No. No supe nada más de él. Quizá fuera sólo mi imaginación. A cierta edad hay muy pocas cosas de las que una pueda estar completamente segura. Pero se aprende a presentir. La mente puede confundirnos, pero el cuerpo no engaña. Tiene su propio código cifrado de señales y es infalible. Lo reconocí porque el corazón se me vació de golpe como una rueda pinchada. —Me pareció que en su voz quedaba todavía un rastro de zozobra contenida—. Pensar que Allan había dado conmigo y

podía volver a aparecer en cualquier momento me erizó el instinto. Comprendí que la única manera de librarme de él era que me diera por muerta. Sólo los muertos están a salvo —dijo con afectación, citando a Shakespeare o a Marlowe quizá, y bajó la vista como si pidiera disculpas—. Brenda y yo lo habíamos hablado desde que su enfermedad se agravó. Murió a los pocos meses. Pero nada nos pilló por sorpresa. Estábamos acostumbradas a llevar a cabo nuestros propios planes. Entre las dos acordamos lo que había que hacer y amañamos los papeles. Viví bajo la identidad de Brenda en varios lugares de Escocia, primero en Kirkpatrick y después en Stirling. Desde que ella murió ya no me sentía segura en la isla. Llegué incluso a trabajar una temporada como ayudante en la biblioteca de Fort William. Me acostumbré a vivir en un mundo aparte, rodeada de libros y de recuerdos; no quise volver a saber nada de política ni del futuro, pensé que la vida me había empujado a los márgenes, pero me había obsequiado a cambio con el don de la soledad, y acabé por cogerle el tranquillo —sonrió—. Con el paso de los años fui perdiendo movilidad. Cuando llegó el momento presenté los papeles para solicitar plaza en la residencia a su nombre. Y ya está. No hay más misterio.

—¿Y nunca echó nada de menos? —pregunté yo.

Ella se quedó abstraída un rato mirando con un amago de sonrisa hacia los árboles de fuera, como si por ahí se le hubiera extraviado algo.

—Lo único que alguna vez eché en falta fue tener un hijo —dijo de pronto, y se produjo otro silencio. Pensé que haber perdido un bebé le había dejado aquella calma radical en el rostro. Cuando volvió a hablar su voz sonó más lenta, como ensoñada—: Hubo un niño una vez, un muchachito flaco. Lo conocí en una de las colonias que tenía el Ejército de Salvación para refugiados. Llegaron un montón de críos en barco huyendo de los bombardeos alemanes en vuestra guerra civil, *The Spanish War* —dijo, como se la conoce coloquialmente en inglés—. Debía de ser el año 37 o 38. Yo era muy joven. Casi una niña. Entonces muchas chicas colaborábamos con la Iglesia presbiteriana. Nos hicimos amigos. Iba a verlo a veces y le llevaba juguetes. Una vez le regalé un avioncito rojo de latón, un Spitfire con la insignia de la RAF. Una de esas maquetas en miniatura que hacían nuestros pilotos. Le gustó tanto que dormía con él bajo la almohada. Era un muchachito muy listo, español, como tú —dijo con repentina familiaridad, poniendo su mano suavemente sobre mi antebrazo, como si hubiésemos superado una barrera formal—. Creía que yo era un hada, figúrate, un hada... —se echó a reír.

Pero yo no me reí. Me pareció que la luz primaveral que entraba por la ventana ya no encontraba ningún obstáculo para derramarse por todas partes como un tarro de miel. Cuando murió mi abuelo Francisco ocurrió algo parecido, un destello de sol rebotó en algún objeto metálico que había en su cuarto y el reflejo inundó de oro toda la habitación antes de apagarse, como si su alma o lo que fuese tuviera prisa por salir pitando hacia otras latitudes galácticas. Él también era *fogueteiro*. Quise creer que desde algún lugar de las nubes me guiñaba un ojo antes de remontar el vuelo de

nuevo hacia las alturas.

Durante bastante rato la escritora y yo estuvimos hablando de todo como si nos conociéramos de siempre. Hablamos de sus tías Josephine, Dorothy y Mary Jane, grandes lectoras de la Biblia; de la receta del pudin de Yorkshire tostado, crujiente y hueco por dentro; de sus primeros poemas; de los tiempos del Blitz... También se refirió al incidente mencionado por Whelan. «Un pequeño malentendido», había dicho el profesor. Ya sabemos los efectos que puede tener, según los meteorólogos, el simple aleteo de una mariposa en la circulación general atmosférica y también en otros fenómenos que rigen las vidas humanas.

—Tú no te imaginas cómo fue aquello —explicó—. Durante la guerra todo tenía un sentido. Estábamos muy unidos, formábamos un equipo. Pero luego el ambiente se fue enrareciendo. Empezaron las intrigas... Nada comparado con lo que vendría después, pero para mí fue suficiente. Basta que una calumnia prenda para que se extienda como la pólvora —reflexionó durante unos segundos en silencio. Pensé que no iba a añadir nada más, pero continuó—: Dijeron que yo le había pasado un informe codificado a Pinker. Pinker era el nombre en clave del profesor Lawrence Godwin, el mayor experto en filología eslava del Reino Unido. Un auténtico sabio, culto y minucioso como un monje medieval, grueso y cargado de hombros, un poco atildado y de mejillas sonrosadas, supongo que de ahí venía su apodo. Probablemente era homosexual, como decían. No es que el MI5 fuera especialmente escrupuloso con la vida privada de sus funcionarios, no más al menos que cualquier otro servicio secreto, pero en la práctica los homosexuales se convirtieron en sospechosos. Se les consideraba especialmente vulnerables al chantaje. ¡Como si los demás no lo fueran! —exclamó. En sus ojos pálidos había una expresión claramente insinuante—. No hace falta más que ver cómo acabaron algunos de los jefes que teníamos entonces para hacerse una idea. —Supuse que se refería al caso del famoso agente Kim Philby, jefe máximo de contraespionaje del MI6, que, según se fue descubriendo luego, era además un hábil e inexorable espía del KGB al que inmortalizó John Le Carré en *El topo*—. En el mundo del espionaje —continuó ella—, cuanto más alto asciendes en el escalafón, más difusas son las fronteras entre los dos bandos. Esa es una lección que yo he aprendido muy bien. Una cosa lleva a la otra, por así decirlo. —Se calló un momento, como si necesitara tiempo para exponer un punto de vista complejo—. La lealtad, la traición son palabras que nos vienen tan grandes como a Pulgarcito las botas de las siete leguas. Todo el que haya estado dentro de los servicios secretos tiene que habituarse a pensar con tantos recovecos que a veces es muy difícil distinguir la línea recta. No lo digo como justificación, simplemente es así. Quizá todo buen espía es en el fondo un espía doble. No lo sé. Prefiero no saberlo. —Su voz sonaba cansada. Pensé que al final de cualquier vida más o menos larga hay siempre demasiada información clasificada. No debía de ser fácil para ella ordenar todo ese material: los recuerdos, las decepciones, las dudas, las certezas, los cambios, las omisiones... Pero me sorprendió la facilidad que mostraba para seguir el hilo a sus

años—. Pinker tenía un auténtico don para el alfabeto cirílico —continuó—. Como te puedes imaginar, al final de la guerra cualquier admiración hacia la cultura rusa empezaba a considerarse sospechosa de marxismo, sobre todo después de que Konstantin Volkov revelara el nombre de varios miembros del Foreign Office que trabajaban para la Unión Soviética. Empezó la cacería. Pagaron algunos justos por pecadores, como suele decirse. Pasa en todas las guerras. Se formulan cargos contra personas decentes sin ningún fundamento por simples envidias o rivalidades académicas mientras los verdaderos acróbatas que van y vienen al otro lado del espejo están en la cúpula. Siempre ha sido así. El poder. ¿Sabes lo que es eso? —me miró muy fijamente con una mezcla de curiosidad y preocupación, como si me estuviera comparando con alguien, quizá con ella misma cuando tenía mi edad—. No, claro que no lo sabes, ¿cómo vas a saberlo?

»En 1945, antes del final de la guerra, el profesor Godwin no hacía otra cosa que lo que llevaba haciendo toda su vida, quemarse las pestañas como filólogo y traductor en su cátedra de Cambridge y asistir como intérprete a algunas recepciones diplomáticas a petición de la embajada. Visto desde ahora parece una cosa insignificante. *For God's sake!* —exclamó con verdadera indignación. Era la primera vez que la veía perder la compostura—. Lo único que hice fue charlar con él en un cóctel sobre un cuento de Chejov que él mismo había traducido al inglés para la editorial Penguin. *El espejo curvo*, ¿lo conoces? Es un cuento de Navidad. Ya ves tú qué gran delito... La gente cree lo que quiere creer. Supongo que yo era demasiado joven, demasiado orgullosa, demasiado ingenua. Pero nunca fui tonta. Me di perfecta cuenta de cómo a partir de entonces algunos intentaban evitarme. No todos, por fortuna. Al principio opté por no hacer caso, hasta que oí a una de las chicas en los lavabos cuchicheando sobre mí en voz baja y se me cayó el alma a los pies. De joven una teme esas cosas, ser señalada con el dedo, convertirse en objeto de murmuraciones o de lástima. Para mí esa clase de humillación no era fácil de soportar. Fue entonces cuando decidí irme. Dar un portazo y salir de todo aquello. Cambiar de vida... Y Pearson estaba allí *oportunamente* —dijo recalcando el adverbio—, con un lápiz en la oreja, como siempre, ofreciéndome su brazo. —Me pareció detectar una leve insinuación en sus palabras—. *Right place, right time*. El hombre adecuado en el momento preciso —sonrió con cierto sarcasmo—. Creo que uno de los grandes fracasos del siglo xx fue precisamente ese: no haber podido librar a la mujer de la necesidad de casarse para huir de su destino. Podría decirse que yo misma elegí mi propia jaula. —Fue entonces cuando mencionó de pasada el seguimiento al que Pearson la había sometido primero en Bletchley y luego en el Security Service, y por la forma en que lo hizo me dio la impresión de que quizá ella lo había sabido siempre—. En el fondo nadie puede hacernos daño salvo cuando nos dejamos lastimar —dijo—, ¿no te parece?

No supe qué contestar. No supe qué decir. El olor a hierba flotaba en el aire como un anticipo del verano inglés. Siempre me pareció que lo mejor del verano es esa

sensación vaporosa y cálida de que todo lo malo queda atrás, como cuando mis padres nos metían a Bea y a mí dormidas en el coche lleno de trastos, con las bicis y los cazamariposas en el maletero, y al amanecer nos despertábamos en otro mundo como alegres forajidas.

Se nos fue la tarde desempolvando recuerdos entre largos paseos por el jardín en su silla de ruedas y algunos silencios. En algún momento me pareció que se le quebraba un poco la voz. No demasiado. Tragaba saliva y continuaba. Era una mujer que sabía apañárselas con el dolor.

Cuando llegó el momento de irme, saqué el manuscrito robado de la mochila y se lo devolví.

—Debes de ser la única persona en el mundo que lo ha leído —dijo. Parecía halagada. Después, puso su mano sobre la mía y añadió—: Quédatelo. Es tu botín de guerra.

No pensaba rechazarlo ni por asomo.

—¿Qué quiere que haga con él? —pregunté.

—No lo sé, Rebeca. Decídelo tú por mí, si quieres hacerme ese favor, si no tienes inconveniente. —De repente la noté cansada, como si estuviera haciendo acopio de fuerzas—. Lo que a ti te parezca estará bien.

—De acuerdo —asentí.

Siempre agradezco que no me pongan difícil las despedidas, que no se alarguen más de lo debido. Ella se quedó sentada en el porche y movió la mano levemente con ese gesto que hacen los niños cuando pasa un tren. La levedad es una forma de elegancia.

Lucy insistió en acompañarme hasta la verja de la entrada.

—Cuídemela —le dije.

—No se preocupe, sabe cuidarse sola —sonrió, y se volvió por donde había venido con su *piercing* y su andar de nube.

El buen tiempo en Londres hace volar las hojas del calendario. El último fin de semana de mayo muchos barrios celebran la fiesta de las flores. Notting Hill se llena de mercaditos ambulantes. La gente festeja la primavera por todo lo alto. Sale a desayunar a la calle, lee el periódico en las terrazas, saca sus cometas de colores... La colina empieza a adquirir el color de las cosas que están vivas. Se convierte en un universo burbujeante donde confluyen muchas energías que generan bullicio, creatividad, belleza y, de tanto en tanto, alguna casualidad sorprendente.

Una de aquellas mañanas de árboles vestidos de sol, me pareció ver a Martin Amis caminando por la acera. Traté de moderar mis impulsos y no ponerme en evidencia, como diría mi hermana Bea, aunque mi corazón era un caballo desbocado. Pero al instante me acordé de la anécdota que nos había contado en clase el profesor de Crítica Literaria sobre algo que le había sucedido a James Joyce en París en una

fiesta en los años veinte. Al parecer, una mujer se había acercado al escritor para preguntarle si podía tener el grandísimo honor de estrechar la mano que había escrito el *Ulises*. Joyce, en vez de acatar el homenaje extendiendo las plumas como un pavo real, mantuvo la mano derecha en el aire unos segundos y dijo: «Permítame recordarle, señora, que esta mano también ha hecho otras muchas cosas». Dejó los pormenores a la imaginación de la mujer. Si se piensa bien, es increíble la cantidad de cosas que se pueden hacer con una mano aparte de tocar el piano o pasar las páginas de un libro. No quiero ni pensar el tipo de manualidades que pasaron por la mente irónica y profundamente morbosa del escritor en aquel momento. Cualquiera que haya leído el *Ulises* puede hacerse una idea. Joyce fue un verdadero *destroyer* cotidiano que llegó a la cima de la literatura universal escalando por la pared más difícil y cenagosa del inconsciente, que es exactamente la misma que la de cualquier ciudadano vulgar y corriente. Un maestro imponderable para mitómanos descarriados.

Por supuesto, preferí no estrecharle la mano a Martin Amis. Le dejé pasar de largo por Portobello Road, con una bonita chaqueta de ante y el periódico bajo el brazo, hacia sus propios laberintos. Un rasgo de madurez por mi parte, supongo. Sin duda, la *adolestreinta* empezaba a quedar atrás.

Capítulo XXIII

La señora Bartholomew volvió muy bronceada de sus vacaciones y con muchas pulseritas de colores en las muñecas, Álex regresó a Santiago y yo continué con mi tesis. Me dolió tener que separarme de él, aunque fuera por poco tiempo. Tenía una forma única de preparar la pasta al dente y de no tomarse mis neuras demasiado en serio. A veces, me ponía para dormir su camiseta de color grafito desvaído y viejísima, que me venía enorme, y me la dejaba puesta por la mañana para ir a comprar el periódico y los cruasanes. Cuando metía la nariz dentro del cuello, todavía percibía su olor a bosque. Fue la única prenda de mi maleta que no pasó por la atronadora lavadora de la señora Bartholomew. No sé si el sentimiento más alto que se puede sentir por una persona es el amor o la amistad, pero sé que cuando Álex no anda cerca, el mundo es un lugar más vacío y menos emocionante. Decidí que no sería tan difícil sobrevivir una temporada sin él. Tengo una fe ciega en las comunicaciones vía satélite y en el progreso informático en general. Además, por otra parte, necesitaba decirle adiós a solas a Londres.

Las ciudades de las que una está enamorada merecen como el mejor amante una estricta intimidad en el ritual de la despedida. Yo cumplí todos los ritos a rajatabla. Me senté con un libro en las escaleras de Saint Paul con sandalias y la camisa remangada como una turista americana de vacaciones; preparé la receta del pudín de Yorkshire, que, por cierto, me salió fatal, apelmazado y medio crudo. Prometí a la señora Bartholomew mejorar mis dotes culinarias y volver a visitarla; me ofrecí, por supuesto, a hacerme cargo de Timothy Gordon en todos los viajes del club de jubilados habidos y por haber. Ahí quedó consolidado, creo yo, un firme compromiso felino de por vida; corrí por Hyde Park hasta sentirme ligera como una pluma de garza; hablé con la señora Griffin largo y tendido en varias ocasiones, ella me daba el parte médico y yo procuraba ponerla al día sin dejarme nada en el tintero; escuché a Leonard Cohen cada noche, otro que también ronroneaba; miré por la ventana de la buhardilla cientos de veces; leí a Eliot en la línea de autobuses de Picadilly; compré tarjetas postales y la taza *souvenir* que le había prometido a mi hermana Bea con la Torre de Londres; husmeé en las librerías de viejo de Charing Cross como cualquier aprendiz de escritora de tres al cuarto; aposté a los caballos... Y un día, armándome de valor, con el manuscrito bajo el brazo, fui a la editorial HarperCollins en su

flamante nuevo edificio de London Bridge Street, lleno de aristas cortantes, mamparas de cristal y oficinas asépticas. Creo que hice lo que tenía que hacer. Me iba de Londres.

A Robert Whelan le dieron el alta el 26 de mayo. Unos días después tuve la oportunidad de charlar con él por teléfono y contarle todo lo que había descubierto. Cuando fui a visitarle, yo no albergaba ninguna duda de quién era el misterioso «B» que figuraba en la dedicatoria de *Quite at Home in the Night*: «Para B., cuandoquiera que me encuentre».

Tenía una idea aproximada de cuál era la implicación de Bob Whelan en la vida de Emily J. Parker, pero por alguna razón prefería no confirmar mis sospechas. Probar la inocencia no es posible porque nadie es inocente del todo. Y de serlo, además, la inocencia carece de toda lógica.

Tenía buen aspecto. Me pareció que había perdido algo de peso, pero ni una pizca de su espíritu irónico.

—Has hecho un buen trabajo, Rebeca —dijo—. Siempre supe que no me equivocaba contigo. Supongo que debería pedirte disculpas.

—¿Disculpas? —pregunté intrigada—. ¿Por qué?

—Tal vez no siempre he sido demasiado explícito en mis intenciones.

—Ah, bueno —sonreí.

Se quedó un rato pensativo, como rumiando algo.

—Todavía no puedo creer que Emily esté viva... Hace tantos años, cuando éramos muy jóvenes, me miraba con tanta franqueza, con tanto descaro que siempre me ponía nervioso... —sonrió para sí—. Quizá sea eso lo único importante, a fin de cuentas: encontrar en una persona esa cualidad esencial que nos desarma por dentro. Se tarda mucho a veces en aprenderlo, pero de alguna manera uno siempre acaba sabiendo qué es lo más valioso que ha tenido en la vida. Es algo que se reconoce sin el menor asomo de duda. Y eso exactamente es lo que tuve con Emily. Esa es la verdad... —dijo. Creí notar un poco de aprensión en su voz, como si barruntara algo. Y, en efecto, al cabo de un breve silencio prosiguió—: Verás, Rebeca, hay algo más que necesito contarte para ser completamente sincero. No es fácil... —se calló como si dudara por timidez o temiera extralimitarse y, en vez de continuar, intentó que yo le contestara a otra pregunta—. ¿Qué te contó Emily?, si no es indiscreción —dijo como si me estuviera pidiendo un favor.

—Bueno, hablamos de todo un poco —dije por no desairarlo—. Me explicó que a su manera había tenido una vida plena.

—Una vida plena... —murmuró Whelan—. Eso te dijo... Puede que sea verdad, una verdad escurridiza, ciertamente, como esas aves acuáticas que se sumergen en una orilla del lago y emergen en la otra. Vas a agarrar la verdad con las dos manos y aparece detrás de ti. Pero así fueron las cosas siempre con ella. —Hizo una pausa

como si necesitara hacer acopio de fuerzas—. ¿Y no te contó nada más? —preguntó—. ¿No te dijo entonces de quién era el hijo que esperaba? —Alzó la vista y la fijó bien en mí.

Ahí sí que debí de poner cara de total y absoluta estupefacción.

—¿Suyo? —pregunté atónita—. ¿El niño que esperaba Emily era suyo? —acerté a repetir.

—Oh, vamos, Rebeca, no vas a decirme ahora que no lo sospechabas. Eres demasiado intuitiva, no hacía falta dar muchas vueltas para llegar a esa conclusión.

—No tenía ni idea, profesor —contesté con total sinceridad.

—Bueno, bueno, ahora ya lo sabes...

Volvimos a mirarnos sin hablar. No me sentía autorizada para preguntarle más acerca de su relación con Emily, era demasiado privado, pero comprendí mejor al viejo profesor que se había entusiasmado ante la idea de que una joven extranjera estudiara la obra del que probablemente había sido el gran amor de su vida. Entonces Whelan se acercó unos pasos y me dio un abrazo de esos que te estrujan los huesos y te hacen respirar un poco entrecortadamente. La sensación sólo duró unos segundos, pero la reconocí. Era algo que me sucedía algunas veces, en realidad pocas, una especie de irritación repentina en los ojos, un espasmo lento ascendente que subía por mi interior como una orfandad anticipada.

—Gracias —dijo él en voz muy baja, como si tuviera en la garganta algo que le obligara a carraspear.

Después supe que había empezado a ir todos los miércoles a Ivy Manor. Lo que él y Emily tuvieran que decirse al cabo de tantos años era asunto suyo. El pasado no se borra así como así. Hay recuerdos que hacen daño y otros que no hacen daño. Eso lo sabe cualquiera. A veces, con un poco de suerte, uno puede elegir con qué parte de su pasado quedarse.

Esa misma tarde, o quizá la siguiente, no recuerdo bien, me acerqué al Támesis y paseé por los muelles en un atardecer brumoso y rojizo como un cuadro de William Turner, con el ruido del agua chapoteando suavemente contra el casco de las embarcaciones. Tomé una pinta o dos en un *pub* ribereño mirando el incendio del crepúsculo sobre los rascacielos de Canary Wharf, pensando en Heráclito y esas cosas.

Hice todo eso después de cumplir mi cometido. Acabé la tesis, por supuesto. Empecé a redactarla el mismo día en que Álex se fue, un sábado a las tres y cuarto de la tarde, y permanecí sentada delante del ordenador hasta media noche con la luz encendida y una botella de agua mineral. Cuando estoy en plena faena, llego a perder por completo la noción del tiempo. Cada día me levantaba temprano, desayunaba y escribía durante horas con Timothy Gordon pegado a mis talones, luchando contra el texto, sin salir al exterior, dejándome los ojos en la pantalla con la única distracción

de algún viaje a la cocina. Tomarte un sándwich en mitad de la noche mientras los demás duermen ayuda a escribir, agudiza el instinto, desarrolla el sentido de la secuencia. Sentirse un poco infeliz, a veces, también.

El proceso de ordenar todos los datos y acabar de redactar la memoria me llevó dos meses, una semana y cinco días, el tiempo justo que faltaba para que venciera mi fecha límite de entrega, eso que los ingleses llaman tan apropiadamente «deadline». Sentía que los dedos se me entumecían sobre el teclado.

Aparte del afán experimental y de la tendencia a usar imágenes simbolistas propias de la poesía en sus narraciones, la gran aportación de *The Bridge* a la obra de Emily J. Parker era la técnica del monólogo interior introducida por Joyce, que también adoptarían otros escritores del modernismo anglosajón. Supongo que esa era la clase de detalles que valora un tribunal académico, junto con las correspondientes metáforas, sinécdoques y metonimias. Un punto a favor.

Para mí, sin embargo, lo más extraordinario de su estilo literario era la manera única y personal que tenía de poner retazos palpitantes de su propia vida en el papel como quien envuelve las vísceras de un animal cazado: el hígado, el corazón, los pulmones. Y, sobre todo, su manera de concebir la escritura como única forma de supervivencia, más allá de cualquier finalidad moral. Un punto en contra, sin duda, para los parámetros académicos.

No era una tesis que fuera a cambiar la historia de la literatura, desde luego que no. Tenía demasiadas lagunas. Demasiados puntos suspensivos. Los hechos estaban a la vista, lo difícil era entender el camino para llegar hasta ellos.

Nunca sabría, por ejemplo, cómo pasaba los días Emily J. Parker en la cuerda floja, dónde permaneció escondida las primeras horas después de la fuga, cuál fue el instante exacto de pavor en el que ya nada volvió a ser como antes. Qué pensó cuando supo que estaba embarazada, y más tarde, después de tomar aquel té de sabor amargo, cuando tuvo que ir corriendo al baño y se rompió sola sobre el inodoro, desgarrándose como un animal, un dolor que jamás imaginó que pudiera existir durante todo aquel tiempo que estuvo muriendo.

Ese era su secreto, el hijo que perdió. Un modesto y precioso secreto que, como ella misma había dicho, ni el servicio de inteligencia, ni el MI5, ni Scotland Yard, ni todos los médicos de Westminster pudieron robarle. Entonces comprendí que no estaba escribiendo esta historia para traicionar su secreto. ¿Cómo iba a hacer yo algo así? Una nunca escribe para desvelar un misterio, sino para protegerlo.

Llegar al final me dejó una vaga sensación de cansancio y unas ganas irresistibles de salir a comprar pan. Para volver a la vida necesitaba sentir en las manos el calor de una barra recién salida del horno como otros necesitan un *whisky* doble.

Uno de aquellos días finales pasé ante un quiosco de prensa en el cruce de Old Brompton Road y leí en la portada de *The Guardian* la noticia de que un avión de Air France se había estrellado en el Atlántico con doscientos veintiocho pasajeros a bordo. Las catástrofes aéreas siempre generan en mí un estado de ánimo confuso y

existencial, especialmente cuando tengo que tomar un vuelo. Compré el periódico y fui pasando las páginas mientras tomaba un café en la terraza de la Patisserie Valérie con todas las incertidumbres en el aire. En la sección de cultura encontré una reseña a cuatro columnas que acentuó mi estado de pánico. En el destacado en negrita se anunciaba la próxima publicación de una novela inédita de una de las grandes promesas de la generación de entreguerras, desaparecida en 1955 en extrañas circunstancias.

Londres
1 de junio de 2009

Una niebla muy espesa rodea la vida de Emily J. Parker. Nadie sabe a ciencia cierta qué pasó durante los últimos años de su vida en los que dejó radicalmente de escribir. En su momento, el mundo literario llegó a especular con un retiro voluntario, una enfermedad mental e incluso con un posible secuestro. Todo en torno a la autora de *Historias del Blitz* continúa siendo un misterio. La aparición de un manuscrito descubierto recientemente por una estudiante de Filología desató el interés editorial por su última novela inédita, *The Bridge*.

Emily J. Parker pertenece a una especie particular de artistas como Salinger o Harper Lee, de obra escasa pero impactante, que en un momento determinado deciden retirarse del escenario y callar para siempre.

The Bridge es una historia de tintes autobiográficos sobre una mujer sometida a una presión feroz de terror cotidiano. En su protagonista, Brenda Mulligan —*alter ego* de la autora—, se combinan la mirada cautiva y contradictoria de una mujer maltratada y el bisturí afilado de una escritora de raza para diseccionar el pecado original de la civilización patriarcal: el daño que el abuso de poder dentro del ámbito familiar puede causar en la psique de una persona, y su manifestación más extrema, una lacra que sólo en lo que va de año ha destruido la vida de decenas de mujeres en el Reino Unido. Emily J. Parker, que en la actualidad tendría ochenta y seis años, desapareció como vivió: lejos del mundanal ruido y sigilosamente, como si no quisiera llamar la atención.

La editorial HarperCollins anuncia ahora la publicación para el próximo mes de septiembre de la novela *The Bridge*, con una tirada inicial de dos millones de ejemplares.

Mi abuelo Francisco solía decir que, si uno se mantiene firme en su surco y resiste, acaba encontrando lo que busca. No soy una persona autocomplaciente, pero alguna vez, sólo alguna vez, me siento un poco orgullosa de las cosas que hago. No siempre, claro. En contadas ocasiones.

Abre un libro y serás un peregrino a las puertas de una ciudad desconocida, dice un antiguo refrán oriental. Así ha sido siempre. Pasan las páginas como las hojas del calendario. Los días finales de julio disfruté del característico frescor estival del verano inglés. Caía una lluvia mansa que se ajustaba bastante bien a mi estado de ánimo. El último sábado por la tarde preparé el equipaje y tomé un taxi al aeropuerto de Heathrow.

Era uno de esos majestuosos taxis ingleses de los años cincuenta. En la parte de atrás alguien se había olvidado un objeto sobre el asiento auxiliar. Al principio pensé que se trataba de una estilográfica, pero no. Era un diente de cachalote. ¡Un auténtico colmillo de cachalote de casi veinte centímetros! Uno de esos artefactos atávicos y trágicos que los cazadores de ballenas solían usar como talismán. A Herman Melville le gustaba coleccionarlos por si las moscas.

La gente se pasa la vida extraviando cosas. Las oficinas de objetos perdidos están

llenas de pitilleras, calcetines, paraguas, documentos secretos, teléfonos móviles, pastillas para la tensión, mascotas... Recuerdo que en un programa de la BBC un taxista hindú contó que una vez se encontró en los jardines de Kensington una niña recién nacida envuelta en un saquito de arroz. No me pareció extraño. Londres es una ciudad en la que uno se puede encontrar prácticamente cualquier cosa con un poco de suerte.

Mientras avanzaba hacia la puerta de embarque con mi mochila al hombro, la terminal del aeropuerto emitía desde todos los monitores las primeras imágenes en color del Blitz como reclamo de una exposición fotográfica que exhibía la Tate Gallery del 1 de agosto al 15 de septiembre, con motivo del 70 aniversario de la Segunda Guerra Mundial.

Nadie parecía prestar demasiada atención. Todo el mundo estaba hablando por el móvil y pendiente de sus asuntos.

Fue mi última visión de Londres. La capital diluida en una inmensa humareda por la que deambulaban como fantasmas bomberos, enfermeras, hombres con niños en brazos, ciudadanos anónimos cubiertos de ceniza, polvorientos, infinitamente minúsculos. Y, en medio de todo aquel caos, una mujer muy joven, casi una niña, mirando a un lado y a otro como si buscara a alguien, caminando con bastante dificultad entre los cascotes con unos preciosos zapatitos de tacón. De vez en cuando el estallido de un resplandor permitía leer entre los escombros el letrero «Business as usual».

Permanecí un rato absorta, mirando el monitor, inmóvil, sin pestañear. Recordando. Qué raro era todo. Después de tantas noches en vela sentía como si ese mundo quedara lejos, a la deriva, diluido en medio de la humareda. No sé por qué demonios tendría un nudo en la garganta. Al fin y al cabo, todas las novelas se acaban tarde o temprano. Hay que ser boba para emocionarse por una cosa así. Crecer es desprenderse de etapas de tu vida, dejarlas atrás, soltar amarras y mirar hacia adelante. Eso es al menos lo que dice siempre mi hermana Bea. Supongo que no se me dan demasiado bien las despedidas. Seguí allí a pie firme, mirando la pantalla hipnotizada, hasta que una azafata me pidió con repetida insistencia la tarjeta de embarque y entonces el hechizo se desvaneció.



SUSANA FORTES (Pontevedra, 1959) es una escritora y articulista española.

Licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago de Compostela, y en Historia de América por la Universidad de Barcelona, combina su pasión por la novela con el trabajo como profesora en Valencia, en el Instituto Sorolla. Ha dado clases de español e Historia del arte y conferencias en Estados Unidos (Luisiana y California).

Es autora de diversas novelas. Su primera novela *Querido Corto Maltés* ganó el premio Nuevos Narradores 1994. Su obra más destacada es *El amante albanés*, con la que quedó finalista del Premio Planeta en su edición de 2003. En ambas novelas se desarrolla una historia de amor, en la primera inserta en la dictadura franquista y la segunda desarrollada bajo la albanesa de Enver Hoxha. Su obra se caracteriza por bordear el género policíaco. También es articulista en diversos medios relacionados con la literatura y el cine, al que considera muy vinculada su obra: «es como si tuviera interiorizada la sintaxis del cine en la literatura».

Es hija del escritor Xosé Fortes Bouzán y hermana del periodista de TVE Xabier Fortes.

Notas

[1] Para B, cuandoquiera que me encuentre. <<

[2] Por el camino que no tomamos / A través de la puerta que nunca abrimos / Detrás de la pregunta que no hicimos/ Lejos, en el jardín de las rosas... <<

[3] A la pequeña no se la regaña. <<

[4] Periódico local de la comarca lucense. <<